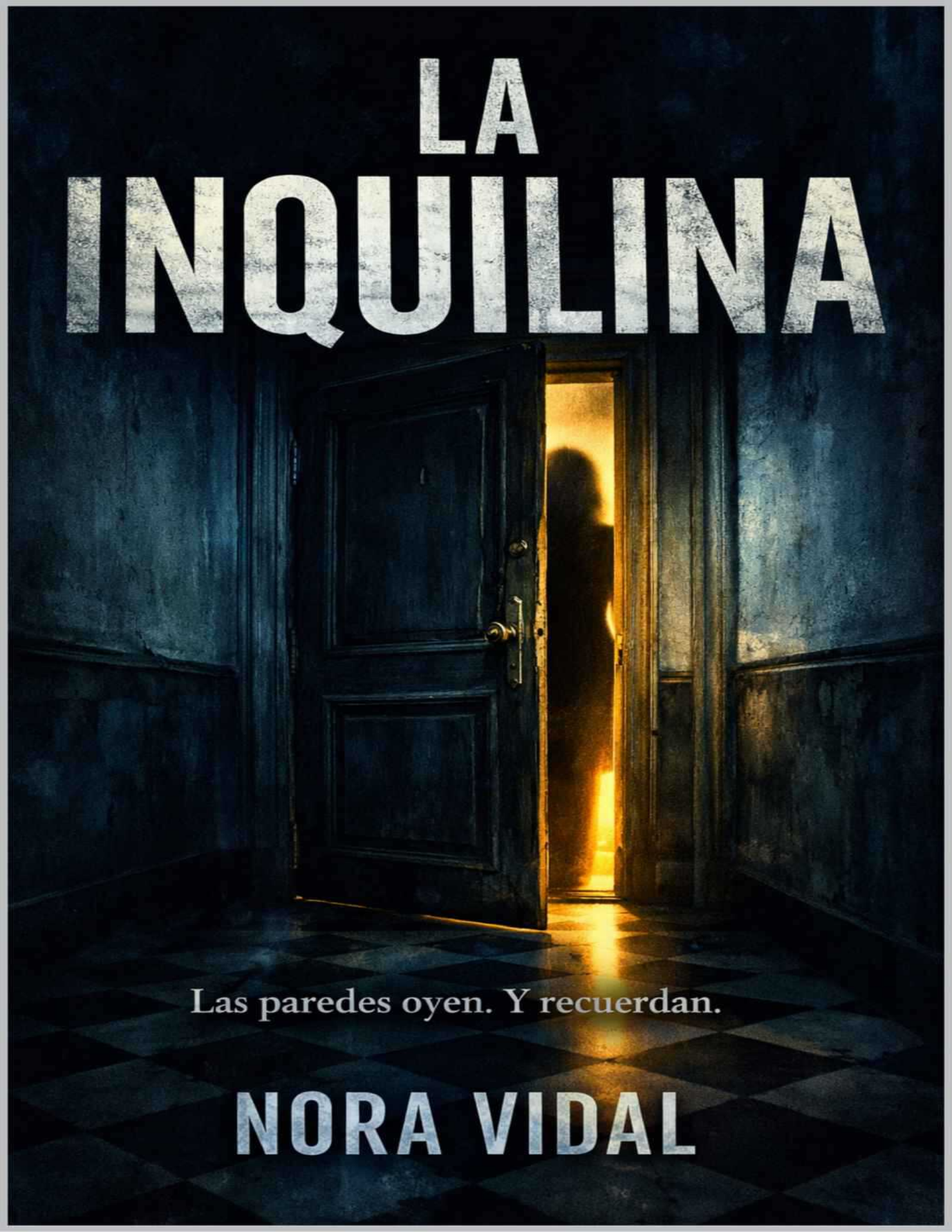
LA INQUILINA



Las paredes oyen. Y recuerdan.

NORA VIDAL

Nora Vidal

La Inquilina

Las paredes oyen. Y recuerdan.

© 2026 Nora Vidal

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación del autor o se usan de forma ficticia.

Publicado de forma independiente.

Queda prohibida la reproducción total o parcial sin autorización escrita del autor.

1

Cuatrocientos euros

Cuatrocientos euros al mes. En Lavapiés. Con luz incluida.

Lo leo tres veces en la pantalla del móvil, tumbada en el sofá cama de mi madre, que huele a suavizante de lavanda y a fracaso. Llevo dos meses aquí. Dos meses durmiendo en el salón de un piso de sesenta metros en Vallecas, esquivando las miradas compasivas de mi madre cada vez que me sirve el desayuno. Dos meses desde que Dani y yo firmamos los papeles. Tres desde que El Independiente me puso en la calle con una indemnización que no cubría ni medio año de alquiler en cualquier barrio decente de Madrid.

Cuatrocientos euros. Tiene que haber un error.

Pero no lo hay. La descripción es clara: estudio reformado, tercero izquierda, edificio antiguo, Lavapiés. Libre desde hace seis meses. Propietario particular, sin intermediarios. Cuatrocientos euros, fianza de un mes, se entra de inmediato.

Llamo antes de pensarlo. Me responde una voz masculina, grave, amable. Se presenta como Germán. Le digo que me

interesa el piso. Me pregunta cuándo puedo ir a verlo. Le digo que ahora mismo. Se ríe. Dice que le parece bien.

El edificio está en la calle Sombrerete, a dos pasos de la plaza de Lavapiés. Es una finca de principios del siglo veinte, con fachada de ladrillo visto y balcones de forja que algún día fueron elegantes. Ahora la pintura se descascarilla en los marcos de las ventanas y hay una grieta fina que sube desde el portal hasta el segundo piso, como una vena varicosa. Pero tiene encanto. Ese encanto decadente de los edificios madrileños que han sobrevivido a guerras, especuladores y reformas integrales.

El portal huele a humedad y a cera de suelos. Hay un ascensor antiguo, de esos con puerta de reja que se pliega como un acordeón, pero un cartel escrito a mano advierte: «Fuera de servicio. Disculpen las molestias. Germán.» Las escaleras son de mármol gastado, con una barandilla de hierro que chirría cuando la toco.

Subo al primero. Germán me espera en el rellano.

Es un hombre de unos cincuenta y tantos, alto, con pelo canoso peinado hacia atrás y una sonrisa que le arruga los ojos. Lleva una camisa azul claro remangada hasta los codos y

unos vaqueros limpios. Tiene manos grandes, de trabajador, pero cuidadas. Huele a jabón.

—Nuria, ¿verdad? Soy Germán. Bienvenida.

Me estrecha la mano con firmeza justa. Ni demasiado fuerte ni demasiado suave. El apretón de alguien que sabe calibrar.

—Gracias por recibirme tan rápido —digo.

—Mujer, si el piso está vacío y tú lo necesitas, ¿para qué esperar? —Se encoge de hombros, como si fuera lo más natural del mundo—. Ven, sube. Es el tercero izquierda.

Subimos juntos. Me cuenta que el edificio es suyo, que lo heredó de su padre. Que lleva años reformándolo poco a poco, con calma, sin prisas. Que prefiere tener buenos inquilinos a cobrar barbaridades. Que Lavapiés ya no es lo que era, pero que a él le gusta, que tiene vida.

Habla con esa soltura de los hombres que están acostumbrados a caer bien. No me resulta desagradable. Al contrario. Hay algo reconfortante en su tono, en cómo me guía escaleras arriba con la mano abierta señalando el camino, sin tocarme, manteniendo la distancia justa.

El tercero izquierda es un estudio amplio para lo que cuesta. Treinta y tantos metros, calculo. Salón con cocina americana, un dormitorio separado por un tabique bajo, baño con bañera antigua de patas. Suelo de baldosa hidráulica, techos altos, una ventana grande que da a un patio interior. La luz entra oblicua, amarillenta, y dibuja un rectángulo perfecto en el suelo.

—Lo reformé yo mismo —dice Germán, apoyándose en el marco de la puerta—. Respetando lo original, ya ves. Los

suelos, las molduras. La bañera es de las de antes, de hierro fundido. Pesa como un muerto.

Sonrío. Paso la mano por la encimera de la cocina. Está limpia. Abro un armario: vacío, con olor a madera. El baño tiene azulejos blancos con cenefa verde, pequeñas losetas hexagonales en el suelo. Todo viejo pero cuidado.

—¿Por qué tan barato? —pregunto.

No me gusta andarme con rodeos. Es deformación profesional. Doce años haciendo periodismo de investigación me enseñaron que las preguntas incómodas son las únicas que importan.

Germán no se inmuta.

—Porque no necesito más. El edificio es mío, no tengo hipoteca. Con lo que cobro de los pisos me llega de sobra. Y prefiero alquilar barato y tener gente maja a cobrar mil doscientos y aguantar a ejecutivos que pagan con retraso y no saludan en el portal.

Suena razonable. Suena bien. Suena demasiado bien, quizá, pero a caballo regalado no se le miran los dientes. Y yo necesito un lugar donde vivir. Un lugar que no sea el sofá cama de mi madre.

—¿Vives aquí? —pregunto.

—Abajo, en el primero derecha. Así que si necesitas algo, estoy cerca. No soy de esos caseros que desaparecen cuando se rompe una cañería.

Asiento. Vuelvo a mirar la ventana. El patio interior es estrecho y profundo, con paredes desconchadas y tendederos

de los que cuelgan sábanas y camisas. Se oye a alguien cocinar varios pisos más arriba. Un grifo. Un murmullo de radio. Sonidos de vida doméstica, comprimidos entre muros de ladrillo.

—¿Quién vivía aquí antes? —pregunto.

Es una pregunta normal. Cualquiera la haría. Pero noto algo. Un instante, apenas una décima de segundo, en el que la sonrisa de Germán se congela. Como si un fotograma se repitiera.

—Una chica joven. Sara, se llamaba. Fotógrafa o algo así. Estuvo un año y pico. Se fue hace seis meses. Buena inquilina, la verdad. No dio problemas.

—¿Se fue sin más?

—Ya sabes cómo son los jóvenes. Un día están aquí y al siguiente se van a Barcelona, o a Berlín, o a vivir en una furgoneta. Me dejó las llaves en el buzón y un mensaje diciendo que había pagado el último mes. Y ya está.

Dice «y ya está» con un gesto definitivo, cerrando el tema como quien cierra una puerta. No insisto. No es mi asunto.

Miro el dormitorio otra vez. Cabe una cama de matrimonio y una mesilla. Hay un armario empotrado con puertas de

madera, de esas que se abren con un tirón suave. Dentro, perchas vacías. Olor a cerrado.

—Me lo quedo —digo.

Germán sonríe. Me tiende la mano.

—Bienvenida a casa, Nuria.

Firmo el contrato esa misma tarde, sentada en la mesa del salón de Germán, en el primero derecha. Su piso es más grande que el mío, obviamente. Más oscuro también. Muebles pesados, madera noble, estanterías llenas de libros y algún que otro cuadro de paisaje. Huele a café y a tabaco de pipa, aunque no le veo fumar. En una esquina hay un escritorio con un ordenador de sobremesa y pilas de papeles ordenados con clips de colores.

Me ofrece café. Acepto. Mientras lo prepara, leo el contrato. Es estándar, nada raro. Cuatrocientos euros, fianza de cuatrocientos, revisión anual según IPC. Una cláusula dice que el propietario se reserva el derecho de acceder a la vivienda

con aviso previo de veinticuatro horas para reparaciones o mantenimiento. Es habitual. No me preocupa.

Firmo. Germán firma. Me da las llaves: una del portal, otra del piso, una tercera del buzón.

—Si necesitas algo, ya sabes. Puerta de abajo, timbre largo.

Le doy las gracias. Subo a mi piso. Mi piso. Qué raro suena eso después de meses sin tener uno.

Me siento en el suelo del salón, con la espalda contra la pared, y miro el rectángulo de luz que la ventana proyecta en las baldosas. Se está moviendo, despacio, hacia la izquierda. Pronto desaparecerá.

Saco el móvil. Le envío un mensaje a mi madre: «Ya tengo piso. Lavapiés. 400€. Estoy bien.» Me responde con un emoji de corazón y una pregunta: «¿Seguro que es de fiar?»

No sé si es de fiar. No sé nada de Germán Ochoa más allá de lo que me ha contado en la última hora. Pero sé que el alquiler cabe en mi presupuesto, que el barrio tiene vida, que la luz entra bonita por la ventana y que necesito dormir en una cama que no huela a suavizante de lavanda.

Eso me basta. Por ahora.

Me quedo un rato mirando las paredes. Son blancas, recién pintadas, pero si me fijo bien puedo ver las irregularidades del revoco. Pequeñas marcas, relieves, sombras. Las paredes de los edificios antiguos nunca son del todo lisas. Siempre guardan algo debajo.

En algún momento, mientras oscurece y el rectángulo de luz se convierte en un rectángulo de sombra, me parece oír un

ruido. Muy tenue. Un clic metálico, como el de un interruptor, que viene de algún lugar dentro de las paredes.

Pero probablemente sea la calefacción. O las tuberías. O el edificio viejo respirando, como hacen todos los edificios viejos cuando se queda la noche.

Probablemente no sea nada.

2

Los vecinos

La primera semana en el piso transcurre con esa calma artificial de las mudanzas. Colocar las pocas cosas que traje de casa de mi madre. La ropa en el armario, los libros en la estantería que Germán dejó instalada, la cafetera italiana en la encimera, el portátil en la mesa del salón. No tengo mucho. Dani se quedó con los muebles, el televisor, la vajilla buena. Yo me quedé con los libros y la cafetera. Siempre he tenido las prioridades claras.

El barrio me absorbe un poco cada día. Lavapiés tiene esa cualidad: no te deja ser una extraña demasiado tiempo. Bajo a comprar el pan a la tahona de la esquina, donde un marroquí enorme me saluda como si me conociera de toda la vida. Tomo café en el bar de la plaza, entre jubilados que discuten de fútbol y madres que llevan niños al parque. Paso por

delante de las tiendas de telas, los bazares, los restaurantes indios que huelen a comino desde la acera.

Me gusta. Me gusta más de lo que esperaba.

El edificio, en cambio, tiene otro ritmo. Un ritmo más lento, más interior, como si estuviera fuera del tiempo de la calle. Las escaleras crujen cuando subo, siempre en los mismos peldaños, como si el mármol tuviera memoria. El ascensor sigue roto. Las paredes del portal tienen una humedad persistente que ninguna capa de pintura consigue disimular.

Y luego están los vecinos.

Conozco a Bea un martes por la mañana, cuando bajo a tirar la basura y la encuentro en el rellano del tercero con una bolsa en una mano y un plato cubierto con papel de aluminio en la otra.

—¡Hombre, la nueva! Ya tenía yo ganas de conocerte.

Es una mujer de cuarenta y tantos, quizá cerca de los cincuenta, con el pelo teñido de rubio ceniza y los ojos muy oscuros. Tiene una de esas caras que parecen estar siempre sonriendo, incluso cuando no sonríen. Lleva un delantal de

flores sobre un jersey de lana gorda. Huele a mantequilla y a vainilla.

—Soy Bea, tercero B. Tu vecina de rellano. Te he hecho un bizcocho de limón, que es lo que se hace cuando llega alguien nuevo, ¿no?

Me tiende el plato. Lo cojo, un poco abrumada.

—Nuria —digo—. Gracias, no tenías por qué.

—Mujer, claro que sí. Aquí somos pocos y nos cuidamos. Ya verás, este edificio es como una familia.

Sonríe. Yo también sonrío. Me cuenta que lleva diez años en el edificio, que es la inquilina más antigua después de Germán. Que trabaja desde casa, algo relacionado con contabilidad o administración, no me queda claro. Que tiene un gato que se llama Paco.

—Si alguna vez oyes maullar como un poseso, es Paco. Tiene más personalidad que la mayoría de los hombres que he conocido.

Se ríe de su propio chiste. Es una risa generosa, de esas que invitan a reír con ella.

—¿Y los demás vecinos? —pregunto.

—Pues mira, en el tercero izquierda estás tú. En el segundo derecha está Hugo, un músico. Toca el saxo. Es majo, pero un poco ermitaño. En el cuarto están los Ramírez, Enrique y Lola, un matrimonio mayor. Muy suyos. Saludan y poco más. Y en

el primero está Germán, que ya le conoces. Es un cielo de hombre.

—Sí, parece muy amable.

—Es que lo es. A mí me arregló la caldera un domingo a las once de la noche. Sin cobrarme nada. ¿Dónde encuentras tú un casero así hoy en día?

En ningún sitio. Eso mismo pensé yo.

Bea me invita a tomar café en su piso. Le digo que otro día, que estoy terminando de colocar cosas. Me dice que cuando quiera, que su puerta siempre está abierta.

La veo entrar en su piso. Antes de cerrar, se gira y me mira con una sonrisa que no sé interpretar del todo.

—Me alegro de que hayas venido, Nuria. Este piso necesitaba vida.

La puerta se cierra. Me quedo un momento en el rellano, con el bizcocho en las manos, pensando en esa frase. «Este piso necesitaba vida.» Como si el piso fuera un ser vivo. Como si pudiera estar muerto.

A Hugo lo conozco esa misma noche. Son las once y estoy en la cama leyendo cuando lo oigo. Un saxofón. Suave, grave, una melodía lenta que se cuela por las paredes como humo. No es molesto. Es hermoso, en realidad. Tiene algo hipnótico, algo

que me recuerda a las noches de verano con las ventanas abiertas.

Pero necesito dormir. Y mañana tengo una entrevista de trabajo a las nueve.

Salgo al rellano en pijama y bajo medio piso hasta la puerta del segundo derecha. Llamo con los nudillos, suave. La música se detiene. Pasos. Se abre la puerta.

Hugo Crespo es un hombre delgado, moreno, con barba de varios días y ojeras profundas. Tiene el saxofón colgado del cuello con una correa de cuero. Lleva una camiseta negra

desgastada y vaqueros descalzo. Tiene pinta de no haber dormido en varios días.

—Perdona —dice antes de que yo abra la boca—. Soy Hugo. Toco el saxo. Ya sé que es tarde. Lo siento.

—Nuria. La nueva del tercero izquierda. No es que me moleste, es que…

—Tienes que dormir. Lo sé. Lo siento. Es que por la noche es cuando mejor toco. Cuando el edificio se calla. —Se pasa la mano por el pelo—. Voy a dejarlo ya.

—Gracias. Tocas muy bien, por cierto.

Sonríe. Es una sonrisa triste, como si le doliera algo que no quiere mencionar.

—Gracias. Si alguna vez quieres escuchar jazz en condiciones, el bar de abajo, el Café Lavapiés, tiene sesiones los jueves. A veces toco allí.

—Lo tendré en cuenta.

Nos despedimos. Subo a mi piso. Silencio. Me meto en la cama y me quedo mirando el techo. Las molduras de escayola dibujan formas que en la oscuridad parecen rostros.

Hugo me ha caído bien. Hay algo genuino en él, algo desarmado. Como si no tuviera capas que atravesar para llegar a quien realmente es.

No puedo decir lo mismo de todos.

A los Ramírez los veo de pasada, siempre. Son una pareja de

unos sesenta y tantos que viven en el cuarto. Enrique es bajo y calvo, con gafas gruesas y una expresión permanente de desconfianza. Lola es menuda, con el pelo blanco recogido en un moño, y camina con pasitos rápidos, como un pájaro. Siempre que me cruzo con ellos en la escalera, saludan con un movimiento seco de cabeza y siguen su camino.

Una mañana coincido con Lola en el portal.

—Buenos días —digo.

—Buenos días —responde, sin mirarme.

—Soy Nuria, la nueva del tercero.

—Ya lo sé.

Y sigue andando hacia la calle. Enrique la espera fuera, con las manos en los bolsillos. Se van sin decir nada más.

No me ofendo. Hay gente así. Gente que lleva tanto tiempo en un sitio que los recién llegados les parecen intrusos. O gente que simplemente prefiere que la dejen en paz.

Pero hay algo en la forma en que Lola me ha mirado —o más bien en la forma en que ha evitado mirarme— que me incomoda. Como si supiera algo que yo no sé. Como si quisiera decírmelo pero no pudiera.

O como si tuviera miedo.

Por las noches, el edificio habla. Es lo primero que aprendo. Los suelos crujen sin que nadie los pise. Las cañerías golpean dentro de las paredes con un ritmo irregular, como un corazón arrítmico. El viento del patio interior silba al colarse

por las rendijas de la ventana. Y a veces, a horas en las que nadie debería estar despierto, se oyen pasos.

Pasos en la escalera. Lentos, pesados, que suben o bajan sin prisa. Nunca sé de qué piso vienen ni a qué piso van. Cuando me asomo al rellano, no hay nadie. Solo las escaleras vacías y la luz tenue de la bombilla del rellano, que parpadea de vez en cuando como un ojo cansado.

Germán, probablemente. Vive abajo. Quizá suba a revisar algo. Quizá tenga insomnio. Quizá sea uno de esos caseros que recorren su edificio de noche como un vigía recorre las murallas de un castillo.

No me preocupa. Los edificios viejos siempre hacen ruidos. Los edificios viejos siempre tienen historias. Y yo no estoy aquí para investigar nada. Estoy aquí para vivir. Para empezar de nuevo. Para demostrarme que puedo existir sin Dani, sin el periódico, sin la vida que tenía antes.

Me acuesto. Cierro los ojos. El edificio respira a mi alrededor, con sus crujidos y sus murmullos. Y en algún lugar debajo de mí, debajo de las baldosas y los cimientos, hay algo que se mueve. Algo que espera.

Pero eso aún no lo sé.

Todavía no.

3

Rastros

Llevo dos semanas en el piso y ya he desarrollado una rutina. Me levanto a las siete, preparo café en la italiana, desayuno mirando el patio interior. Paso las mañanas enviando currículos a medios digitales, revistas, agencias de comunicación. Cualquier cosa que se parezca remotamente al periodismo. Por las tardes bajo al barrio, camino sin rumbo, leo en la plaza si hace sol. Por las noches ceno algo ligero, leo un rato y me duermo escuchando los sonidos del edificio.

Es una vida pequeña. Pero es mía.

La entrevista de trabajo de la primera semana no salió bien. Era para un medio digital de esos que pagan a destajo, cuatro céntimos la palabra, sin contrato fijo. Me dijeron que era demasiado cualificada. «Overqualified», dijo el director, un tío de treinta años con zapatillas de diseño, como si tener experiencia fuera un defecto. Le dije que no me importaba el

salario, que solo quería trabajar. Me dijo que ya me llamaría. No ha llamado.

Hoy es sábado. No tengo nada que hacer. El cielo está gris, ese gris plano de Madrid en invierno que parece un techo de hormigón. Decido hacer limpieza. Limpiar a fondo, de esos días en que mueves los muebles y llegas a las esquinas donde se acumula el polvo de meses.

Empiezo por la cocina. Limpio los armarios por dentro, la campana extractora que tiene una capa de grasa antigua, el hueco entre la nevera y la pared. Encuentro una moneda de veinte céntimos, un clip y una cáscara de cacahuete reseca.

Sigo por el salón. Debajo del sofá hay pelusas y nada más. Detrás de la estantería, un cable de cargador enrollado y una factura vieja de Movistar. La cojo. Está a nombre de Sara Vega. Dirección: calle Sombrerete, 14, 3ºI. Fecha: marzo del año pasado.

Sara Vega. La antigua inquilina. La que se fue sin decir adiós.

Miro la factura durante un momento. Luego la dejo en la encimera y sigo limpiando. No es nada raro. La gente deja cosas cuando se muda. Facturas, cargadores, horquillas. Los restos de una vida que ya no cabe en las maletas.

Pero cuando llego al dormitorio, los restos empiezan a acumularse.

El radiador está debajo de la ventana, uno de esos radiadores de hierro fundido con patas que pesan una tonelada y calientan como si el infierno estuviera dentro. Me agacho para limpiar detrás y algo brilla en el suelo. Es un pendiente.

Pequeño, de plata, con forma de media luna. Tiene el cierre puesto, como si se hubiera caído de una oreja sin que nadie se diera cuenta.

Lo cojo. Lo pongo en la palma de mi mano. Es bonito. Delicado.

De Sara, probablemente.

Lo dejo en la mesilla y sigo limpiando. Paso el trapo por las paredes, por el zócalo, por los marcos de las puertas. Y entonces lo veo. En la pared que está frente a la cama, justo a la altura de los ojos, hay cuatro marcas rectangulares. Cuatro zonas donde la pintura es ligeramente más blanca que el resto, como si algo hubiera estado colgado ahí durante mucho tiempo. Cuadros, quizá. O fotografías.

Me acerco. Paso el dedo por una de las marcas. La pintura de alrededor está un poco más amarillenta, más vieja. Las marcas son del tamaño de un folio, más o menos. Y en cada esquina de cada rectángulo hay un agujerito diminuto. No de clavos. De cinta adhesiva. De esa cinta fuerte, de doble cara, que deja marca en la pared cuando la arrancas.

Sara era fotógrafa. Germán lo dijo. Seguramente tenía fotos colgadas aquí. Su trabajo, sus proyectos. Las arrancó o las quitó cuando se fue. O alguien las quitó por ella.

Cuatro marcos de fotos. Un pendiente. Una factura.

No es mucho. Pero es más de lo que debería quedar si alguien se fue por voluntad propia. Cuando te mudas, recoges tus

pendientes. Te llevas tus fotos. Cancelas tus contratos de teléfono.

A menos que te vayas con mucha prisa. A menos que no tengas tiempo de recoger.

Abro el armario empotrado del dormitorio. Lo limpié cuando llegué, pero no a fondo. Ahora saco las perchas, paso el trapo por las baldas, me meto dentro para llegar a la parte de atrás. El armario es profundo, más de lo que parece. La madera del fondo tiene un color distinto al de los laterales, como si se hubiera reemplazado en algún momento.

En la balda de arriba, donde no llego bien ni de puntillas, encuentro polvo y una percha rota. Y algo más. Un trozo de tela enganchado en una astilla de la madera. Es azul, de algodón fino. Un jirón de camiseta, quizá. O de un pañuelo.

Lo saco con cuidado. Es un triángulo de tela del tamaño de mi pulgar. Está limpio. No tiene manchas. Pero alguien tiró de una prenda y se quedó enganchado ahí.

¿Prisa por vaciar el armario? ¿O prisa por algo más?

Bajo al salón. Me siento en la mesa con el pendiente, la factura y el trozo de tela delante de mí. Los tres objetos forman una línea. Los miro como si fueran pruebas. Y entonces me doy cuenta de lo que estoy haciendo.

Estoy investigando.

No. Para. No estoy investigando. Estoy limpiando mi piso y he encontrado restos de la inquilina anterior. Eso es todo. No hay nada sospechoso. La gente se muda y deja cosas. La gente se

va de un sitio sin avisar. La gente desaparece de la vida de otros todo el tiempo. Lo sé bien. Dani desapareció de la mía en cuestión de semanas.

Pero la periodista que llevo dentro no se calla fácilmente. Doce años de investigación me enseñaron a reconocer patrones. Y los patrones dicen que cuando alguien deja pendientes, fotos y contratos sin cancelar, no se fue. La sacaron.

O peor.

Meto los tres objetos en un cajón de la cocina. Cierro el cajón. Me preparo un café. Me siento en el salón con el portátil y busco «Sara Vega fotógrafa Madrid» en Google.

Aparecen resultados. Un perfil de Instagram, público, con fotos en blanco y negro de edificios, calles, ventanas. La última publicación es de hace siete meses. Antes de eso publicaba cada dos o tres días. De pronto, nada. Un silencio digital tan abrupto como una puerta que se cierra de golpe.

Tiene trescientos seguidores. Ningún mensaje de «¿estás bien?» o «¿dónde estás?». Nadie pregunta. Nadie la echa de menos públicamente.

Busco su nombre en Google otra vez. Ninguna noticia, ninguna denuncia de desaparición, ningún artículo. Sara Vega

es un nombre demasiado común. Se pierde entre cientos de resultados que no son ella.

Cierro el portátil. Me termino el café. Miro el cajón de la cocina donde he guardado los objetos.

No es asunto mío.

No lo es.

Por la noche, mientras me cepillo los dientes, miro la pared del baño. Los azulejos blancos con cenefa verde. El espejo sobre el lavabo, rectangular, con marco de madera pintada de blanco. Me fijo en algo que no había notado antes. En la esquina inferior derecha del espejo hay una marca. Un rasguño en la pintura del marco, como si alguien hubiera intentado mover el espejo. Meter algo detrás. O sacarlo.

Me inclino. Miro de cerca. El rasguño es fino, hecho con algo puntiagudo. Una llave, quizá. Un destornillador.

No toco nada.

Me enjuago la boca. Apago la luz. Me meto en la cama.

El pendiente de plata sigue en la mesilla. La media luna brilla en la oscuridad con el reflejo de la farola de la calle que se cuela por la persiana.

Sara Vega dejó cosas en este piso. Cosas pequeñas, casi invisibles, como migas de pan en un bosque. Migas que

alguien que no estuviera prestando atención jamás encontraría.

Pero yo presto atención.

Es lo único que sé hacer bien.

4

Preguntas

Paso el domingo dándole vueltas. No puedo evitarlo. Es como una piedra en el zapato: puedo caminar, puedo hacer mi vida, pero ahí está, molestando, recordándome que algo no encaja.

El lunes por la mañana bajo a ver a Germán. Lo encuentro en el portal, arreglando la cerradura del buzón del cuarto. Tiene una caja de herramientas abierta a sus pies y un destornillador en la mano. Lleva la misma camisa azul, o una idéntica.

—Buenos días, Nuria. ¿Qué tal el fin de semana?

—Bien. Oye, Germán, una cosa. Estuve limpiando a fondo y encontré cosas de la antigua inquilina. Sara, ¿verdad? Un

pendiente, una factura de teléfono. ¿Tienes algún contacto de ella para devolvérselo?

No le miro fijamente. Es una técnica vieja. Si miras fijamente, el otro se pone a la defensiva. Si finges que la pregunta es casual, las respuestas son más reveladoras.

Germán no deja de atornillar.

—Sara, sí. Pues mira, la verdad es que no tengo contacto. Se fue de un día para otro. Me dejó las llaves en el buzón con una nota y nada más. No dejó teléfono ni dirección.

—¿No te pareció raro?

Ahora sí me mira. Brevemente. Vuelve al buzón.

—Un poco, sí. Pero qué quieres que te diga. No es la primera vez que un inquilino se esfuma. Hace años tuve uno que se fue

debiendo tres meses y dejó un perro dentro del piso. Comparado con eso, Sara fue una santa.

Sonríe. Yo sonrío. Todo muy normal.

—¿Y no dejó nada más? ¿Muebles, cajas?

—Nada. Bueno, pinté y limpié el piso antes de que llegaras tú, así que si quedaba algo lo tiré. Lo siento.

—No pasa nada. Es solo curiosidad.

—Ya. —Se levanta, se limpia las manos en el pantalón—. Oye, si te preocupa algo del piso, dímelo. Le puedo echar un vistazo a lo que sea.

—No, no, todo bien. El piso es genial.

—Me alegro.

Me sonríe. Yo le sonrío. Subo las escaleras.

Hay algo en la conversación que me rechina, pero no puedo identificar qué. Germán ha dicho todo lo correcto. Ha respondido a cada pregunta con naturalidad. No ha dudado, no se ha puesto nervioso, no ha cambiado de tema bruscamente.

Y ese es exactamente el problema. Ha sido demasiado fluido. Demasiado preparado. Como si hubiera ensayado las

respuestas. Como si supiera que alguien iba a hacer esas preguntas tarde o temprano.

O puede que simplemente sea un hombre tranquilo que no ve nada raro en que una inquilina se vaya sin despedirse.

No lo sé.

Esa tarde subo al cuarto. Llamo a la puerta de los Ramírez. Abre Enrique, con su expresión habitual de tortuga molesta.

—Hola, soy Nuria, la del tercero.

—Ya sé quién eres.

—Quería preguntarte una cosa. Sobre la chica que vivía antes en mi piso. Sara. ¿La conocías?

Enrique me mira por encima de las gafas. Detrás de él, en el pasillo, oigo los pasos de Lola acercándose.

—¿Quién es? —pregunta Lola desde dentro.

—La del tercero. Que pregunta por la otra.

Lola aparece detrás de su marido. Hoy lleva el pelo suelto, blanco y fino como telaraña. Me mira con esos ojos de pájaro asustado.

—No la conocíamos —dice Enrique—. Buenos días y buenas

noches, y ya está. No era de hablar mucho.

—¿Sabéis por qué se fue?

—No —dice Enrique.

—No —dice Lola.

Al unísono, como si lo hubieran ensayado.

—¿Notasteis algo raro antes de que se fuera? ¿Algún comportamiento extraño?

Enrique frunce el ceño.

—Oye, ¿eres policía o algo?

—No, periodista.

—Pues peor todavía. —Hace ademán de cerrar la puerta—. No sabemos nada. La chica se fue y ya está. Estas cosas pasan.

La puerta se cierra. Oigo a Lola decir algo en voz baja, pero no distingo las palabras. Podría ser cualquier cosa. Podría ser «déjalo, Enrique». Podría ser «no le cuentes nada».

Bajo al tercero. Llamo a la puerta de Bea.

—¡Nuria! Pasa, pasa. ¿Quieres un café? Acabo de hacer.

El piso de Bea es un reflejo de ella: cálido, lleno de cosas, un poco caótico. Hay plantas en todas las superficies, cojines de colores en el sofá, estanterías con figuritas de porcelana. Un

gato naranja y gordo me mira desde una silla con soberano desprecio. Paco, supongo.

—Bea, quería preguntarte por Sara. La chica que vivía en mi piso.

Bea está sirviendo el café. No se detiene. No cambia de expresión.

—Sara, sí. Pobre chica. ¿Qué quieres saber?

—¿La conocías bien?

—Bueno, como se conoce a una vecina. Hola, adiós, algún café de vez en cuando. Era muy reservada. Simpática, pero reservada. Como si siempre estuviera pensando en otra cosa.

—¿Sabes por qué se fue?

Bea se sienta frente a mí. Me pasa la taza. El café huele fuerte, a torrefacto.

—Pues no. Un día estaba y al siguiente no. Ni una nota, ni un mensaje, ni nada. Bueno, a Germán le dejó las llaves, eso me dijo él. Pero a mí no me dijo ni adiós. —Suspira—. La verdad es que me sentó mal. Pensaba que teníamos algo de confianza. Pero ya ves.

—¿Notaste algo raro en los días antes de que se fuera?

Bea da un sorbo al café. Piensa. O finge pensar.

—Raro, raro... Pues estaba más callada de lo normal. Que ya era bastante callada. No la oía moverse por el piso. Antes la escuchaba caminar, poner música. Pero las últimas semanas,

nada. Silencio total. Pensé que igual estaba fuera, de viaje o algo.

—¿Te dijo si tenía problemas con alguien? ¿Con su novio, con el trabajo?

—Me dijo que había cortado con su novio hacía poco. Estaba triste por eso. Pero nada grave, creo. Cosas normales.

—¿Y con Germán? ¿Se llevaba bien con Germán?

Bea me mira. Por primera vez desde que la conozco, su expresión se endurece un poco. No mucho. Lo suficiente.

—Germán es un encanto. Todo el mundo se lleva bien con Germán.

Hay una firmeza en su voz que no admite réplica. Es la firmeza de alguien que defiende a un ser querido. O de alguien que repite un mensaje aprendido.

—Ya, claro —digo—. Era solo por curiosidad.

—¿Curiosidad profesional? —Bea sonríe, pero la sonrisa no le llega a los ojos.

—No. Solo curiosidad de vecina.

—Ah, vale. Es que como eres periodista… —Se ríe, relajándose otra vez, o fingiendo relajarse—. Bueno, a lo mejor Sara vuelve algún día y nos cuenta qué pasó. A veces la gente necesita desaparecer una temporada. Reinventarse, ¿sabes? Yo lo entiendo.

Nos quedamos un rato más hablando de otras cosas. Del barrio, de las obras que van a hacer en la plaza, de su gato. Bea es una conversadora nata. Habla sin parar, con gracia,

saltando de tema en tema. Pero me doy cuenta de algo: en toda la conversación, no me ha hecho ni una sola pregunta sobre por qué me interesa Sara. Cualquier persona normal habría preguntado. «¿Por qué preguntas?» «¿Ha pasado algo?» «¿Has encontrado algo?»

Bea no. Bea ha respondido a todo y no ha preguntado nada.

Como si ya supiera las respuestas.

Esa noche, tumbada en la cama, repaso la jornada. Germán: respuestas perfectas, sin fisuras. Enrique y Lola: muro de silencio, casi hostil. Bea: amabilidad excesiva, cero curiosidad.

He hablado con cuatro personas y ninguna me ha dicho nada útil. Pero todas me han dicho lo mismo: Sara se fue. Sin más. De repente. Sin avisar. Y ninguna parece preocupada. Ninguna parece encontrarlo extraño.

Eso sí es extraño.

Cuando alguien desaparece, la gente reacciona. Pregunta, especula, se preocupa. Aunque sea un desconocido. Aunque sea un vecino al que apenas saludaban. El ser humano es curioso por naturaleza. La indiferencia total ante una desaparición es antinatural.

A menos que no sea indiferencia. A menos que sea otra cosa. Acuerdo. Instrucción. Miedo.

Cojo el móvil. Abro el Instagram de Sara Vega. Su última foto es una ventana vista desde dentro, con cortinas blancas que el viento mueve. La luz es la misma que entra por mi ventana. Es

mi ventana. Sara fotografió esta misma ventana, con estas mismas cortinas, hace siete meses.

Debajo de la foto hay un pie: «A veces la luz es lo único que es verdad.»

No tiene likes. No tiene comentarios. Nadie la ha visto. Nadie la ha buscado.

Sara Vega se fue de este piso —o la sacaron— y el mundo ni se enteró.

Apago el móvil. Cierro los ojos. El edificio cruje y respira a mi alrededor como un animal dormido.

Alguien tiene que enterarse.

5

El diario

Lo encuentro un jueves por la tarde, mientras busco un calcetín que se ha caído detrás del armario.

El armario empotrado del dormitorio tiene un suelo de madera que no coincide con el del resto de la habitación. Las baldosas hidráulicas se detienen en el umbral y dentro hay tablones de pino viejos, clavados sin esmero. Uno de ellos, el del fondo a la izquierda, tiene una esquina levantada. Lo he visto antes, cuando limpié, pero no le di importancia. Ahora, arrodillada dentro del armario con el brazo estirado buscando el calcetín, mis dedos rozan esa esquina y noto que cede.

Tiro. El tablón se levanta con un crujido seco.

Debajo hay un hueco estrecho entre el suelo de madera y la capa de baldosa que queda debajo. No es grande. Cabe una mano. Cabe un objeto plano. Y ahí, envuelto en una bolsa de plástico transparente, hay un cuaderno.

Es un Moleskine negro, de los pequeños. Tiene las tapas un poco curvadas y las esquinas desgastadas. Dentro de la bolsa

de plástico hay también un pendrive azul y un recorte de periódico doblado en cuatro.

Saco todo. Me siento en el suelo del dormitorio con las piernas cruzadas. Abro la bolsa. El cuaderno huele a papel y a algo más, algo rancio, como tinta vieja.

La primera página tiene un nombre escrito con letra redonda y firme: «Sara Vega.»

El corazón me late más fuerte. No debería. No es más que un cuaderno olvidado. Pero lo encontré escondido debajo del suelo. Los cuadernos olvidados no se esconden debajo del suelo.

Los cuadernos que se esconden debajo del suelo son los que alguien no quería que encontraran.

O los que alguien guardó para que la persona correcta los encontrara.

Empiezo a leer.

Las primeras entradas son de hace un año y medio, más o menos. Sara no pone fechas exactas, solo el mes y a veces el día de la semana. Su letra es bonita, inclinada hacia la derecha, con las aes abiertas y las tes cruzadas con un trazo largo.

Octubre.

Me he mudado. El piso es pequeño pero tiene algo. Luz. Mucha luz por las mañanas. La ventana da a un patio interior que parece

sacado de una película italiana. Tendederos, macetas, paredes desconchadas. He hecho tres fotos nada más llegar.

El casero se llama Germán. Simpático. Demasiado, quizá. Me ha regalado una botella de vino por la mudanza. Tinto, Ribera del Duero. No está mal. Me lo he bebido sola viendo una serie. Brindo por mí misma. Por el nuevo principio.

Javi no ha llamado. No va a llamar. Mejor. Si me llamara tendría que ser fuerte y ahora mismo no quiero ser fuerte. Quiero ser una persona normal que vive en un piso pequeño y bebe vino sola un jueves por la noche.

Leo con una mezcla de curiosidad y culpa. Es el diario de una desconocida. Sus pensamientos íntimos, sus fragilidades. No debería leerlo. Pero sigo.

Noviembre.

He conocido a los vecinos. Bea, del tercero, es un encanto. Me ha traído un bizcocho. Tiene un gato insoportable que maúlla a las tres de la mañana. Hugo, el del segundo, toca el saxo. Me gusta oírle por las noches. Hay algo triste en cómo toca, algo que reconozco.

Los del cuarto son raros. El hombre me mira como si le debiera dinero. La mujer no me mira.

Germán me ha arreglado el grifo del baño. Ha venido en diez minutos, con su caja de herramientas. Mientras lo arreglaba hemos hablado de fotografía. Dice que le interesa el arte. Que su

padre coleccionaba grabados. Me ha preguntado si puedo enseñarle mi trabajo algún día. Le he dicho que sí.

Estoy bien. Creo que estoy bien.

Paso las páginas. Los meses avanzan. Sara habla de su trabajo —proyectos freelance, un reportaje para una revista de arquitectura, una exposición que no llega a concretarse—. Habla de Javi, el exnovio, que no llama y que ella finge no esperar. Habla del barrio, de las calles, de la luz.

La luz aparece constantemente. Sara estaba obsesionada con la luz. Con cómo entraba por la ventana, cómo cambiaba a lo largo del día, cómo dibujaba sombras en las paredes. Es hermoso, la verdad. Su forma de mirar el mundo a través de la luz.

Diciembre.

Navidades sola. Bueno, con Bea y su bizcocho navideño. Y con Hugo, que me ha invitado a un concierto en un bar del barrio. He ido. Jazz de los cincuenta, humo, luz tenue. He hablado con Hugo dos horas seguidas. Es la primera conversación larga que tengo con alguien desde que llegué. Hugo no pregunta cosas incómodas. No juzga. Solo escucha y toca el saxo.

Germán me ha regalado una planta. Un potos. Dice que da buena suerte. Lo he puesto en la ventana. Le he sacado una foto.

Enero.

Nuevo año. Nuevos propósitos. Conseguir más trabajo. Dejar de pensar en Javi. Salir más. Hacer más fotos del barrio.

He empezado un proyecto: fotografiar todas las ventanas de Lavapiés. Desde fuera y desde dentro. Las ventanas como marcos,

como ojos, como límites entre lo público y lo privado. Me gusta la idea. Creo que puede ser algo bueno.

Sara estaba construyendo una vida. Pieza a pieza, como se reconstruye un jarrón roto. El piso, el barrio, los vecinos, el trabajo. Todo estaba encajando.

Febrero.

Hoy he tenido una sensación rara. Estaba en el baño, duchándome, y he sentido que alguien me miraba. No había nadie, claro. La ventana del baño da al patio interior y es de cristal esmerilado. Imposible que nadie viera nada.

Pero la sensación estaba ahí. En la nuca. Como dedos fríos.

Tonterías. Llevo demasiado tiempo sola. Las personas solas empezamos a inventarnos compañía, aunque sea compañía que nos asusta.

Paro de leer. Me froto los ojos. Son las nueve de la noche y no he cenado. El piso está a oscuras excepto por la lámpara de la mesilla, que proyecta un círculo de luz amarilla en el suelo.

Miro a mi alrededor. Las paredes. El techo. La ventana con la persiana bajada. El cuarto de baño, cuya puerta está entreabierta y deja ver la oscuridad interior.

Sara sintió que la miraban.

Yo también lo he sentido. No se lo he dicho a nadie. No se lo he dicho ni a mí misma. Pero hay momentos, sobre todo por la noche, en que los pelos de la nuca se me erizan sin razón.

Momentos en que tengo la certeza irracional de que hay unos ojos en alguna parte, fijos en mí.

Lo he atribuido a la soledad. Al estrés. Al edificio viejo que cruje y respira. A la misma explicación que Sara se dio a sí misma.

Pero Sara escribía sus sensaciones en un diario que escondió debajo del suelo.

Las personas que creen estar paranoicas no esconden diarios. Las personas que saben que algo va mal sí.

Guardo el cuaderno en la bolsa de plástico. No miro el pendrive ni el recorte de periódico. Todavía no. Necesito

procesar lo que he leído. Necesito comer algo y dormir y pensar con claridad.

Vuelvo a meter la bolsa en el hueco del suelo. Encajo el tablón. Lo aplasto con el pie hasta que queda firme. Pongo una caja de zapatos encima, como si nada.

Ceno un plátano y un yogur de pie en la cocina. Me lavo los dientes sin mirarme al espejo. Me acuesto.

No puedo dormir.

La voz de Sara me habla desde el cuaderno, desde debajo del suelo, con su letra inclinada y sus aes abiertas. Me habla de luz y de ventanas y de la sensación de unos ojos en la nuca.

A las dos de la mañana me levanto y saco el cuaderno otra vez. Lo abro por donde lo dejé.

Febrero.

Tengo que seguir leyendo.

Tengo que saber qué encontró Sara.

6

Algo no cuadra

Leo el diario de Sara Vega sentada en el suelo del dormitorio, con la espalda contra la pared y las rodillas contra el pecho.

Son las dos y media de la mañana. El edificio está en silencio. Ni siquiera Hugo toca esta noche.

Las entradas de febrero y marzo son las que cambian el tono. Como si alguien hubiera girado un dial y la frecuencia pasara de una emisora de música suave a un canal de interferencias.

Febrero, segunda semana.

Cosas que no cuadran:

1. Germán siempre sabe cuándo estoy en casa. Si salgo a comprar y vuelvo, aparece en el portal justo cuando entro. «Hola, Sara, ¿qué tal?» Coincidencia, quizá. Pero pasa demasiado.

2. He oído ruidos en las paredes. No las cañerías. Algo distinto. Un zumbido eléctrico, muy bajo, que a veces se enciende y a veces se apaga. Viene del baño. O del dormitorio. No estoy segura.

3. Bea sabe cosas que yo no le he contado. Ayer me preguntó si había dormido bien, porque parecía cansada. No la había visto en dos días. ¿Cómo sabía que no había dormido bien? Le dije que sí, que había dormido fenomenal. No le dije que me había pasado la noche llorando por Javi.

4. La puerta de mi piso. Juraría que la cierro con llave cuando salgo. Siempre. Soy obsesiva con eso. Pero dos veces esta semana he vuelto y la cerradura estaba girada solo una vuelta en vez de

dos. Como si alguien hubiera entrado y no se hubiera molestado en cerrar como yo lo dejo.

Leo la lista con un nudo en el estómago. No es la lista de una paranoica. Es la lista de una observadora. De alguien que presta atención a los detalles. Como yo.

Febrero, tercera semana.

He empezado a contar las veces que Germán aparece cuando no debería. Esta semana: cinco. Cinco veces en siete días. Salgo a las ocho de la mañana: Germán en el portal, arreglando algo. Vuelvo a las tres: Germán en la escalera, subiendo con una bolsa de herramientas. Bajo la basura a las once de la noche: Germán fumando en el portal.

«Qué casualidad, Sara. Siempre nos cruzamos.»

No es casualidad.

Creo que sabe cuándo entro y cuándo salgo. Creo que me vigila.

Pero ¿cómo? ¿Y por qué?

Marzo.

He hablado con Hugo. Le he contado que me siento observada. Que oigo ruidos. Que Germán aparece demasiado.

Hugo es buena persona. Me ha escuchado con atención. Pero luego me ha dicho: «Sara, estás pasando por un bache, es normal

estar más sensible. Germán es un tío majo. Seguro que es todo coincidencia.»

No me ha creído. No le culpo. Si alguien me contara esto, yo tampoco me creería. Suena a paranoia. Suena a soledad. Suena a una mujer sola en un piso pequeño que empieza a ver fantasmas.

Pero yo no veo fantasmas. Yo veo patrones. Y los patrones están ahí.

Paso la página. La letra de Sara ha cambiado. Es más pequeña, más apretada, como si escribiera más deprisa. O con más miedo.

Marzo, segunda semana.

He empezado a revisar el piso. Centímetro a centímetro. He mirado detrás de los muebles, dentro de los enchufes, en las rejillas de ventilación.

En la rejilla de ventilación del salón he encontrado algo. Una marca reciente en el tornillo. Alguien lo ha desatornillado y vuelto a atornillar hace poco. La cabeza del tornillo tiene rayones que no deberían estar ahí si no lo hubieran tocado desde la reforma.

No he abierto la rejilla. Todavía no. Necesito pensarlo.

Marzo, tercera semana.

Algo más. El detector de humo del salón. Es uno de esos blancos, redondos, de los que van en el techo. Normalmente no los miras. Están ahí arriba y te olvidas de ellos.

Hoy lo he mirado. Tiene un agujero en el centro. Todos los detectores lo tienen, es por donde detectan el humo. Pero este agujero es un poco más grande de lo normal. Y detrás del agujero,

si te pones justo debajo y miras con una linterna, hay algo. Algo que no debería estar en un detector de humo.

Un reflejo. Un brillo diminuto. Como el de una lente.

Dios.

Dios mío.

Cierro el cuaderno. Me tiemblan las manos.

Miro hacia el techo de mi dormitorio. No hay detector de humo aquí. Hay uno en el salón. Lo vi el primer día. No le presté atención.

Me levanto. Voy al salón. Enciendo la luz. Miro el techo.

Ahí está. Blanco, redondo, discreto. Un detector de humo perfectamente normal. Con un agujero en el centro.

Podría subirme a una silla y mirarlo. Podría coger una linterna y buscar ese brillo que Sara describe. Podría confirmarlo ahora mismo.

Pero no lo hago.

Porque si miro y hay algo, todo cambia. Todo lo que creo sobre este piso, sobre Germán, sobre este edificio, se

derrumba. Y entonces tendré que actuar. Tendré que hacer algo. Y hacer algo significa peligro.

Si no miro, puedo seguir leyendo. Puedo seguir recogiendo información. Puedo entender qué le pasó a Sara antes de dar un paso que no puedo retirar.

Vuelvo al dormitorio. Abro el cuaderno.

Marzo, última semana.

No puedo dormir. No puedo comer. No puedo ducharme sin sentir que alguien me ve.

Porque alguien me ve. Lo sé. Ya lo sé.

He hablado con Bea. No le he dicho lo que sé. Le he preguntado, de pasada, si alguna vez ha tenido problemas con su piso. Ruidos,

cosas raras. Bea se ha reído. «Ay, Sara, estos edificios viejos siempre crujen. Es el encanto.»

Pero cuando lo ha dicho, me ha mirado de una forma rara. Directa. Fija. Como si quisiera que yo entendiera algo sin que ella tuviera que decirlo.

¿O estoy proyectando? ¿Estoy tan asustada que ya veo mensajes en todas partes?

No lo sé. Ya no sé qué es real y qué no.

Solo sé que las paredes tienen ojos. Y que alguien, al otro lado, está mirando.

La última entrada de marzo termina ahí. Paso la página. Abril.

Abril.

He encontrado algo en el baño. Detrás del espejo. No puedo escribirlo aquí. Si alguien encuentra este cuaderno, tiene que ver el pendrive. Ahí está todo.

Voy a esconder esto donde no lo encuentren. Si me pasa algo, si desaparezco, si un día no estoy, quien encuentre este cuaderno sabrá la verdad.

Estoy en peligro.

Él lo sabe.

Él sabe que lo sé.

No hay más entradas. Las páginas siguientes están en blanco. Sara dejó de escribir en abril. Desapareció —según Germán—

en mayo.

Un mes. Le quedó un mes.

Cierro el cuaderno. Lo meto en la bolsa. Lo guardo debajo del suelo. Mis manos tiemblan tanto que me cuesta encajar el tablón.

Me siento en la cama. Respiro. Miro la pared.

Las marcas rectangulares donde estaban las fotos de Sara me devuelven la mirada como ojos vacíos.

Sara encontró algo. Algo lo bastante grave como para esconder un diario debajo del suelo. Y un mes después, desapareció.

Yo he encontrado el diario. He leído lo que Sara escribió. He mirado el detector de humo sin atreverme a comprobarlo.

La pregunta ya no es si Sara estaba paranoica.

La pregunta es cuánto tiempo me queda a mí antes de que alguien se dé cuenta de que estoy siguiendo sus pasos.

7

Cena en el tercero

Bea llama a mi puerta el viernes por la tarde con una botella de Verdejo y una sonrisa enorme.

—Oye, que hoy no tengo plan y he comprado demasiada comida para una sola. ¿Te apetece cenar conmigo?

Digo que sí. Necesito normalidad. Necesito sentarme en un sofá con una copa de vino y hablar de cosas que no tengan que ver con cámaras ocultas ni diarios escondidos. Necesito fingir, aunque sea un par de horas, que vivo en un edificio normal con vecinos normales y que la mujer que me invita a cenar es simplemente una vecina amable.

Y necesito observarla.

El piso de Bea está más recogido que la última vez. Ha puesto un mantel en la mesa, platos de cerámica pintados a mano, servilletas de tela. Velas. Hay un olor a ajo y romero que viene

de la cocina. Paco, el gato, se ha apostado en lo alto de una estantería y me vigila con sus ojos amarillos.

—Siéntate, siéntate. He hecho pollo al horno con patatas y una ensalada. Nada del otro mundo, pero alimentar alimenta.

Me siento. Bea abre el vino, sirve dos copas, se sienta frente a mí. Brindamos.

—Por las vecinas —dice.

—Por las vecinas.

El vino está frío y seco, un poco ácido. El pollo es bueno. Las patatas, crujientes. Bea cocina bien, con esa soltura de quien lleva años haciéndolo para sí misma.

Hablamos. Del barrio, de la subida del alquiler en Madrid, de una serie de Netflix que las dos hemos visto. Bea es divertida. Tiene una opinión sobre todo y la expresa con una franqueza

que resulta refrescante. Se ríe mucho. Bebe con alegría. Rellena mi copa sin preguntar.

—¿Y tú qué? —dice, como si acabara de acordarse—. ¿Cómo llevas lo del trabajo?

—Mal. No sale nada. Parece que a nadie le interesa contratar a una periodista de investigación de treinta y nueve años.

—¿Periodista de investigación? Eso suena emocionante.

—Suena mejor de lo que es. Son muchas horas delante de un ordenador revisando documentos. Y mucha gente que no quiere hablar contigo.

—¿Y de qué investigabas?

—De todo. Corrupción, urbanismo, sanidad. Lo que hubiera. Lo que los lectores necesitaran saber.

Bea asiente, pensativa.

—Debe de ser difícil dejar de hacer algo así. Una vez que aprendes a investigar, supongo que ya no puedes mirar nada sin buscarle el truco.

Me mira directamente cuando lo dice. Con esa mirada que ya he visto antes. Directa, fija. ¿Es una advertencia? ¿Es solo conversación?

—Supongo —digo—. Deformación profesional.

—¿Y lo del divorcio? ¿Eso cómo va?

La pregunta llega sin transición, directa al estómago. Bea la

lanza con la misma naturalidad con la que me pasa el pan.

—Va. Firmamos hace unos meses. Estamos en esa fase de fingir que somos amigos.

—¿Fue cosa tuya o suya?

—Suya. Bueno, de los dos, supongo. Pero él fue quien lo dijo primero.

—Los hombres siempre lo dicen primero. Aunque seas tú la que lleva meses pensándolo, ellos son los que abren la boca. Necesitan sentir que tienen el control.

Hay amargura en su voz. No mucha. La justa para que me pregunte.

—¿Hablas por experiencia?

Bea se ríe.

—Yo llevo quince años sola, guapa. Tuve un novio hace mil años, cuando era joven y tonta. Desde entonces, nada. Y la

verdad es que estoy de puta madre. Sin hombres que te compliquen la vida, una vive en paz.

—¿Y no te sientes sola?

—A veces. Pero para eso están los vecinos, ¿no? —Levanta la copa—. Para eso estás tú.

Brindamos otra vez. La botella se vacía. Bea abre otra. Yo debería parar, pero el vino me relaja y necesito estar relajada para lo que viene.

—Oye, Bea. Lo de Sara me tiene un poco preocupada.

Lo digo así, directa, mientras ella corta un trozo de queso. Quiero ver su reacción inmediata, antes de que tenga tiempo de preparar una respuesta.

Bea no se detiene. Sigue cortando.

—¿Qué de Sara?

—Pues que se fue sin más. Sin decir nada a nadie. No sé, me parece raro.

—Ya te lo dije, Nuria. La gente hace esas cosas.

—Ya, pero... ¿no te preocupaste? ¿No pensaste en llamar a alguien? ¿A su familia, a la policía?

Bea deja el cuchillo en la tabla. Me mira.

—¿A la policía? ¿Por qué iba a llamar a la policía? Una mujer adulta se muda de un piso. Eso no es un crimen.

—No, claro que no. Pero es que no se mudó. No canceló el

teléfono, no avisó a nadie, no dejó una dirección.

—¿Y tú cómo sabes que no canceló el teléfono?

Mierda. He dicho demasiado. La factura de Movistar. No debería haber mencionado eso.

—Encontré una factura suya al limpiar —digo, intentando sonar casual—. Una factura de teléfono a su nombre. Si se hubiera mudado en condiciones, habría dado de baja la línea, ¿no?

Bea me mira un largo momento. Luego sonríe. Se sirve más vino.

—Nuria, cariño, eres periodista. Lo entiendo. Ves misterios donde no los hay. Sara era una chica rara. Estaba mal por su ruptura. No hablaba con nadie. Un día se fue y no dejó huella. Es triste, sí. Pero no es misterioso. Es solo... triste.

Su voz es suave. Comprensiva. Razonable. Cada palabra cae en el sitio exacto, como fichas de dominó.

—Tienes razón —digo—. Probablemente estoy buscándole tres pies al gato.

—Exacto. Y hablando de gatos, mira a Paco, el cabrón. Se ha subido a la encimera otra vez.

Bea se levanta a regañar al gato. La conversación se desvía. Hablamos de animales, de infancias, de pueblos donde

crecimos. Bea es de un pueblo de Ávila, o eso dice. Se vino a Madrid a los veinte. No tiene familia cercana, según cuenta.

Le pregunto si tiene hermanos. Dice que no. Hija única.

—¿Y Germán? ¿Tiene familia?

—Germán es como yo, un alma solitaria. Creo que tuvo una mujer hace años, pero no funcionó. Ahora vive para el edificio. Este sitio es su vida.

—Se nota. Lo cuida mucho.

—Demasiado, a veces. —Bea se ríe—. Es de esos hombres que necesitan tenerlo todo controlado. Pero en el buen sentido. ¿Sabes? Como un padre que quiere que su familia esté bien.

Un padre. Bea ha comparado a Germán con un padre.

Me quedo con eso.

Vuelvo a mi piso a las doce, con dos botellas de vino encima y la cabeza llena de preguntas. Me siento en el salón sin encender la luz. La ventana del patio deja entrar un resplandor anaranjado de las farolas de la calle.

Repaso la conversación.

Bea me ha preguntado por mi trabajo. Por mi divorcio. Por mi situación económica. Por mi relación con Dani. Me ha preguntado si tengo amigos en Madrid, si mi familia vive cerca, si estoy en contacto con excompañeros del periódico.

He respondido a todo. Con el vino, he respondido a todo sin filtro. Le he contado que estoy prácticamente sola en Madrid.

Que mi madre está en Vallecas pero que no quiero agobiarla. Que mis amigos del periódico se fueron dispersando cuando cerró. Que Dani y yo apenas hablamos.

Le he dado un mapa completo de mi aislamiento.

Y ella ha tomado nota. Con su sonrisa, con sus preguntas casuales, con su segundo copa de vino. Ha trazado un retrato exacto de mi vulnerabilidad.

¿O estoy siendo paranoica? ¿Estoy haciendo lo que Sara hizo, lo que Hugo dijo que Sara hacía, ver patrones donde solo hay coincidencias?

Puede ser. Puede ser que Bea sea simplemente una mujer sola que quiere conocer a su vecina. Puede ser que sus preguntas sean las que haría cualquiera. Puede ser que yo esté contaminada por el diario de Sara y vea conspiración en cada gesto amable.

Pero hay algo que no puedo ignorar. Un dato. Pequeño, específico, verificable.

Bea ha dicho que es hija única. Que no tiene hermanos.

En el contrato de alquiler que firmé con Germán, su apellido completo es Germán Ochoa Ramos. Lo recuerdo porque me

fijé en los datos del propietario antes de firmar. Deformación profesional.

En el buzón del tercero B pone «B. Ramos».

Ochoa Ramos. Ramos.

Puede ser una coincidencia. Ramos es un apellido muy común. Hay miles de Ramos en Madrid.

Pero los periodistas no creen en coincidencias. Los periodistas verifican.

Me quedo mirando la oscuridad del salón. En algún lugar del techo, el detector de humo me devuelve la mirada con su ojo ciego.

Mañana voy a verificar.

Mañana voy a empezar a hacer las preguntas que Sara no pudo terminar de hacerse.

8

Detrás del espejo

Son las dos de la mañana de un sábado. El edificio duerme. Madrid duerme. Yo no.

Estoy sentada en el suelo del dormitorio con el cuaderno de Sara abierto en la última entrada. La que escribió en abril, antes de desaparecer. La que dice: «He encontrado algo en el baño. Detrás del espejo.»

He pasado todo el día fingiendo normalidad. He bajado al mercado, he comprado fruta, he saludado a Germán en el portal con mi mejor sonrisa de vecina agradecida. He subido las escaleras sin mirar las paredes. He cerrado la puerta de mi

piso con llave —dos vueltas, he contado— y me he sentado a esperar a que llegara la noche.

Ahora la noche está aquí y no tengo más excusas.

Voy a mirar detrás del espejo.

El baño de mi piso es pequeño pero tiene carácter. Bañera antigua de hierro fundido con patas de garra, azulejos blancos con cenefa verde, suelo de losetas hexagonales. El espejo está sobre el lavabo, rectangular, con marco de madera pintada de blanco. Lo miro todos los días cuando me lavo los dientes. Lo miro sin verlo, como se miran las cosas que forman parte del paisaje cotidiano.

Ahora lo miro de verdad.

El marco tiene cuatro tornillos, uno en cada esquina. Están pintados de blanco, como el marco, camuflados. Si no buscas, no los ves. Pero ahí están. Y en la esquina inferior derecha, la misma donde vi el rasguño hace semanas, la pintura del

tornillo tiene un pequeño desconchón. Alguien ha metido un destornillador ahí. No hace mucho. No hace años.

Sara lo movió. Sara miró detrás.

Necesito un destornillador. No tengo uno. Pero tengo un cuchillo de cocina con punta plana. Voy a buscarlo. Vuelvo al baño. Cierro la puerta. Enciendo la luz.

Me miro en el espejo. Tengo ojeras. El pelo sucio, recogido en un moño torcido. Los labios secos. Parezco mayor de lo que soy. Parezco alguien que lleva días sin dormir bien.

Meto la punta del cuchillo en la ranura del primer tornillo. Giro. Cuesta, pero cede. El tornillo sale con un chirrido suave que me recorre la columna vertebral. Hago lo mismo con los otros tres. Los dejo en el borde del lavabo, cuatro tornillos blancos alineados como dientes de leche.

Agarro el espejo por los bordes. Tiro. Pesa más de lo que esperaba. Lo separo de la pared y lo apoyo contra la bañera, con cuidado de no romperlo.

Detrás del espejo hay pared. Azulejos blancos, como el resto del baño. Pero en el centro hay algo. Un parche de masilla. Un círculo de pasta blanca, del tamaño de una moneda de dos euros, que alguien aplicó sobre los azulejos y alisó con el

dedo. Si el espejo estuviera puesto, sería invisible. Pero sin el espejo, destaca como una cicatriz.

Toco la masilla. Está seca, pero no es vieja. Tiene esa textura ligeramente granulosa de la masilla que lleva meses, no años.

Sara escribió: «He encontrado algo detrás del espejo.»

Sara también escribió: «No sé qué hacer.»

Yo sí sé qué hacer.

Meto la punta del cuchillo en el borde del parche. Rasco. La masilla se desprende en trozos, como escamas. Debajo hay un agujero. Un agujero circular, limpio, perforado con broca, que atraviesa el azulejo y llega al ladrillo. Y dentro del agujero, enrollado como un gusano metálico, hay un cable.

Es un cable fino, negro, de los que se usan en electrónica. Está cortado. El extremo que mira hacia mí termina en un corte limpio, hecho con alicates o con tijeras. El otro extremo desaparece dentro de la pared.

Un cable cortado. Dentro de la pared de mi baño. Detrás del espejo.

Me siento en el borde de la bañera. Las piernas no me sostienen. Las manos me tiemblan. El corazón me late tan fuerte que lo oigo en los oídos, como un tambor.

Sara encontró esto. Sara encontró este cable y supo lo que significaba. Y luego Sara desapareció.

Tiro del cable. No cede. Está fijado dentro de la pared, sujeto a algo que no puedo ver. Meto el dedo en el agujero. Noto el ladrillo, áspero, y el cable que gira hacia la derecha y se

pierde. ¿Hacia dónde va? ¿Hacia la pared medianera? ¿Hacia abajo?

Lo que había al final de este cable era una cámara. No me cabe duda. Sara lo sabía. Sara cortó el cable. Sara desactivó la cámara.

Y alguien se dio cuenta.

Me quedo un rato sin moverme. Intentando pensar. Intentando ser racional en un momento en que la racionalidad se me escapa como agua entre los dedos.

Opciones. Tengo opciones.

Puedo llamar a la policía. Decirles que he encontrado un cable en la pared de mi baño. ¿Y qué van a hacer? Vendrán, mirarán, verán un cable cortado en un edificio viejo. Germán dirá lo que ya me dijo: «sistema de alarma antiguo.» Un técnico confirmará que es un cable estándar. No hay cámara. No hay prueba de delito. Archivarán el caso y yo me quedaré en un piso donde sé que me vigilan, habiendo puesto a Germán sobre aviso.

Puedo irme. Coger mis cosas y salir esta noche. Volver al sofá cama de mi madre. Dejar el piso, dejar el edificio, dejar a Sara Vega en el olvido donde todo el mundo la ha dejado.

O puedo seguir. Puedo hacer lo que Sara intentó hacer. Buscar todas las cámaras. Encontrar las pruebas. Entender la

magnitud de lo que pasa en este edificio. Y hacerlo sin que Germán se entere.

Soy periodista. Esto es lo que hacía. Esto es lo que sé hacer. Tirar del hilo hasta que la tela se deshace.

Pero Sara también tiró del hilo. Y Sara desapareció.

La diferencia es que yo sé lo que le pasó a Sara. Sara entró a ciegas. Yo tengo su diario. Tengo sus notas. Tengo una ventaja que ella no tuvo: la certeza de que el peligro es real.

Y tengo algo más. Tengo el pendrive.

Vuelvo al dormitorio. Saco la bolsa de plástico de debajo del suelo. Abro la bolsa. Cojo el pendrive azul. Lo miro. Es pequeño, de ocho gigas, sin marca. Podría contener cualquier cosa. Fotos. Documentos. Pruebas.

O nada. Podría estar vacío.

Lo enchufo al portátil. Se enciende una luz azul diminuta. El ordenador lo reconoce. Una ventana se abre: «USB Drive (E:)».

Hay una carpeta. Se llama «PRUEBAS».

Dentro de la carpeta hay archivos. Fotos. Docenas de fotos. Las abro.

La primera es una foto de un cable idéntico al que acabo de encontrar. Pero este no está cortado. Este cable termina en un pequeño cilindro negro con una lente en la punta. Una

cámara. Del tamaño de un botón de camisa. Instalada dentro de una pared, mirando a través de un agujero.

La segunda foto es el agujero del baño, pero con la cámara todavía conectada. Sara fotografió la cámara antes de cortarla.

La tercera es una foto del detector de humo del salón, abierto. Dentro, entre los componentes electrónicos, hay otra cámara idéntica. Diminuta. Invisible a simple vista.

La cuarta. La quinta. La sexta.

Sara fotografió cada cámara que encontró. Cada cable. Cada agujero. Cada escondite. Hay fotos de ángulos distintos, con zoom, con escala. Fotos profesionales, metódicas, de alguien que sabía documentar pruebas.

Hay también capturas de pantalla. Registros de propiedad. Un documento catastral del edificio a nombre de Esteban Ochoa Hernández, con fecha de 1987. Un certificado de defunción del mismo Esteban Ochoa, de 2015. Una escritura de herencia a nombre de Germán Ochoa Ramos.

Sara no solo encontró las cámaras. Investigó al dueño. Investigó el edificio. Investigó la historia.

La última foto del pendrive me deja sin aire.

Es una captura de pantalla de una página web. Un foro. No uno de esos foros normales. Uno de esos sitios que existen en los márgenes de internet, donde se comparte contenido que no debería existir. Vídeos de personas grabadas sin su conocimiento. En sus casas. En sus baños. En sus dormitorios.

En la captura, entre miniaturas borrosas, hay una imagen que reconozco. Es la ventana de mi piso. Mi piso. Con las cortinas

blancas y la luz que entra oblicua. Y delante de la ventana, de espaldas, hay una mujer con el pelo oscuro.

Sara.

Sara, grabada sin saberlo, subida a un foro de internet para que desconocidos la vieran.

Cierro el portátil. Me levanto. Voy al baño. Vomito.

Me quedo arrodillada frente al váter, temblando, con el sabor ácido del vino en la garganta. Miro las paredes. Los azulejos blancos. El agujero donde estaba la cámara. El cable cortado.

Sara cortó los cables. Sara reunió las pruebas. Sara se preparó para denunciar.

Y entonces Sara desapareció. Hace seis meses. De un día para otro. Sin avisar a nadie. Sin dejar rastro.

Excepto un diario debajo del suelo, un pendrive con pruebas y un agujero vacío detrás de un espejo.

Me lavo la cara con agua fría. Me miro en el espejo, que ahora está apoyado contra la bañera. Sin él, la pared del baño me muestra su secreto: el agujero, el cable, la verdad desnuda.

Voy a volver a poner el espejo. Voy a tapar el agujero con la masilla que ha quedado suelta. Voy a dejarlo todo exactamente como estaba. Nadie puede saber que he mirado. Nadie puede saber lo que sé.

Porque ahora no estoy buscando un misterio.

Ahora estoy buscando a Sara.

9

El agujero

He dormido tres horas. Me he despertado con el alba, cuando el patio interior se llena de esa luz gris azulada que precede al sol. Me he quedado tumbada mirando el techo, escuchando los primeros sonidos del edificio: una cisterna, pasos lejanos, el arranque de una cafetera.

Sonidos normales. Vida normal. Pero ya nada es normal.

Me levanto. Me ducho rápido, intentando no pensar en las paredes. Intentando no pensar en que, aunque Sara cortó el cable del baño, no sé si hay otro. No sé si Germán instaló una nueva cámara después de que Sara desapareciera. Después de

que Germán pintara el piso, limpiara las huellas y lo preparara para la siguiente inquilina.

Para mí.

Me visto en el dormitorio con la luz apagada. Una precaución absurda, quizá. Pero hasta que no revise cada centímetro de este piso, no pienso darle nada a quien pueda estar mirando.

Empiezo por el baño.

Anoche volví a poner el espejo y tapé el agujero con la masilla suelta, pero ahora necesito ser más metódica. Necesito revisar cada punto de esas paredes como lo habría hecho en una investigación del periódico: con sistema, con paciencia, sin dejar nada al azar.

Cojo una linterna —la del móvil, no tengo otra— y empiezo por el techo. Paso la luz centímetro a centímetro. Moldura, escayola, la lámpara del baño. Todo parece normal. Bajo a las paredes. Azulejos blancos, cenefa verde. Busco irregularidades: parches de masilla, agujeros, descoloraciones. Nada aparte del que ya conozco.

Reviso los enchufes. Hay uno junto al lavabo. Lo miro con la linterna: parece normal, con su placa blanca y sus dos agujeros. No me atrevo a desmontarlo. Todavía no.

La rejilla de ventilación del baño. Es pequeña, cuadrada, de plástico blanco. Los tornillos están limpios, sin marcas. No

parece que nadie los haya tocado. Pero Sara mencionó la rejilla del salón, no la del baño.

Paso al dormitorio.

Lo reviso todo. Paredes, techo, molduras, zócalos. Muevo la cama. Muevo la mesilla. Miro detrás del cabecero. Nada. Nada que pueda ver a simple vista.

Entonces miro el cuadro.

Hay un cuadro en la pared del dormitorio. No es mío. Estaba aquí cuando llegué. Es una lámina enmarcada de un paisaje genérico: un campo de trigo bajo un cielo azul. El tipo de cuadro que ponen en los pisos de alquiler para que no parezcan tan vacíos. No le he prestado atención nunca.

Ahora sí.

Me acerco. El marco es de madera barata, pintada de negro. Está colgado de un clavo a la altura de los ojos. Lo descuelgo. Pesa poco. Le doy la vuelta.

Detrás del cuadro, la pared tiene un agujero. Idéntico al del baño. Circular, limpio, del tamaño de una moneda. Y dentro del agujero, un cable negro. Pero este cable no está cortado. Este cable está conectado.

Al final del cable hay una cámara.

Diminuta. Negra. Con una lente como un ojo de insecto. Apunta hacia la habitación a través del agujero. Hacia la cama.

Me quedo mirándola. La cámara me devuelve la mirada. Es un ojo muerto, sin parpadeo, sin expresión. Pero está vivo. Está

encendido. Un LED diminuto, rojo, casi invisible, parpadea en la parte trasera del cilindro.

Está grabando. Ahora mismo. Está grabando.

Me alejo del agujero. Me muevo despacio, sin hacer ruidos bruscos. Vuelvo a colgar el cuadro. Con cuidado, como si no hubiera pasado nada. Como si solo hubiera querido enderezarlo.

Si la cámara tiene micrófono —y probablemente lo tiene—, no puedo hablar. No puedo reaccionar. Tengo que actuar como si no supiera nada.

Salgo del dormitorio. Voy al salón. Enciendo la radio. Música, voces, cualquier cosa que tape el sonido de mi respiración acelerada, de mi corazón que martillea en las costillas.

Me acerco al detector de humo del techo. Está alto. Necesito una silla. Cojo una de la cocina, la pongo debajo, me subo. Desde aquí arriba puedo ver el detector de cerca. Es blanco, redondo, con una rejilla circular en el centro. Miro a través de la rejilla con la linterna.

Ahí está. El brillo que Sara describió. Una lente minúscula, escondida entre los componentes del detector, apuntando hacia abajo. Hacia el salón.

Bajo de la silla. La devuelvo a su sitio.

Tres cámaras. Sara encontró tres cámaras: baño, dormitorio, salón. Cortó la del baño. Pero las otras dos siguen activas. O al

menos la del dormitorio sigue activa. El LED rojo estaba encendido.

Me están grabando. Me han estado grabando desde que llegué. Cada noche que he dormido en esa cama, cada vez que me he cambiado de ropa, cada vez que he llorado, que he leído, que he hablado por teléfono. Todo. Grabado.

La náusea vuelve. Me apoyo en la encimera de la cocina. Respiro por la boca. El olor del café que preparé esta mañana me revuelve el estómago.

Piensa, Nuria. Piensa.

No puedo desactivar las cámaras. Si las desactivo, Germán sabrá que las he encontrado. Lo mismo que pasó con Sara. Sara las encontró, las desactivó, y desapareció. El patrón es claro.

No puedo irme de repente. Si me voy sin explicación, Germán sospechará. Vendrá a revisar el piso. Encontrará que he movido el cuadro, que he abierto el detector. Sabrá.

Y no puedo llamar a la policía. No todavía. No tengo suficiente. Tengo un cable cortado y dos cámaras que no he fotografiado. Tengo el pendrive de Sara, pero las pruebas de Sara podrían

no ser suficientes. Son fotos de un piso que ya no es el suyo. Un abogado las desmontaría en diez minutos.

Necesito más. Necesito saber quién es realmente Germán. Necesito saber adónde van los cables. Necesito saber qué hay al otro lado de esas cámaras. Necesito saber dónde está Sara.

Y necesito hacerlo todo sin que nadie se entere.

Paso el resto de la mañana fingiendo. Salgo a comprar el pan. Saludo a la vecina del primero del edificio de al lado, que siempre riega las macetas del balcón. Tomo un café en el bar de la plaza. Sonrío. Hablo. Existo con normalidad.

Pero por dentro estoy trazando un plan. Años de periodismo de investigación me enseñaron que la clave no es la valentía. La clave es el método. Los pasos pequeños. La documentación. La paciencia.

Paso uno: no tocar las cámaras. Dejarlas donde están. Si Germán cree que sigo sin saber nada, tengo ventaja.

Paso dos: cambiar mis rutinas. Vestirme en el baño, donde la cámara está desconectada. Tener las conversaciones importantes fuera del piso. Usar el móvil para escribir notas en silencio. Darle a la cámara del dormitorio exactamente lo que espera ver: una mujer sola que duerme, lee y no sospecha nada.

Paso tres: investigar a Germán. Quién es, de dónde viene, qué hizo su padre, a quién pertenece realmente este edificio. Sara

empezó esa investigación. Tengo sus notas en el pendrive. Puedo continuar donde ella lo dejó.

Paso cuatro: encontrar a Sara. Porque Sara no se fue. Sara no está en Barcelona, ni en Berlín, ni en una furgoneta. Sara está en algún sitio. Y ese algún sitio podría estar más cerca de lo que pienso.

Vuelvo al piso por la tarde. Cierro la puerta con dos vueltas de llave. Enciendo la tele. Pongo un programa de cocina. Me siento en el sofá, de cara al detector de humo, y finjo ver la televisión.

Pero mis ojos no miran la pantalla. Miran el detector. Ese ojo blanco y redondo que me observa desde el techo, paciente, inexpresivo.

Sé que estás ahí, pienso. Sé que me miras.

Pero ahora yo también te miro a ti.

Y no voy a apartar la vista.

10

Tres ojos

Los llamo así en mi cabeza. Tres ojos. El del baño, ciego desde que Sara le cortó el nervio. El del dormitorio, despierto, parpadeando en rojo detrás de un cuadro de campos de trigo. El del salón, agazapado dentro de un detector de humo, mirando hacia abajo como un dios pequeño y metálico.

Tres ojos que no son míos. Tres ojos que pertenecen a alguien que vive debajo de mí, a unos metros de distancia, al otro lado de un techo y un suelo, con su sonrisa de casero perfecto y sus manos de jabón.

Llevo tres días viviendo con esta certeza. Tres días en los que me visto en el baño, hablo en susurros, camino por el piso como si el suelo estuviera minado. He desarrollado una doble vida: la Nuria que las cámaras ven —tranquila, rutinaria,

aburrida— y la Nuria que existe fuera de su alcance —tensa, alerta, calculadora—.

Es agotador. Pero no puedo parar.

Hoy, lunes, he decidido registrar el piso por completo. No solo las paredes. Todo. Cada rincón, cada objeto, cada centímetro cuadrado que no haya revisado aún. Pero tengo que hacerlo sin que las cámaras lo capten. Sin que parezca que busco algo.

Estrategia: limpieza. Si limpio a fondo —algo que ya hice una vez—, puedo mover cosas, abrir armarios, mirar detrás de los muebles. A las cámaras les parecerá que soy una mujer que limpia su casa un lunes por la mañana. Nada sospechoso.

Pongo música. Shakira, algo movido, algo que tape los sonidos pequeños. Lleno un cubo de agua con lejía. Me pongo guantes. Y empiezo.

Voy despacio. Metódica. Limpio cada superficie, pero con la linterna del móvil encendida en el bolsillo, lista para revisar cualquier hueco que encuentre.

La cocina está limpia. Ninguna cámara detrás de los armarios, dentro de la campana, en las rejillas. He mirado cada enchufe, cada aplique, cada tubería visible. Nada.

El salón. Ya sé que el detector de humo tiene una cámara. Pero ¿hay más? Reviso los enchufes —cuatro en total—, los apliques de luz, las molduras del techo, la estantería. Hay un enchufe detrás del sofá que parece normal, pero cuando miro

de cerca, la placa tiene un tornillo ligeramente distinto a los demás. Más nuevo. Más brillante.

No lo toco. No puedo desmontarlo delante de la cámara del detector. Lo memorizo. Enchufe detrás del sofá, tornillo sospechoso. Puede ser nada. Puede ser un cuarto ojo.

El dormitorio. Ya sé lo del cuadro. Pero reviso el resto. La lámpara de la mesilla, el interruptor de la luz, el marco de la ventana, el armario. Nada más. Solo el cuadro.

Me siento aliviada y aterrorizada a partes iguales. Tres cámaras confirmadas, una posible cuarta. Es mucho. Es una red. No es un voyeur casual que pone una cámara en el baño. Es un sistema. Planificado, instalado, mantenido. Cables dentro de las paredes. Equipos ocultos. Alguien que sabe lo que hace.

Necesito fotografiar todo. Sara lo hizo y yo tengo que hacer lo mismo. Pero no puedo sacar fotos con las cámaras encendidas. Cada vez que levante el móvil, los ojos me verán.

Pienso. Busco soluciones.

El baño. La cámara del baño está muerta. Sara la cortó. Si las fotos las hago en el baño, nadie me verá. Pero las cámaras que necesito fotografiar están en el dormitorio y el salón.

Hay una franja horaria. De noche, con las luces apagadas, las cámaras no pueden ver mucho. Son cámaras pequeñas, probablemente sin infrarrojos. En la oscuridad total, soy una

sombra. Puedo moverme, puedo sacar el cuadro de la pared, puedo fotografiar con el flash del móvil.

Pero el flash. Un destello de luz en mitad de la noche. Si alguien está monitorizando en tiempo real, lo vería.

¿Monitoriza Germán en tiempo real? ¿O graba y revisa después? No lo sé. Sara no lo sabía. Pero si lo hace en tiempo real, un flash a las tres de la mañana sería una señal de alarma.

Demasiado arriesgado.

Otra opción: tapar la cámara. Mientras limpio, puedo «accidentalmente» colgar una toalla del cuadro. O mover el cuadro para «limpiar detrás». Unos segundos bastarían para fotografiar la cámara con el móvil. Después, vuelvo a colocar el cuadro. En la grabación parecerá un gesto cotidiano.

Sí. Eso puede funcionar.

Espero al martes. No quiero hacerlo todo el mismo día. Un exceso de actividad podría ser sospechoso.

El martes por la mañana, mientras limpio el dormitorio, descuelgo el cuadro de la pared con naturalidad. Lo apoyo contra la cama, con la imagen hacia la pared, como si fuera a limpiar detrás. Me pongo de espaldas a la pared —para tapar

el agujero con mi cuerpo— y saco el móvil del bolsillo. Sin flash. Solo la cámara del teléfono, con el brillo al máximo.

Giro medio cuerpo. Apunto al agujero. Disparo. Tres fotos en dos segundos.

Vuelvo a colgar el cuadro. Me alejo. Sigo limpiando como si nada.

Las fotos son oscuras pero se ve. El agujero. El cable. La lente de la cámara, brillante, mirando hacia la cama. El LED rojo.

Por la tarde hago lo mismo con el detector de humo. Me subo a la silla para «limpiar el polvo del techo». Con una mano paso un trapo por la escayola. Con la otra, desde un ángulo que la cámara del detector no cubre, saco una foto de la rejilla del detector. El resultado es borroso, pero la lente se intuye entre las ranuras.

Tres ojos. Documentados. Fotografiados.

Guardo las fotos en el pendrive de Sara. Las pongo en una carpeta que llamo «MÁS PRUEBAS». Escondo el pendrive debajo del suelo, con el diario.

Esa noche no duermo en la cama. Me llevo una manta al baño —el único sitio seguro de la casa— y me acuesto en la bañera. El hierro está frío y duro bajo mi espalda. Pero aquí no hay ojos. Aquí puedo cerrar los míos sin sentir que alguien los mantiene abiertos por mí.

Pienso en Sara. En cómo debió sentirse cuando descubrió lo mismo. Sola en este piso, con el mismo miedo, con la misma rabia. ¿Durmió ella también en la bañera? ¿Se vistió en el

baño? ¿Comió con la sensación de que cada bocado era observado?

Y pienso en las otras inquilinas. Antes de Sara hubo otras. Y antes de esas, otras más. Germán lleva años en este edificio. Su padre vivió aquí antes que él. ¿Cuántas mujeres han dormido en esta cama sin saber que las miraban? ¿Cuántas se han duchado, se han cambiado de ropa, han llorado, han hecho el amor, todo bajo la mirada de un ojo que nunca parpadea?

La ira me sube por el pecho como una marea. Es una ira limpia, sin contaminación, que me aclara la mente en vez de nublarla.

Esto no es solo por Sara.

Esto no es solo por mí.

Esto es por todas las que vinieron antes. Las que no supieron. Las que no encontraron el diario. Las que vivieron aquí y se fueron sin saber que sus cuerpos, sus vidas íntimas, habían sido capturados y almacenados y quizá vendidos a desconocidos en un foro de internet.

Aprieto los puños. El esmalte de la bañera está frío bajo mis nudillos.

Voy a encontrar a Sara. Voy a destapar a Germán. Voy a hacer que este edificio cuente la verdad.

Pero primero necesito saber quién es realmente Germán Ochoa Ramos.

Y para eso necesito ayuda.

11

Cables antiguos

Necesito ser inteligente. Necesito ser más inteligente que Sara, que fue inteligente pero cometió un error: dejó que Germán supiera que sabía. Cortó el cable del baño. Desactivó la cámara. Y Germán, al ver la señal muerta en su monitor —o donde quiera que reciba las imágenes—, supo que Sara había descubierto el sistema.

Yo no puedo cometer ese error.

Así que, en vez de evitar a Germán, voy a buscarlo. Voy a hacerle preguntas. Las preguntas justas. Las que una vecina curiosa haría sin levantar sospechas. Y voy a escuchar no solo lo que dice, sino cómo lo dice.

Lo encuentro el miércoles por la tarde en el portal, pintando la pared del hueco de la escalera. Tiene un mono de trabajo

azul salpicado de pintura blanca y una brocha gorda en la mano. Hay un cubo en el suelo y olor a disolvente.

—Hola, Germán. Siempre trabajando.

—Es que este edificio es como un hijo, Nuria. Siempre necesita algo.

Sonrío. Me apoyo en la barandilla, casual.

—Oye, quería preguntarte una cosa. El otro día estaba limpiando y vi que hay unos cables que salen de la pared, detrás de los enchufes. Cables que no parecen eléctricos. ¿Sabes qué son?

No he visto cables detrás de los enchufes. Es mentira. Pero necesito que Germán me dé su versión sin que yo revele lo que realmente he encontrado.

Germán moja la brocha en el cubo. No me mira.

—Cables, ¿dónde exactamente?

—Detrás de un enchufe del salón. Son finitos, negros. Me dio cosa por si era algo eléctrico que estuviera suelto.

—Ah, eso. —Pasa la brocha por la pared con trazos largos y uniformes—. Es el cableado del antiguo sistema de alarma. Mi padre lo instaló en los años noventa. Una empresa le vendió un sistema de seguridad para todo el edificio: sensores en las puertas, detectores de movimiento, ese tipo de cosas. Cuando murió, yo desactivé todo aquello. No merecía la pena

mantenerlo. Pero los cables siguen dentro de las paredes. Quitarlos sería obra mayor, habría que picar.

Lo dice con soltura. Sin pausa, sin vacilación. Cada palabra en su sitio. Cada detalle plausible.

—¿Y no es peligroso? ¿Cables sueltos dentro de las paredes?

—Qué va. Están desconectados. Son cables de datos, no de corriente. No llevan electricidad. Es como tener un cable de teléfono antiguo: ahí está, pero no hace nada.

—Ya, entiendo. Es que como soy una ignorante en estas cosas...

—Normal, mujer. Si ves algo que te preocupe, me dices y le echo un vistazo. Para eso estoy.

Me mira. Sonríe. Vuelve a la pared. Pasa la brocha. Arriba, abajo. Arriba, abajo.

—Tu padre tenía buen ojo —digo—. Es un edificio precioso.

—Mi padre era un hombre especial. Muy meticuloso. Quería que todo estuviera perfecto. Controlaba cada detalle del edificio. Hasta el último cable, hasta la última cerradura. Decía que un buen casero tiene que conocer su casa mejor que los que viven en ella.

Conocer su casa mejor que los que viven en ella. Lo dice con orgullo. Con la cadencia de quien repite una frase que ha oído mil veces. Una frase de padre a hijo. Un credo familiar.

—¿Y llevas tú solo todo el mantenimiento?

—Sí. Bueno, para cosas gordas llamo a un electricista o un fontanero. Pero lo básico lo hago yo. Pintar, arreglar grifos,

cambiar interruptores. Mi padre me enseñó. Era muy manitas.

—Se nota. El piso está genial. Solo esos cables que me dieron un poco de impresión.

—Entendido. Si quieres, un día subo y los tapo con masilla. Para que no los veas. Así te quedas más tranquila.

El corazón se me acelera. Germán se está ofreciendo a subir a mi piso. A entrar en mi piso. A tocar las paredes de mi piso. Si sube, verá que he movido el cuadro, que he limpiado la masilla del baño, que algo no está como él lo dejó.

O quizá no. Quizá sea una prueba. Quizá quiera ver cómo reacciono.

—No te preocupes —digo, con toda la calma del mundo—. No me molestan. Es que soy un poco miedica con los temas eléctricos. Pero si dices que no llevan corriente, genial.

—Cero corriente. Te lo garantizo.

—Pues nada, problema resuelto. —Le sonrío—. Gracias, Germán.

—De nada, Nuria. Para lo que necesites.

Subo las escaleras. Cada peldaño pesa como plomo. En el rellano del segundo, donde no hay cámaras —espero—, me paro y respiro.

Germán tiene una respuesta para todo. Un sistema de alarma antiguo. Cables de datos desconectados. Un padre meticuloso.

Todo encaja como las piezas de un puzle diseñado para encajar. No hay grietas, no hay contradicciones, no hay dudas.

Y eso es lo que lo delata.

Las mentiras perfectas no existen. Las mentiras que cubren todos los flancos, que responden a cada pregunta antes de que se formule, que no dejan ni un hueco por donde colarse, son mentiras preparadas. Ensayadas. Germán ha contado esta historia antes. A Sara, probablemente. Y antes de Sara, a otras inquilinas que hicieron las mismas preguntas. Cada vez que alguien encontraba un cable, una marca, un tornillo sospechoso, Germán desplegaba su respuesta: sistema de alarma, padre meticuloso, cables de datos.

Funciona. Es convincente. Si yo no hubiera leído el diario de Sara, si no hubiera visto las fotos del pendrive, si no hubiera encontrado una cámara activa con LED rojo detrás de un cuadro de campos de trigo, le habría creído. Cualquiera le creería.

Sara no le creyó. Sara investigó. Y Sara pagó el precio.

Esa noche, en la bañera —mi nueva cama—, repaso lo que sé.

Germán tiene un sistema de cámaras ocultas en los pisos. Al menos en el mío. Probablemente en todos. Las cámaras están conectadas por cables dentro de las paredes. Los cables van a

algún sitio. Al piso de Germán, lo más lógico. O a un cuarto de control en alguna parte del edificio.

Las imágenes se graban. Y, según lo que Sara encontró en internet, se comparten. Se venden. Se suben a foros donde desconocidos pagan por ver vídeos de mujeres en sus casas.

Germán no actúa solo. Bea es su cómplice. Bea, que comparte apellido con él —Ramos—, que lo defiende con fervor, que hace preguntas sobre las vidas de los vecinos, que negó ser su hermana. Bea es los ojos humanos de Germán. Las cámaras captan imágenes; Bea capta información. Confianzas, debilidades, secretos.

¿Saben los Ramírez algo? Enrique cerró la puerta con hostilidad cuando le pregunté por Sara. Lola tenía miedo. ¿Miedo de qué? ¿De Germán? ¿O miedo de lo que podría pasarles si hablan?

Y Hugo. Hugo que no sabe nada. Hugo que cree que Sara estaba paranoica. Hugo que toca el saxo por las noches sin sospechar que cada nota suena también en los auriculares de Germán.

Cierro los ojos. La bañera es fría y dura y me duele la espalda. Pero aquí estoy segura. Aquí las paredes no tienen ojos.

Mañana voy a hablar con Hugo.

Necesito un aliado.

Necesito alguien en este edificio que no sea un enemigo.

12

Hugo

Le pido que salgamos a tomar algo. No en el edificio. No en el bar de la plaza, que está demasiado cerca. Le digo que conozco un sitio en Embajadores, un café tranquilo con mesas al fondo. Hugo acepta sin hacer preguntas. Queda a las seis.

El café se llama La Rotonda y es uno de esos sitios pequeños con paredes de ladrillo visto y lámparas bajas. Hay tres

personas más, todas con portátiles. Música ambiente, algo de jazz suave. Irónico.

Hugo llega puntual. Lleva una chaqueta de pana verde oscuro y una bufanda gris. Sin el saxo colgado del cuello, parece más pequeño. Más vulnerable.

Pedimos dos cafés. Nos sentamos en la mesa más alejada de la puerta.

—Gracias por quedar —digo.

—De nada. La verdad es que me viene bien salir del piso. A veces paso días sin hablar con nadie que no sea Germán o Bea.

—¿No tienes más contacto con los vecinos?

—Los Ramírez son buena gente, pero muy suyos. Enrique me saluda y poco más. Lola a veces me deja una bolsa de naranjas en la puerta, de un pueblo donde tiene familia. Pero no hablamos mucho.

Asiento. Miro a Hugo a los ojos. Tiene ojos cansados, de hombre que duerme poco y piensa mucho. Hay una honestidad en su mirada que me da confianza. O puede que

esté equivocada. Puede que mi instinto falle. Pero tengo que arriesgarme.

—Hugo, necesito hablar contigo de algo serio. Y necesito que me escuches antes de decidir que estoy loca.

Se pone rígido. El café a medio camino de la boca. Lo baja.

—¿Qué pasa?

—Sara. Sara Vega. La chica que vivía en mi piso.

Hugo aprieta los labios. Mira hacia la ventana. Luego hacia mí.

—¿Qué pasa con Sara?

—Tú me dijiste que Sara se sentía vigilada. Que te lo contó y que tú pensaste que era paranoia.

—Sí. Eso te dije.

—¿Y si no era paranoia?

Hugo no responde inmediatamente. Da un trago al café. Lo deja en la mesa. Se frota las manos como si tuviera frío, aunque el café está caliente.

—Nuria, ¿qué has encontrado?

—Primero contéstame. ¿Qué te dijo Sara exactamente?

Hugo suspira. Se recuesta en la silla.

—Me dijo que se sentía observada. Que oía ruidos en las paredes. Que Germán aparecía siempre en el momento justo, como si supiera cuándo entraba y salía del piso. Me dijo que

había encontrado cosas raras. Cables, agujeros. No entró en detalles.

—¿Y tú qué hiciste?

—Le dije que el edificio era viejo, que los cables podían ser de cualquier cosa, que Germán estaba siempre en el portal porque vivía ahí. Le dije que estaba pasando un mal momento por lo de Javi, su ex, y que a veces el estrés nos hace ver cosas que no están.

Traga saliva.

—Le dije que probablemente era todo imaginaciones suyas.

—¿Y te creyó?

—No. No me creyó. Me miró como me estás mirando tú ahora y me dijo: «Hugo, no estoy loca. Sé lo que he visto.» Y yo le dije que no, que no estaba loca, pero que quizá estaba dándole demasiadas vueltas.

—¿Y después?

—Después dejó de hablarme. Dejó de hablar con todos. Las últimas semanas antes de irse —o de desaparecer, o lo que fuera—, no la vi. No la oí. Su piso estaba en silencio. Y luego, un día, Germán me dijo que se había ido.

—¿Y te lo creíste?

Hugo me mira. Hay algo en sus ojos que reconozco. Culpa. Una culpa vieja, de meses, que ha ido creciendo en silencio como la humedad en las paredes del portal.

—Quise creérmelo. Era más fácil. Si Sara se había ido por voluntad propia, yo no tenía por qué sentirme culpable de no

haberla escuchado.

Nos quedamos en silencio un momento. La música de jazz suena baja, un piano suave que llena los huecos de la conversación.

—Hugo, Sara no se fue.

—¿Cómo lo sabes?

Le cuento todo. El diario escondido debajo del suelo. Las entradas donde Sara describe la vigilancia, los ruidos, las coincidencias. Las cámaras que encontró y fotografió. El pendrive con las pruebas. La captura de pantalla del foro de internet. La cámara activa que yo misma he encontrado detrás de un cuadro en el dormitorio. El LED rojo que parpadea. El detector de humo que tiene un ojo dentro.

Hugo escucha sin interrumpir. A medida que hablo, su cara cambia. La incredulidad da paso a la comprensión, la comprensión al horror, el horror a algo más profundo: la

certeza de que hizo algo terrible al no creer a Sara cuando tuvo la oportunidad.

Cuando termino, Hugo tiene los codos en la mesa y la cara entre las manos.

—Joder —dice. Solo eso. Joder.

—Hugo.

—Joder, Nuria. Joder.

—Hugo, mírame.

Me mira. Tiene los ojos húmedos.

—Sara te dijo la verdad. Tú no le creíste. Eso ya no se puede cambiar. Pero ahora estoy yo. Y te estoy diciendo la verdad. Y necesito que esta vez me creas.

—Te creo. —Su voz es un hilo—. Te creo. Joder, claro que te creo. Las cámaras, los cables, todo. Joder. Llevo un año viviendo ahí. ¿Yo también...?

—Es probable. Si las cámaras están en mi piso, pueden estar en todos.

Hugo se pasa las manos por el pelo. Se las deja ahí, agarrándose la cabeza, como si necesitara sujetarse los pensamientos.

—¿Qué hacemos? —dice.

—Necesito más información. Necesito saber quién es Germán de verdad. Su historia, su padre, todo. Sara empezó a

investigar pero no le dio tiempo a terminar. Yo puedo seguir, pero necesito acceso a bases de datos que no tengo.

—¿La policía?

—Todavía no. Si vamos a la policía sin pruebas suficientes, Germán se enterará y destruirá todo. O peor, hará lo que hizo con Sara.

Hugo me mira con espanto.

—¿Crees que Germán le hizo algo a Sara?

—Creo que Sara no se fue voluntariamente. Y creo que Germán sabe dónde está.

El silencio entre nosotros es denso, casi sólido. Hugo mira su café, ya frío, como si contuviera respuestas.

—¿Qué necesitas de mí? —dice al fin.

—Que no digas nada. A nadie. Ni a Bea, ni a los Ramírez, ni por supuesto a Germán. Si alguien te pregunta, hoy hemos salido a tomar un café como amigos. Nada más.

—Vale.

—Y necesito que vigiles. Que prestes atención a los movimientos de Germán. A qué horas sale, a qué horas entra,

si baja al sótano, si recibe visitas. Cualquier cosa fuera de lo normal.

—¿Al sótano?

—Todos estos edificios tienen sótano. Antiguas carboneras. ¿Has bajado alguna vez?

Hugo niega con la cabeza.

—Hay una puerta en el portal, junto al hueco de la escalera. Siempre está cerrada con llave. Germán dice que es un trastero suyo.

Un trastero. Cerrado con llave. En el sótano de un edificio donde un hombre vigila a sus inquilinos con cámaras ocultas.

Anoto mentalmente la información. Sótano. Puerta cerrada. Trastero de Germán.

—Hugo, una cosa más.

—Dime.

—Voy a llamar a mi exmarido. Dani es periodista digital. Tiene acceso a bases de datos, registros públicos, cosas que yo ya no puedo consultar desde que me echaron del periódico. Le

voy a pedir que investigue a Germán. A su padre. A la historia del edificio.

Hugo asiente.

—¿Confías en tu ex?

—Es lo único que nos quedó del matrimonio. La confianza.

Nos terminamos el café. Salimos a la calle. Es de noche y hace frío. Caminamos juntos hacia Lavapiés, en silencio, como dos personas que comparten un peso que no saben cómo cargar.

En la esquina de Sombrerete, antes de entrar al edificio, Hugo me coge del brazo. Me mira.

—Debí creerla —dice—. Debí creer a Sara.

—Lo sé.

—Si le ha pasado algo… si Germán le ha hecho algo… no me lo voy a perdonar.

—Entonces ayúdame a encontrarla.

Hugo asiente. Me suelta el brazo. Entramos al portal separados, con dos minutos de diferencia, como si no hubiéramos estado juntos.

Subo a mi piso. Cierro la puerta. Dos vueltas. Me siento en el sofá, frente al detector de humo, y sonrío.

Sonrío para la cámara. Sonrío para Germán, que quizá esté mirando ahora mismo. Una mujer que vuelve de tomar café con un vecino. Nada importante. Nada que temer.

Pero debajo de la sonrisa hay algo que Germán no puede ver.

Algo que ninguna cámara puede captar.

Determinación.

Y la certeza absoluta de que voy a destruir todo lo que ha construido.

13

Herencia

Llamo a Dani desde un banco de la plaza de Lavapiés, a las once de la mañana, con un café para llevar en la mano y los auriculares puestos. Parece una mujer que habla con un amigo al sol. Eso es lo que quiero que parezca, en caso de que alguien esté mirando.

Dani contesta al tercer tono.

—Nuria. Qué sorpresa.

Su voz me produce una mezcla de cosas que no quiero analizar. Familiaridad, nostalgia, irritación suave. Estuvimos

casados nueve años. Eso deja marcas que ningún papel de divorcio puede borrar.

—Necesito un favor profesional.

—Directo al grano, como siempre.

—Dani, es importante.

Hay una pausa. Puedo imaginarle en su despacho del periódico digital donde trabaja ahora, con su taza de café con leche y su pantalla llena de pestañas abiertas. Dani no cambió mucho después del divorcio. Siguió haciendo lo mismo, en el mismo sitio, con la misma rutina. Fui yo la que cambió. Fui yo la que perdió todo.

—Cuéntame —dice. Y en ese «cuéntame» hay algo que reconozco: el instinto. Dani puede oler una historia a kilómetros. Y sabe que yo no le llamaría si no fuera algo gordo.

Le cuento lo mínimo necesario. Que estoy investigando al propietario de mi edificio. Que se llama Germán Ochoa Ramos. Que heredó el edificio de su padre, Esteban Ochoa Hernández, que murió en 2015. Que necesito saber todo lo que haya sobre ambos. Registros de propiedad, antecedentes penales, historial empresarial. Todo.

No le cuento lo de las cámaras. No le cuento lo de Sara. Todavía no. Si Dani supiera lo que realmente está pasando,

insistiría en que fuera a la policía. O vendría él mismo. Y no puedo permitir eso. No ahora.

—¿Germán Ochoa Ramos? —repite Dani, y oigo el tecleo de su ordenador.

—Con ch. Ochoa.

—Ya. ¿El edificio está en Lavapiés?

—Calle Sombrerete, catorce.

—Dame unas horas. Voy a mirar en las bases a las que tenemos acceso. Registro de la propiedad, catastro, BOE. Lo básico. Si necesitas antecedentes penales, eso es más complicado. Tendría que hablar con un contacto.

—Lo que puedas, Dani. Te lo agradezco.

—Nuria. —Su voz cambia de tono. Se vuelve baja, preocupada —. ¿Estás bien? ¿Es algo peligroso?

—Es solo investigación. Deformación profesional. Ya me conoces.

—Por eso pregunto.

—Estoy bien. De verdad.

Cuelgo antes de que insista. Me quedo sentada en el banco, mirando a los jubilados que pasean, a los perros que se huelen, a las palomas que picotean migas. Madrid, a media mañana de un jueves, tiene una normalidad casi obscena. El

mundo sigue girando mientras yo descubro que mi casa tiene ojos.

Dani me llama a las cuatro de la tarde. Estoy en el Retiro, sentada en un banco junto al estanque. Lejos del edificio. Lejos de las paredes.

—He encontrado cosas —dice. Sin preámbulo. Modo profesional.

—Cuenta.

—Primero, el edificio. Calle Sombrerete, catorce. Registrado en el Catastro como finca urbana, uso residencial, construido en 1923. Propietario actual: Germán Ochoa Ramos, DNI que termina en 47K. Adquirido por herencia en 2015, escritura ante notario. Antes de eso, propietario desde 1987: Esteban Ochoa Hernández. Antes de 1987, la finca pertenecía a una sociedad inmobiliaria que quebró en los ochenta. Esteban la compró en subasta.

—1987. Germán me dijo que su padre la heredó.

—Pues mintió. La compró. En subasta judicial. Por un precio muy por debajo de mercado, incluso para la época. Esteban Ochoa pagó doce millones de pesetas por un edificio de seis viviendas en el centro de Madrid. Una ganga.

—¿Quién era Esteban Ochoa?

—Ahí es donde se pone interesante. —Oigo a Dani pasar páginas. O archivos. Algo que cruje—. Esteban Ochoa Hernández, nacido en Madrid en 1940, fallecido en 2015. Profesión declarada: técnico electrónico. Tuvo un taller de

reparación de equipos electrónicos en el barrio de Arganzuela durante los setenta y los ochenta. Televisores, radios, sistemas de antena. Un técnico hecho a sí mismo, de los de antes.

Un técnico electrónico. Un hombre que sabía de cables, circuitos, cámaras. Un hombre que tenía los conocimientos y las herramientas para instalar un sistema de vigilancia dentro de las paredes de un edificio.

—¿Y los antecedentes?

—He hablado con mi contacto. Me ha costado, pero ha encontrado algo.

Silencio. Dani hace una pausa dramática. Siempre fue bueno para eso. Le encantaba el momento antes de la revelación.

—Dani.

—Esteban Ochoa Hernández fue detenido en 1982 por un delito contra la intimidad. Grabación y difusión de imágenes sin consentimiento. Según el atestado, había instalado una cámara en los vestuarios de una piscina municipal donde trabajaba como técnico de mantenimiento. Grababa a las mujeres que se cambiaban y vendía las cintas. En 1982 no existía una legislación específica, así que se le imputó un

delito genérico contra la intimidad. Le cayeron dos años, de los que cumplió ocho meses.

Cierro los ojos. El sol del Retiro me calienta la cara, pero por dentro tengo un frío que no se va.

—¿Hay más?

—Sí. En 1991, cuatro años después de comprar el edificio, hubo una denuncia contra Esteban por parte de una inquilina. La mujer declaró que había encontrado un dispositivo de grabación en su cuarto de baño. Cámara oculta, conectada por cable. La policía investigó. Esteban declaró que era un sistema de seguridad experimental y que la cámara apuntaba a la puerta, no al interior de la vivienda. No hubo pruebas concluyentes de que la cámara grabara el baño. La denuncia fue retirada.

—Retirada.

—La inquilina se marchó del piso un mes después de la denuncia. No dejó dirección de contacto. El caso se archivó.

La inquilina se marchó. Sin dejar dirección. Suena familiar. Suena exactamente como Sara.

—Dani, ¿hay más denuncias?

—No. Después de 1991, Esteban Ochoa no aparece en ningún registro policial. Vivió en el edificio hasta su muerte en 2015. Causa de muerte: insuficiencia cardíaca. Natural. Dejó todo a su hijo Germán, que llevaba viviendo con él desde los años noventa.

Germán creció en ese edificio. Creció con su padre. Con un padre que era técnico electrónico, voyeur condenado,

instalador de cámaras ocultas. Un padre que le enseñó a pintar paredes, a arreglar grifos, a cambiar interruptores. Y a vigilar.

La obsesión no murió con Esteban. Se heredó. Como el edificio. Como las cámaras. Como el cableado dentro de las paredes.

—Nuria, ¿qué está pasando? —Dani ha dejado el tono profesional. Ahora es mi exmarido preocupado—. ¿Este tío es tu casero? ¿Vives en su edificio?

—Dani, escúchame. Necesito que guardes todo esto. Cada documento, cada registro, cada dato. Guárdalo en un sitio seguro. Si me pasa algo...

—¿Si te pasa algo? Nuria, joder, ¿qué coño...?

—Si me pasa algo, lleva todo a la policía. Comisaría de Centro, en la calle de Leganitos. Pide hablar con alguien de delitos tecnológicos. Diles que miren el edificio de Sombrerete, catorce. Todo el edificio.

—Nuria, para. Para un momento. Dime qué está pasando.

—Todavía no puedo. Necesito un poco más de tiempo.

—Tiempo para qué, hostia. Dime la verdad.

—Hay alguien desaparecida, Dani. Una mujer. Se llama Sara Vega. Vivía en mi piso antes que yo. Desapareció hace seis meses. Nadie la busca. Nadie la ha denunciado. Y yo creo que el dueño del edificio sabe dónde está.

Silencio. Largo. Puedo oír la respiración de Dani al otro lado del teléfono. Puedo imaginar su expresión: la mandíbula

apretada, los ojos entrecerrados, esa forma que tiene de procesar las cosas malas, como si pudiera masticarlas.

—Nuria, ve a la policía.

—No tengo suficiente.

—¡Tienes de sobra! Antecedentes del padre, una mujer desaparecida, cámaras ocultas...

—¿Cámaras? Yo no te he dicho nada de cámaras.

Silencio.

—No soy idiota, Nuria. Si investigas al casero y mencionas a una mujer desaparecida en el mismo edificio donde un voyeur condenado instalaba cámaras... no hace falta ser periodista para sumar dos y dos.

Tiene razón. Dani siempre fue más listo de lo que yo quería admitir.

—Hay cámaras en mi piso —digo, y suelto el aire como si hubiera estado conteniéndolo durante semanas—. Al menos tres. Una desactivada, dos activas. Dentro de las paredes. Cables que van a algún sitio. Germán me graba. Graba a todos los inquilinos. Lo ha hecho durante años. Su padre lo hizo antes que él.

—Joder.

—Sí.

—Joder, Nuria. Sal de ahí. Sal de ese piso ahora mismo.

—No puedo. Si me voy, Germán destruye las pruebas. O peor, le hace algo a Sara. Si Sara sigue viva, está en algún sitio de

ese edificio. Y si me voy, la pierdo.

—¿Crees que está en el edificio?

—Creo que hay un sótano cerrado con llave al que nadie tiene acceso. Una antigua carbonera. Y creo que Sara está ahí.

El silencio de Dani es distinto ahora. Es el silencio de alguien que calcula, que sopesa opciones, que busca la forma de ayudar sin empeorar las cosas. Lo conozco. Lo he visto cientos de veces durante nuestros años juntos, cuando los dos trabajábamos en historias difíciles y teníamos que decidir cuál era el siguiente paso.

—Dame cuarenta y ocho horas —dice al fin—. Voy a buscar todo lo que pueda sobre Germán Ochoa. Propiedades, cuentas,

movimientos. Si tiene algo que esconder, lo encontraré. Pero Nuria...

—Dime.

—Ten mucho cuidado. Si ese hombre es lo que creo que es, no es solo un mirón. Es alguien que ha hecho desaparecer a una persona. Eso no es voyeurismo. Eso es otra cosa.

—Lo sé.

—¿Tienes a alguien ahí? ¿Alguien de confianza?

—Hugo. Un vecino. Es de fiar.

—¿Segura?

—Segura.

Otro silencio.

—Cuarenta y ocho horas, Nuria. Si en cuarenta y ocho horas no me has llamado, voy yo. Con la policía.

—De acuerdo.

—Y Nuria.

—Dime.

—Ten cuidado, ¿vale? Ya sé que tú y yo... ya sé que lo nuestro se acabó. Pero si te pasara algo, yo...

—Lo sé, Dani. Lo sé.

Cuelgo. Me quedo sentada en el banco del Retiro. El estanque brilla con el sol de la tarde. Una pareja rema en una barca. Un

niño le tira pan a los patos.

El mundo es normal. El mundo sigue siendo normal. Pero debajo de la normalidad, debajo de los parques y los cafés y las parejas en barcas, hay un edificio viejo en Lavapiés donde un hombre mira a través de las paredes. Donde una mujer lleva seis meses desaparecida. Donde las cámaras nunca duermen.

Me levanto. Camino hacia el metro. Hacia Lavapiés. Hacia Sombrerete, catorce.

Hacia casa.

Porque todavía es mi casa. Y debajo de mi casa, en un sótano cerrado con llave, puede que haya alguien esperando a que alguien más la encuentre.

Cuarenta y ocho horas.

Empiezan ahora.

14

Últimas páginas

El diario de Sara tiene cuarenta y seis páginas escritas. Las he leído todas. Algunas más de una vez. Conozco su letra como conozco la mía: las aes abiertas, las tes cruzadas con trazo largo, la inclinación hacia la derecha que se acentúa cuando tiene miedo. Y Sara, en las últimas páginas, tiene mucho miedo.

Pero hay algo que no cuadra. Algo que me ha estado molestando desde la primera lectura, como una espina clavada debajo de la uña. El diario termina en abril. Una entrada breve, críptica: «He encontrado algo en el baño. Detrás del espejo.» Y después, nada. Páginas en blanco.

Pero Sara desapareció en mayo. Hay un mes entero entre la última entrada y su desaparición. Un mes en el que Sara siguió

viviendo en este piso, siguió investigando, siguió reuniendo pruebas en el pendrive. No es posible que dejara de escribir.

A menos que no dejara de escribir.

A menos que las últimas páginas estén en otro sitio.

Es martes por la noche. Estoy en la bañera —mi refugio, la única habitación sin ojos— con el cuaderno en las manos y la linterna del móvil apuntando a las páginas. Paso las hojas en blanco una a una. Nada. Nada. Nada.

Llego al final. La contratapa. Cartón duro, negro, con el logo de Moleskine en relieve. La toco. La acaricio con la yema del dedo. Y noto algo. Un relieve que no debería estar ahí. Un bulto mínimo, como si hubiera algo metido entre el cartón y el forro interior.

Meto la uña en el borde de la contratapa. Tiro. El forro se despega con un crujido suave. Debajo, pegadas con celo, hay tres hojas dobladas en cuatro. Papel fino, arrancado de otro cuaderno. Letra de Sara, más pequeña que antes, más apretada. Como si quisiera meter todo lo posible en el menor espacio.

Las desdoblo. Las manos me tiemblan.

5 de mayo.

Llevo días sin escribir en el diario. No me atrevo. Si Germán entra en el piso cuando no estoy —y entra, lo sé, he puesto un pelo en la

puerta y siempre desaparece—, podría encontrar el cuaderno. Podría leerlo. Podría saber lo que sé.

Así que escribo aquí, en hojas sueltas que escondo dentro de la tapa. Si alguien encuentra el cuaderno y no mira aquí, estas páginas quedarán a salvo.

Lo que sé:

Germán Ochoa Ramos tiene cámaras ocultas en todos los pisos del edificio. Al menos en el mío: tres que he encontrado (baño, dormitorio, salón). Los cables van dentro de las paredes, hacia abajo. He seguido uno hasta el zócalo del dormitorio, donde desaparece bajo el suelo. Bajan. Probablemente al primero, donde vive Germán. O al sótano.

Las grabaciones se suben a internet. He encontrado el foro. Vídeos de mujeres en sus pisos, sin saberlo. Reconocí mi ventana, mi luz, mi espalda. Hay más vídeos. De otras mujeres. De otros pisos. Algunos tienen años. La calidad cambia, las cámaras mejoran, pero la ventana es siempre la misma. La ventana de este piso.

Esteban Ochoa, el padre de Germán, fue condenado en 1982 por instalar cámaras en una piscina pública. Compró este edificio en 1987. Las cámaras llevan aquí desde entonces. Padre e hijo. Una herencia.

Paso a la segunda hoja. La letra es más irregular. Las líneas se tuercen hacia abajo.

10 de mayo.

He hablado con Bea. Error. Error enorme. Le he contado que me sentía vigilada. No le he dicho lo de las cámaras, pero le he dicho

suficiente. Le he dicho que Germán me daba mala espina. Que oía ruidos. Que tenía miedo.

Bea me ha escuchado con su cara de preocupación, con sus manos en las mías, con su voz de madre. «Sara, cariño, ¿quieres que hable con Germán? A lo mejor hay una explicación.»

He dicho que no. He dicho que estaba bien. Pero anoche, cuando bajé a tirar la basura a las once, oí a Bea hablando por teléfono en el rellano del tercero. No hablaba alto, pero el eco de la escalera trae las voces. He oído esto:

«Sospecha algo. No, no sabe lo de las cámaras, pero sabe que pasa algo. Hay que tener cuidado.»

Y luego: «Sí, Germán. Sí. Lo sé.»

Bea. Bea está con Germán.

Bea me ha estado vigilando desde el principio. Cada café, cada cena, cada pregunta amable. Bea es los ojos de Germán. Las cámaras ven; Bea escucha.

Estoy sola.

El nudo en mi garganta es tan apretado que me cuesta respirar. Sara. Sola. Rodeada de paredes con ojos y de vecinos que no son lo que parecen. Exactamente donde estoy yo ahora.

Paso a la tercera hoja. La última.

14 de mayo.

Lo sé todo. Tengo todas las pruebas. Las fotos de las cámaras, el pendrive con las capturas del foro, los registros del padre de

Germán. He hecho copias. He enviado una copia del pendrive a una dirección de correo que creé expresamente. La contraseña está escrita en el interior del armario del dormitorio, en la esquina superior izquierda de la balda más alta, con lápiz. Si alguien busca, la encontrará.

Mañana voy a la policía. Primera hora. Comisaría de Centro, calle de Leganitos. Llevo semanas queriendo ir y no atreviéndome. Pero ya no puedo esperar más. Cada día que paso aquí es un día más de grabaciones. Un día más de vídeos subidos a ese foro. Un día más de mujeres que no saben que las miran.

No he dormido. Son las cuatro de la mañana. El edificio está en silencio. He oído pasos en la escalera hace una hora. Subían. Se

pararon en mi rellano. Se quedaron ahí varios segundos. Luego bajaron.

Puede que fueran imaginaciones mías. Puede que no.

Si encuentras esto —quienquiera que seas, cuando sea que lo leas —, por favor, no lo dejes pasar. No hagas lo que hicieron los demás. No mires para otro lado.

Las paredes tienen ojos. Y detrás de los ojos hay un hombre que lleva décadas mirando.

Mi nombre es Sara Vega. Vivo en el tercero izquierda de Sombrerete, 14. Y mañana voy a acabar con esto.

Mañana es 15 de mayo.

No hay más. Las hojas terminan ahí. El 14 de mayo, Sara escribió su última palabra. El 15 de mayo, Sara iba a ir a la policía.

Sara no llegó a la policía.

Me quedo sentada en la bañera con las hojas en el regazo. El agua del grifo gotea con un ritmo lento, metálico. Paco, el gato de Bea, maúlla en algún lugar del edificio. Por lo demás, silencio.

Pienso en Sara. En su última noche. En las cuatro de la mañana, escribiendo a la luz de una linterna, con el miedo

comprimido en cada letra. Pienso en los pasos que oyó en la escalera. Subiendo, parándose, bajando.

Pasos de Germán. Comprobando. Rondando. Vigilando a su inquilina como su padre le enseñó a vigilar.

Sara iba a ir a la policía. Germán lo sabía. Las cámaras se lo dijeron. O Bea se lo dijo. O ambos.

Y entre las cuatro de la mañana del 14 de mayo y la mañana del 15 de mayo, algo pasó. Algo que impidió que Sara saliera del edificio. Algo que la convirtió en una mujer que «se fue sin despedirse», que «dejó las llaves en el buzón», que «desapareció como desaparecen los jóvenes».

Doblo las hojas. Las meto de nuevo en la contratapa del cuaderno. Pego el forro con saliva y presión.

Mañana voy a hacer lo que Sara no pudo hacer.

Mañana voy a ir a la policía.

Pero antes, hay algo que tengo que comprobar. Sara mencionó una contraseña escrita en el armario. Interior, esquina superior izquierda, balda más alta. Con lápiz.

Me levanto de la bañera. Voy al dormitorio. Abro el armario. Me pongo de puntillas. Paso la mano por la esquina superior

izquierda de la balda más alta. Es madera rugosa, sin barniz. No veo nada.

Saco el móvil. Enciendo la linterna. Apunto hacia arriba.

Ahí está. Escrito con lápiz, casi invisible, con letra diminuta: «SVega2024_pruebas@proton.me / LasParedesTienenOjos».

Sara hizo una copia de seguridad. En algún servidor, en algún lugar de internet, hay un correo electrónico con todas las pruebas. Intacto. Esperando.

Memorizo la contraseña. La repito en mi cabeza diez veces hasta que se graba a fuego.

Cierro el armario. Apago la linterna. Me meto en la bañera otra vez.

Sara no llegó a la policía. Pero dejó un rastro. Un rastro de migas de pan que cruza meses y paredes y suelos de madera. Un rastro que empieza en un pendiente de plata detrás de un radiador y termina en una contraseña escrita con lápiz dentro de un armario.

Un rastro diseñado para alguien como yo. Alguien que presta atención. Alguien que no mira para otro lado.

Cierro los ojos. Los pasos de Sara y los míos se superponen en mi cabeza, como dos melodías que suenan a la vez y forman una tercera.

Mañana, policía.

Esta vez, alguien va a llegar.

15

Denuncia

La comisaría de Centro está en la calle de Leganitos, entre una farmacia y un local de kebabs. Es un edificio gris con banderas que cuelgan sin viento y una puerta de cristal que no para de abrirse y cerrarse. Llego a las nueve de la mañana, con el pelo recién lavado, una blusa limpia y el aspecto de alguien que tiene sus cosas en orden. No quiero parecer una loca. No quiero parecer una paranoica. Quiero parecer lo que soy: una periodista con información.

He dejado el diario y el pendrive en casa de Hugo. Se los entregué esta mañana, en su piso, en voz baja. Hugo los miró

con los ojos muy abiertos y los guardó en una caja de zapatos dentro de su armario.

—Si no vuelvo en tres horas, llama a Dani. Su número está en mi móvil. Contraseña: cuatro, siete, dos, cero.

—Nuria, joder, no digas eso.

—Solo por si acaso.

No llevo las pruebas originales a la comisaría. No me fío. Llevo copias: las fotos del pendrive descargadas en un USB nuevo, una copia impresa de los registros de Esteban Ochoa que Dani me envió por correo, y capturas de pantalla del foro donde aparecen los vídeos. Todo en una carpeta de cartón azul. Parezco una opositora camino de un examen.

Dentro, la comisaría tiene el encanto de una sala de espera de hospital. Sillas de plástico atornilladas al suelo, un mostrador con cristal blindado, carteles de prevención de robos y violencia de género. Huele a desinfectante y a café viejo.

Hay cola. Una mujer joven que viene a renovar un DNI. Un señor mayor que no encuentra su cartera. Dos turistas brasileños que no hablan español y gesticulan con desesperación. La burocracia del orden público, lenta y kafkiana.

Espero. Cuarenta minutos. Leo los carteles de la pared para no pensar. «Si eres víctima de violencia de género, llama al 016.»

«No dejes las pertenencias en el coche.» «La policía está para ayudarte.»

Eso espero.

Cuando me toca, me atiende un agente de unos treinta años con barba recortada y ojos aburridos. Tiene delante un ordenador viejo y un vaso de café. En la placa pone «Agente Prieto».

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarla?

—Quiero poner una denuncia. Sobre una persona desaparecida.

Prieto levanta la mirada del café.

—¿Desaparecida? ¿Familiar suyo?

—No. Era la inquilina anterior de mi piso. Se llama Sara Vega. Desapareció hace más de seis meses.

Le cuento la historia. Intento ser precisa, ordenada, como haría en un artículo. Los hechos primero: Sara vivía en el tercero izquierda de Sombrerete 14. Desapareció en mayo. Dejó pertenencias personales. No canceló su línea de teléfono. Su Instagram lleva siete meses sin actividad.

Luego, las pruebas: encontré un diario escondido debajo del suelo del armario. En el diario, Sara describe una red de cámaras ocultas instaladas en los pisos del edificio. Yo misma he verificado la existencia de al menos tres cámaras. El propietario del edificio, Germán Ochoa Ramos, es hijo de un

hombre condenado en 1982 por voyeurismo. Hay vídeos de las inquilinas circulando en foros de internet.

Abro la carpeta azul. Le enseño las fotos, los registros, las capturas.

Prieto me escucha sin interrumpir. Mira las fotos. Mira los documentos. Lee por encima. No toma notas. Eso me inquieta.

Cuando termino, se reclina en la silla.

—A ver, señora...

—Esteve. Nuria Esteve.

—Señora Esteve. ¿Sara Vega, dice?

Teclea algo en el ordenador. Espera. La pantalla le devuelve algo.

—Sara Vega Martín. DNI que termina en 52F. Domicilio en calle Sombrerete, 14, tercero izquierda. ¿Es esa?

—Sí. Esa es.

—Ya hay un expediente abierto. —Prieto lee la pantalla—. Se tramitó una denuncia por desaparición en junio del año

pasado. La interpuso un tal... —entrecierra los ojos— Javier Requena Soto. ¿Le suena?

Javi. El exnovio de Sara. El que según el diario no llamaba. El que según Sara la había olvidado. Pero no la había olvidado del todo. Lo suficiente como para denunciar.

—Era su exnovio —digo.

—Según el expediente, la denuncia se tramitó y se investigó. La policía contactó con la denunciante... perdón, con el denunciante, y con el propietario del edificio. El propietario declaró que la señora Vega abandonó el piso voluntariamente, dejando las llaves y un mes de alquiler pagado. No se encontraron indicios de delito. Se clasificó como abandono voluntario de domicilio. Caso archivado.

—Caso archivado —repito.

—Sí.

—¿Alguien fue al edificio? ¿Registraron el piso? ¿Buscaron las cámaras?

Prieto me mira con esa paciencia de funcionario que ha visto demasiadas cosas.

—Señora Esteve, el expediente dice que la investigación fue estándar. Declaraciones, comprobación de datos. No había indicios que justificaran un registro.

—Le estoy dando indicios. —Señalo la carpeta—. Cámaras ocultas. Vídeos vendidos en internet. Antecedentes penales

del padre del propietario. Un diario escrito por la propia Sara en el que documenta todo.

—¿El diario lo tiene usted?

—Tengo una copia. El original está a buen recaudo.

—¿Y las cámaras? ¿Las ha visto usted personalmente?

—He visto dos activas y una desactivada. Están dentro de las paredes del piso. Con cables que van hacia abajo.

Prieto suspira. Se frota la barbilla.

—Mire, le voy a ser sincero. Lo que me cuenta es inquietante, no se lo niego. Pero para que un juez autorice un registro del edificio necesitamos algo más que un diario y unas fotos de cables. Necesitamos indicios sólidos de que se ha cometido un delito. Y el expediente de Sara Vega está archivado. Se investigó y no se encontró nada.

—No se encontró nada porque no buscaron.

—Se siguió el procedimiento.

—El procedimiento no funciona si el propietario del edificio es quien hace desaparecer a la gente.

Prieto se endereza. Su tono cambia. Más formal, más rígido.

—Señora Esteve, voy a registrar su denuncia. Voy a adjuntar la documentación que me ha traído. Y se lo voy a pasar a la unidad correspondiente para que valoren si procede reabrir la

investigación. Pero no puedo prometerle nada. Estos procesos llevan su tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Semanas. A veces meses.

Meses. Sara lleva seis meses desaparecida y la policía necesita meses más para decidir si buscarla.

—¿Y mientras tanto? ¿Qué hago yo?

—Si se siente en peligro, puede solicitar una orden de alejamiento. Pero para eso necesitaría demostrar que el propietario la está acosando directamente.

—Me graba con cámaras ocultas en mi propia casa.

—¿Tiene pruebas de que las cámaras están activas y de quién las controla?

—Le he traído fotos.

—Las fotos muestran cables y agujeros. No muestran a nadie controlando nada. Un abogado defensor las desmontaría en un minuto.

Me muerdo el labio. Sé que tiene razón. He trabajado con policía suficientes veces para saber que tienen razón cuando dicen que no tienen suficiente. El sistema funciona así:

necesitas pruebas para conseguir pruebas. Es un círculo vicioso diseñado para proteger a los que saben esconderse.

Firmo la denuncia. Prieto me da una copia con un número de expediente. Me dice que puedo llamar para preguntar por el estado del caso.

—Una cosa más —dice, mientras me levanto—. Si de verdad cree que hay una persona desaparecida en ese edificio, no investigue por su cuenta. Es peligroso y puede comprometer las pruebas. Déjelo en nuestras manos.

En nuestras manos. Las mismas manos que archivaron el caso de Sara hace seis meses. Las mismas manos que hablaron con Germán y se creyeron la historia de la inquilina que se fue sin más.

—Gracias, agente —digo.

Salgo de la comisaría con la carpeta azul bajo el brazo y una rabia que me sube desde el estómago como bilis. El sol de Madrid me golpea en la cara. El ruido de la calle me envuelve: coches, voces, una moto que acelera. El mundo normal, funcionando con normalidad, mientras Sara Vega sigue desaparecida y nadie mueve un puto dedo.

Camino sin rumbo durante una hora. Bajo por Gran Vía, cruzo Callao, me meto por calles secundarias sin fijarme en los nombres. Necesito moverme. Necesito sentir que mis piernas

aún funcionan, que mi cuerpo obedece, que no estoy paralizada.

Llamo a Hugo desde una cabina —sí, aún quedan cabinas en Madrid, feas, sucias, pero existentes—.

—¿Cómo ha ido? —dice antes de que hable.

—Mal. Tienen el caso archivado. Dicen que no hay indicios suficientes.

Silencio.

—Joder —dice Hugo.

—Sí.

—¿Y ahora qué?

Ahora qué. La pregunta que no quiero responder. La pregunta que Sara se hizo en su diario, la noche del 14 de mayo, antes de que alguien decidiera por ella.

—Ahora sigo —digo—. Ahora consigo las pruebas que la policía necesita.

—Nuria, ten cuidado.

—Eso me dice todo el mundo.

—Porque todo el mundo tiene razón.

Cuelgo. Camino hacia el metro. Lavapiés. Sombrerete, catorce.

La policía no va a ayudarme. No ahora, no con lo que tengo. Necesito más. Necesito pruebas que nadie pueda archivar, que

nadie pueda ignorar, que nadie pueda desmontar en un juicio.

Y para conseguirlas, tengo que volver al edificio.

Al edificio donde las paredes tienen ojos.

Al edificio donde Sara nunca llegó a salir.

16

La trampa

Bea me espera en el rellano del tercero cuando subo. Tiene una taza de manzanilla en la mano y una expresión de preocupación ensayada.

—Nuria, ¿estás bien? Te he oído salir temprano esta mañana. Y tenías mala cara ayer.

Sonrío. La sonrisa es un músculo que puedo controlar.

—Estoy bien. He ido a hacer unas gestiones. Cosas del paro.

—Ay, qué rollo. Oye, ven, tómate algo conmigo. He hecho manzanilla con miel.

No quiero entrar en su piso. No quiero sentarme en su sofá y dejar que me extraiga información como un dentista extrae muelas. Pero necesito que Bea crea que sigo confiando en ella.

Necesito que le diga a Germán que todo va bien. Que la nueva inquilina es inofensiva.

—Vale, un ratito.

Nos sentamos en su salón. Paco me mira desde su trono en la estantería con desprecio felino. La manzanilla está caliente y dulce. Bea se sienta frente a mí, con las piernas cruzadas y la taza entre las manos, como una terapeuta esperando a que el paciente hable.

Así que hablo. Pero no lo que siento. Lo que necesito que oiga.

—Es que llevo días pensando en lo de Sara. Ya sé que te dije que me preocupaba. Pero la verdad es que creo que tienes razón. Seguramente se fue sin más. Es que yo con estas cosas me pongo paranoica. Deformación profesional.

Bea asiente con gravedad.

—Es normal, Nuria. Eres periodista, ves misterios donde no los hay. Es tu naturaleza. Pero a veces hay que dejar las cosas estar.

—Ya. Es que encontré ese diario y me metí en la cabeza que había pasado algo malo. Pero luego pensé: si hubiera pasado algo, la policía lo habría descubierto, ¿no? Quiero decir, son profesionales.

—Claro que sí. Si hubiera habido algo raro, lo habrían detectado.

La observo mientras habla. Cada gesto, cada parpadeo, cada inflexión. Bea es buena. Es muy buena. Su cara expresa

exactamente lo que debería expresar: comprensión, alivio, cercanía. Ni una fracción de tensión. Ni una sombra de nerviosismo.

Pero sus ojos. Sus ojos no participan. Están atentos, analíticos, recogiendo datos detrás de la máscara amable. Los ojos de Bea trabajan mientras su boca consuela.

—Lo que me da un poco de cosa —digo, mirando mi taza— es que el diario habla de ruidos raros, de sentirse vigilada. Me puse a pensar que a lo mejor el piso tiene algún problema. No sé, tuberías, cables viejos. Tonterías.

—¿Y has hablado con Germán?

—Sí, le pregunté lo de los cables. Me dijo que era un sistema de alarma antiguo.

—Ahí lo tienes. Germán sabe de estas cosas. Su padre era técnico de no sé qué. Si dice que son cables de alarma, son cables de alarma. No te preocupes más, mujer.

Su padre era técnico de no sé qué. Como si no lo supiera. Como si no supiera exactamente qué tipo de técnico era Esteban

Ochoa Hernández y qué tipo de cables instalaba en sus edificios.

—Tienes razón —digo—. Me estaba rayando sin motivo.

—Pues claro. Mira, Sara era una chica rara. Estaba mal por su ruptura, no hablaba con nadie, se encerraba en su piso. Un día se agobió y se fue. Es triste pero no es misterioso.

—¿Y el diario? ¿La paranoia de sentirse vigilada?

—Ansiedad, Nuria. Mi prima tiene ansiedad y también cree que la observan cuando va al supermercado. Es la cabeza, que te juega malas pasadas.

Asiento. Sonrío. Le doy un trago a la manzanilla.

—¿Sabes qué? Me voy a olvidar del tema. Voy a guardar el diario y a dejarlo estar.

—Es lo más sensato. —Bea me palmea la rodilla—. Y si necesitas hablar, ya sabes. Estoy aquí.

Nos despedimos. Bea me acompaña a la puerta. Me da un abrazo. Es un abrazo cálido, envolvente, de esos que te dan las tías en Navidad. Huele a vainilla y a manzanilla.

Cruzo el rellano hasta mi puerta. Meto la llave. Giro una vez. Dos.

Detrás de mí, oigo la puerta de Bea cerrarse.

Y luego, antes de que cierre la mía del todo, oigo otra cosa. Amortiguado por la puerta, pero audible en el silencio del rellano: la voz de Bea. Baja, urgente. Hablando por teléfono.

Me quedo quieta. La puerta de mi piso entreabierta. Contengo

la respiración.

No distingo todas las palabras. La puerta de Bea ahoga el sonido. Pero distingo suficientes.

—...ha ido a comisaría... sí, esta mañana... no, no creo que tenga mucho... le he dicho que se olvide... sí, parece que se lo ha creído...

Silencio. Bea escucha. Luego habla otra vez.

—...el diario sigue siendo un problema... dice que lo va a guardar, pero... no, no sé dónde lo tiene... tranquilo, Germán. Tranquilo. Lo tengo controlado.

Lo tengo controlado.

Cierro mi puerta en silencio. Dos vueltas. Me apoyo contra ella. El corazón me martillea en el pecho.

Bea sabe que he ido a la policía. Bea se lo está contando a Germán. Todo lo que le he dicho en los últimos minutos —mi falsa tranquilidad, mi falsa aceptación, mi falso olvido— va a llegar directamente a los oídos del hombre que me graba.

Pero también ha llegado algo más. He sembrado una idea. «Me voy a olvidar del tema.» «Voy a guardar el diario y a

dejarlo estar.» Eso es lo que Bea le ha transmitido: que Nuria se rinde, que Nuria deja de investigar, que Nuria es inofensiva.

Es mentira. Pero necesito que se la crean.

Me siento en el sofá. Miro el detector de humo. Sonrío. Es una sonrisa cansada, de mujer que vuelve de hacer gestiones aburridas. Una sonrisa de rendición.

La cámara la registra. Germán la verá.

Bien.

Cojo el móvil. Abro las notas. Escribo sin voz, con los dedos, como he aprendido a hacer estas semanas.

«Bea le cuenta todo. Cada palabra. Cada gesto. Bea es sus oídos como las cámaras son sus ojos. Son un equipo. Hermanos. Cómplices. Llevan años haciéndolo: ella gana la confianza de los inquilinos, los suaviza, los adormece. Si alguien sospecha algo, Bea lo detecta y avisa a Germán. Si alguien encuentra pruebas, Bea lo sabe antes que la policía.»

«Sara confió en Bea. Se lo contó todo. Y Bea se lo contó a Germán. Y Germán actuó.»

«Yo acabo de hacer lo mismo que Sara. Le he enseñado mis cartas a Bea pensando que era una aliada. Le he contado que

tengo el diario, que he ido a la policía, que investigo a Germán.»

«Pero hay una diferencia. Sara no sabía que Bea era el enemigo. Yo sí.»

«Lo que le he dicho hoy no es información. Es desinformación. Quiero que Germán crea que me rindo. Quiero que baje la guardia. Quiero tiempo.»

Borro la nota. No puedo dejar nada en el móvil. Si Germán entra en mi piso y encuentra el teléfono, no puedo arriesgarme.

Me acuesto en el sofá. Pongo la tele. Un programa de cocina. Alguien hace una tortilla de patatas mientras un jurado opina. Normalidad. Pura y aburrida normalidad.

Pero debajo de la normalidad, debajo de la sonrisa cansada y el programa de cocina y el cuerpo tumbado en el sofá, hay una certeza que me quema como una brasa en el estómago.

No puedo confiar en nadie de este edificio.

Nadie excepto Hugo.

Hugo, que no creyó a Sara y que ahora guarda sus pruebas en una caja de zapatos.

Hugo, que toca el saxo sin saber que Germán lo escucha.

Hugo, que es la única persona en este edificio que no me ha mentido.

A las once de la noche, cuando el edificio se aquieta, oigo la

puerta de Bea abrirse y cerrarse. Pasos en la escalera. Bajan. Se detienen en el primero. Llaman a una puerta.

La puerta se abre.

Murmullos. Voces que no distingo. La puerta se cierra.

Bea ha bajado al piso de Germán. A reportar. A coordinar. A decidir qué hacer con la inquilina del tercero izquierda que fue a la policía y encontró un diario.

Me doy la vuelta en el sofá. Cierro los ojos.

Que decidan lo que quieran. Que hablen lo que hablen.

No saben lo que yo sé. No saben que conozco la contraseña de Sara. No saben que el diario y el pendrive están a salvo fuera de este piso. No saben que Dani tiene copias de los registros de Esteban Ochoa.

No saben que la inquilina del tercero izquierda no se rinde.

Nunca se ha rendido.

Y no va a empezar ahora.

17

Beatriz Ochoa

Necesito saber quién es Bea realmente. No lo que me ha contado. No la versión de mujer sola, hija única, quince años sin pareja, contable que trabaja desde casa. Necesito la verdad.

Llamo a Dani desde un banco del Retiro. Se está convirtiendo en costumbre: los parques como despachos, los bancos como

mesas de trabajo. Madrid, enorme e indiferente, como escudo contra las paredes que escuchan.

—Necesito que busques a alguien más —digo.

—¿Quién?

—Bea Ramos. Vecina del tercero B, calle Sombrerete, 14. Lleva diez años en el edificio. Se presenta como contable, hija única. Pero tiene algo que no me cuadra.

Dani suspira al otro lado.

—Nuria, ¿cuánta gente de ese edificio necesitas que investigue?

—Solo a esta. Es importante.

—¿Por qué?

Le cuento lo de la llamada. Lo que oí a través de la puerta. «Lo tengo controlado, Germán. Tranquilo.» Le cuento que Bea le

informa de todo. Que cuando Sara confió en ella, esa confianza fue directamente a manos de Germán.

Dani tarda unos segundos en responder.

—¿Me estás diciendo que la vecina es cómplice del casero?

—Eso creo.

—Joder, Nuria. Sal de ese puto edificio.

—Dani, búscala. Por favor.

Otro silencio. Oigo teclas.

—Bea Ramos. ¿Nombre completo?

—No lo sé. En el buzón pone «B. Ramos». Bea es el nombre con el que se presenta. Puede ser Beatriz, puede ser Begoña, puede ser cualquier cosa.

—¿Edad?

—Cuarenta y tantos, puede que cerca de los cincuenta. Pelo rubio teñido. Ojos oscuros.

—Dame unas horas.

No me da unas horas. Me da hora y media. Dani siempre fue rápido cuando algo le interesaba. Y esto le interesa. Lo noto en

su voz cuando me llama de vuelta: esa cadencia acelerada que tiene cuando ha encontrado algo que merece ser contado.

—Beatriz —dice—. Beatriz Ochoa Ramos.

Ochoa. El apellido me golpea como un puñetazo en el pecho, aunque ya lo esperaba. Aunque ya lo intuía. Hay una diferencia entre sospechar y saber. Sospechar es una idea. Saber es un hecho. Y los hechos pesan.

—Ochoa —repito.

—Ochoa Ramos. Nacida en Madrid, 1977. Es decir, tiene cuarenta y ocho años. Padre: Esteban Ochoa Hernández. Madre: Remedios Ramos Gallego. La misma madre que Germán Ochoa Ramos. Son hermanos.

Hermanos. Germán y Bea. El casero y la vecina encantadora. El hombre que vigila a través de las paredes y la mujer que vigila a través de las conversaciones. Dos ojos del mismo monstruo.

—¿Cuándo se cambió el apellido?

—No se lo cambió. Se casó. Matrimonio civil en 2004 con un tal Rafael Martínez Durán. Después del matrimonio, legalmente sigue siendo Beatriz Ochoa Ramos, pero en la vida cotidiana usa Bea Ramos. O Bea Martínez, según convenga. Después de casarse se quedó con el segundo apellido del padre. Es legal. No necesitas hacer ningún trámite especial

para que te llamen por un apellido distinto en el día a día. Solo importa en documentos oficiales.

—¿Y el marido?

—Divorciados en 2009. Rafael Martínez vive en Sevilla. Trabaja en una aseguradora. No tiene antecedentes. Parece un tío normal que se casó con la mujer equivocada.

Bea se casó, se divorció, y se quedó con un apellido que borraba su conexión con Germán. Cualquier vecino que buscara «Bea Ramos» en el buzón no encontraría ningún vínculo con «Germán Ochoa». Necesitarías saber su nombre completo de soltera para atar los cabos.

—¿Algo más?

—Dirección fiscal: calle Sombrerete, 14, 3ºB. Actividad económica declarada: servicios administrativos, autónoma. Ingresos bajos, apenas llega al mínimo. No tiene propiedades a su nombre. Pero aquí viene lo interesante.

—Dime.

—He mirado el registro de la propiedad otra vez. El edificio de Sombrerete, 14, es propiedad íntegra de Germán Ochoa Ramos. No hay división horizontal. Es decir, no hay pisos independientes registrados. Todo el edificio es una única finca, un único propietario. Lo que significa que Bea no es inquilina en el sentido legal. No tiene contrato de alquiler

registrado. Germán no declara ingresos por el alquiler del 3ºB. Oficialmente, ese piso no está alquilado.

—Porque Bea no paga alquiler.

—Exacto. Bea vive gratis en el edificio de su hermano. No es una inquilina. Es parte de la operación.

Me quedo un momento en silencio, procesando. El sol calienta el banco, los patos del estanque se persiguen, un perro ladra a una paloma. El mundo funciona. El mundo es normal.

—Dani, ¿puedes averiguar cuánto tiempo lleva Bea en ese piso?

—Ya lo he hecho. El empadronamiento es de 2014. Un año antes de que muriera el padre.

2014. Esteban Ochoa aún vivía. El padre voyeur seguía en el edificio, en el primer piso, con sus cámaras y sus cables. Y su hija Beatriz se mudó al tercero. Al rellano donde viven los inquilinos.

No se mudó como vecina. Se mudó como vigilante.

—Nuria —dice Dani, y su voz ha perdido toda cadencia profesional. Ahora es solo un hombre preocupado—. Este asunto es más grande de lo que pensabas. No estamos hablando de un casero raro que pone cámaras. Estamos hablando de una operación familiar. Padre, hijo, hija. Tres generaciones dedicadas a vigilar, grabar, controlar.

—Dos generaciones. El padre y los hijos.

—Dos generaciones, treinta años de actividad documentable. Desde que Esteban compró el edificio en el 87 hasta hoy.

¿Cuántas inquilinas han pasado por esos pisos en treinta años? ¿Veinte? ¿Treinta? ¿Más?

No quiero hacer el cálculo. No quiero imaginar las caras de esas mujeres, una detrás de otra, durmiendo en mi cama, duchándose en mi bañera, sin saber que un ojo las miraba. Sin saber que Bea les hacía bizcochos mientras su hermano vendía sus vídeos.

—Dani, necesito que me prometas algo.

—Lo que sea.

—Si me pasa algo, si dejo de contestar al teléfono, si desaparezco como Sara, quiero que lleves todo a la prensa. No a la policía. A la prensa. A todos los medios que conozcas. Que publiquen la historia con nombres, fechas y pruebas. Que no puedan archivarla.

—No te va a pasar nada.

—Prométemelo.

Silencio largo.

—Te lo prometo.

Vuelvo al edificio al caer la tarde. Subo las escaleras despacio. En el rellano del tercero, la puerta de Bea está cerrada. Huele a algo que está cocinando. Cebolla, quizá. Pimiento. Sonidos

domésticos: el borboteo de una olla, la radio puesta, las garras de Paco sobre el parqué.

Miro su puerta. El felpudo con flores desgastadas. La mirilla, redonda, oscura.

Beatriz Ochoa Ramos. Hija de Esteban, hermana de Germán. Nacida y criada en una familia que convirtió la vigilancia en tradición. Que heredó un edificio como otros heredan una empresa o una finca en el campo. Solo que lo que esta familia produce no es aceite ni vino.

Es control. Es miedo. Es el cuerpo de mujeres convertido en mercancía sin su consentimiento.

Entro en mi piso. Cierro. Dos vueltas.

Miro al detector de humo. Me mira de vuelta.

—Buenas noches —digo en voz alta, como si hablara sola. Como hacen las personas que viven solas.

Pero no lo digo para mí.

Lo digo para él. Para Germán. Para que sepa que estoy aquí, tranquila, normal, inofensiva.

Lo digo para ella. Para Bea. Para que le cuente a su hermano que la del tercero ha vuelto del paseo y no parece preocupada.

Lo digo para Sara. Dondequiera que esté.

Porque ahora sé quiénes son. Sé sus nombres, sus apellidos, su historia. Sé que son una familia y sé que funcionan como

una máquina: Germán maneja las cámaras, Bea maneja las confianzas.

Y sé algo más. Sé que Sara descubrió lo mismo. Sé que Sara escribió una contraseña en un armario y pruebas en un correo electrónico. Sé que Sara iba a ir a la policía.

Y sé que la policía no la salvó.

Así que no voy a esperar a que la policía me salve a mí.

Voy a salvarme sola.

Y de paso, voy a encontrar a Sara.

18

Mi propia cámara

La compro en una tienda de electrónica de la calle Atocha, de esas que venden drones, auriculares y gadgets que parecen sacados de una película de espías. El dependiente es un chico joven con pendientes y una camiseta de Star Wars que me atiende sin hacer preguntas.

—Quiero una cámara pequeña. Discreta. Que grabe vídeo con buena calidad y se active con movimiento.

Me enseña tres modelos. Elijo la más pequeña: un cilindro negro del tamaño de un mechero, con lente gran angular y batería para ocho horas. Se conecta al móvil por wifi. Graba en alta definición. Tiene visión nocturna por infrarrojos. Sesenta y nueve euros.

La ironía no se me escapa. Estoy comprando el mismo tipo de dispositivo que Germán usa para espiarme. Luchando fuego con fuego. Pero hay una diferencia fundamental entre su

cámara y la mía: la suya vigila a personas que no lo saben. La mía vigila a un hombre que merece ser vigilado.

El plan es simple. Necesito pruebas de que Germán entra en mi piso cuando no estoy. Pruebas visuales, claras, con fecha y hora. Algo que la policía no pueda archivar. Algo que un juez no pueda ignorar.

Paso la mañana del miércoles preparando todo. La cámara la escondo en la estantería del salón, entre dos libros, con la lente asomando por el hueco. Desde la estantería se ve la puerta de entrada y la mayor parte del salón. Si alguien entra, la cámara lo grabará.

Hago pruebas. Me grabo a mí misma entrando y saliendo. La calidad es buena. Se me reconoce perfectamente. La fecha y la hora aparecen en la esquina inferior derecha.

Ahora necesito que Germán entre.

Para eso, tengo que salir.

A las once de la mañana cruzo el portal con paso firme. Llevo bolsa de deporte, como si fuera al gimnasio. Pero no voy al gimnasio. Voy al piso de Hugo.

Le he avisado por la mañana. Un mensaje escueto, escrito en el baño: «11:00. Tu piso. Traigo la cámara.» Hugo ha respondido con un pulgar arriba.

Subo medio tramo de escalera, paso el segundo y llego al rellano del segundo. Llamo a la puerta de Hugo con los

nudillos. Abre al instante, como si hubiera estado esperando detrás de la puerta.

—Pasa.

El piso de Hugo es un reflejo de su dueño: desordenado de una manera que tiene sentido. Partituras en la mesa del salón, un atril junto a la ventana, el saxo apoyado en el sofá como un compañero de piso más. Discos de vinilo en estanterías, posters de Miles Davis y Coltrane en las paredes. Huele a café y a incienso.

—¿Has podido instalarla? —pregunta Hugo.

—Sí. Está en la estantería. Se activa con movimiento. Si alguien entra en mi piso, lo graba.

—¿Y ahora?

—Ahora esperamos. Necesito que Germán me vea salir del edificio. Que piense que no estoy. Voy a bajar, a salir por el portal, y a dar la vuelta a la manzana. Luego entro por la puerta del patio trasero —la de servicio, la que da a la calle de

atrás— y subo a tu piso. Desde tu ventana podemos ver el rellano de la escalera. Si Germán sube, lo veremos.

Hugo asiente. Se muerde el labio.

—¿Cómo sabes que va a entrar hoy?

—No lo sé. Pero Sara escribió que Germán entraba varias veces por semana. Cada vez que ella salía, él subía a revisar. Tiene una copia de las llaves, obviamente. Es el casero.

—Hostia.

—Sí.

Bajo la escalera. Paso por delante de la puerta de Germán, en el primero. Está cerrada. No se oye nada. Salgo al portal. La calle Sombrerete huele a lluvia reciente. Camino hasta la esquina. Giro. Llego a la calle trasera. Hay una puerta pequeña, de madera vieja, que da al patio interior del edificio. Germán me enseñó la llave cuando firmé el contrato: «Para sacar la basura al contenedor del patio, si no quieres bajar por la escalera.» La tengo en el llavero.

Abro. Entro. El patio es estrecho y húmedo, con paredes desconchadas y tendederos vacíos. Una escalera de servicio, de metal, sube por la fachada trasera. Subo con cuidado de no hacer ruido. Segundo piso. La ventana de Hugo está abierta, como acordamos.

Me cuelo dentro.

Hugo me espera con una taza de café. Nos sentamos en el suelo del salón, lejos de la ventana, para que nadie nos vea

desde el patio.

—Ahora esperamos —digo.

La espera es lo peor. Es peor que el miedo, peor que la rabia, peor que la certeza de que tu casa tiene ojos. La espera es un vacío que se llena de dudas. ¿Y si no viene? ¿Y si hoy no es el día? ¿Y si Germán ha cambiado su rutina porque sospecha algo?

Hugo y yo no hablamos mucho. Él lee una partitura. Yo miro el móvil, donde la app de la cámara muestra mi salón en tiempo real. La estantería, el sofá, la puerta. Todo quieto. Todo en silencio.

Pasa una hora. Dos.

A la una y cuarto, algo se mueve en la pantalla.

—Hugo —susurro.

Se acerca. Miramos juntos.

La puerta de mi piso se abre. Despacio, sin ruido. Una mano aparece primero: grande, con dedos largos. Luego un brazo. Luego un cuerpo.

Germán.

Entra en mi piso como quien entra en el suyo. Sin prisa, sin miedo. Cierra la puerta detrás de él. Se queda de pie en el salón un momento, mirando alrededor. Tiene la misma ropa de

siempre: camisa azul, vaqueros. Las manos a los lados. La cabeza girando despacio, como un periscopio.

Empieza a moverse. Va a la estantería. Pasa los dedos por los lomos de mis libros. Los saca, mira detrás, los vuelve a poner. Abre los cajones de la mesa. Revisa papeles. Levanta mi portátil, mira debajo. Abre la tapa, teclea algo —¿mi contraseña?—, la cierra cuando no funciona.

—Está buscando el diario —susurro.

Hugo no dice nada. Tiene la mandíbula apretada.

Germán se mueve al dormitorio. La cámara no lo ve ahí —el ángulo no llega—, pero oímos sonidos a través de la app. Armarios que se abren. Cajones que se deslizan. El crujido del suelo de madera del armario empotrado.

Busca debajo del suelo. Busca donde Sara escondió el diario.

No va a encontrar nada. El diario está en la caja de zapatos de Hugo, a dos metros de donde estamos sentados.

Tres minutos después, Germán vuelve al salón. Su expresión ha cambiado. Ya no es el casero amable. Es otra cosa. Algo más frío, más concentrado. Tiene los labios apretados y la frente arrugada. Va al baño. Sale. Va a la cocina. Abre armarios. Mira

dentro de la nevera. Dentro de la nevera. Como si alguien pudiera esconder un cuaderno entre los yogures.

Después se detiene. Se queda de pie en medio del salón. Mira hacia arriba. Hacia el detector de humo. Hacia su propia cámara.

Y sonríe.

Es una sonrisa pequeña, privada, que no está dirigida a nadie. O quizá sí. Quizá está dirigida a sí mismo, reflejado en la lente de su propia cámara, como un hombre que se mira en un espejo y le gusta lo que ve.

Hugo me agarra del brazo. Tiene la cara blanca.

—Ese tío está loco —dice.

—Ese tío es metódico. Que es peor.

Germán sale de mi piso. Cierra la puerta. En la app, el salón vuelve a estar vacío. Quieto. Como si nada hubiera pasado.

Pero algo ha pasado. Y ha quedado grabado.

Espero una hora más antes de volver a mi piso. Entro por la puerta principal, como si volviera del gimnasio. Subo las escaleras. Nadie en los rellanos. Abro mi puerta. Todo parece igual. Los libros en la estantería, el portátil en la mesa, las sillas en su sitio.

Pero no es igual. Hay detalles. El portátil está un milímetro movido: la marca que su base deja en el polvo de la mesa no coincide. Un cajón de la cocina no está del todo cerrado. El

armario del dormitorio tiene las puertas entornadas, no cerradas como las dejé.

Germán ha estado aquí. Mi cámara lo ha grabado. Con fecha, hora y resolución HD.

Recupero la cámara. Descargo el vídeo. Diecisiete minutos. Germán Ochoa Ramos entrando en mi piso sin mi permiso, registrando mis pertenencias, buscando pruebas que pudieran incriminarlo.

Es delito. Allanamiento de morada. Artículo 202 del Código Penal. No es la prueba de las cámaras ocultas. No es la prueba de la desaparición de Sara. Pero es algo. Es un hilo del que tirar. Un hilo que no pueden archivar.

Guardo el vídeo en tres sitios. El pendrive de Sara, que está en casa de Hugo. Una copia en mi correo electrónico. Y otra copia en el correo de Sara —la cuenta de Proton, con la contraseña

del armario—, porque ahora ese correo es un búnker digital donde las pruebas se acumulan como munición.

Me siento en el sofá. Miro el detector de humo.

—Ahora los dos tenemos cámaras —digo en voz baja, lo suficiente para que solo yo lo oiga—. La diferencia es que las mías son legales.

El detector no responde. Pero el LED rojo parpadea detrás de su rejilla, constante, incansable.

Que parpadee.

Ahora tengo algo que Germán no tiene: pruebas de sus propios actos.

Y voy a necesitarlas.

19

El sótano

Lo que voy a hacer es estúpido. Lo sé. Lo sé con la misma certeza con la que sé que las paredes de mi piso tienen ojos y que Bea es hermana de Germán. Lo sé y lo voy a hacer igualmente, porque Sara está en algún sitio y el sitio más probable está debajo de mis pies.

Es jueves. He observado los patrones de Germán durante una semana. Sale del edificio los jueves por la mañana, entre las diez y las diez y media. Lleva una bolsa de deporte azul. Vuelve a las dos, más o menos. Cuatro horas. Es su rutina. Hugo lo ha confirmado: los jueves Germán desaparece toda la mañana. No sé adónde va. No me importa. Lo que me importa es que su piso está vacío.

A las diez y doce de la mañana, oigo la puerta del primero derecha abrirse. Pasos en la escalera. Bajan. La puerta del portal se abre y se cierra. Desde mi ventana que da al patio,

cuento hasta sesenta. Luego bajo al rellano del primero y me asomo a la ventana que da a la calle.

Germán camina hacia la esquina de Sombrerete con Mesón de Paredes. Bolsa azul al hombro. Paso tranquilo. Gira la esquina y desaparece.

Bajo al primero. La puerta del derecha. La puerta de Germán.

Es una puerta de madera maciza, con cerradura de seguridad. No tengo llave. Pero Sara mencionó en su diario que Germán guardaba un juego de repuesto debajo del extintor del rellano. «Siempre hay una copia debajo del extintor. Germán cree que nadie lo sabe. Pero yo lo vi una noche.»

El extintor está colgado en la pared del primer rellano, entre la puerta de Germán y el hueco de la escalera. Es uno grande, rojo, de esos que nunca se usan. Me agacho. Detrás del extintor, enganchada con celo al soporte metálico, hay una llave.

La cojo. Me tiemblan las manos.

Meto la llave en la cerradura. Gira. La puerta se abre.

El piso de Germán huele a cerrado, a café viejo y a algo más que no identifico. Algo químico. Como desinfectante industrial. Las cortinas están echadas y la luz que entra es escasa, amarillenta, filtrada por la tela.

Es más grande que mi piso. Salón amplio con muebles oscuros, la misma estantería llena de libros que vi cuando firmé el contrato. La mesa del salón tiene pilas de papeles ordenados con clips de colores. El ordenador de sobremesa

está encendido: el ventilador zumba y una lucecita verde parpadea en la torre.

No toco el ordenador. No toco nada que pueda dejar huella.

Paso al dormitorio. Cama grande, hecha. Mesilla con un vaso de agua y un libro: una novela de John Grisham. Armario cerrado. No lo abro.

La cocina está limpia. Demasiado limpia para un hombre solo. Los platos en su sitio, la encimera brillante, la basura vacía. El orden de alguien que controla cada detalle de su entorno.

Y luego está el pasillo.

El pasillo del piso de Germán es más largo que el de mi piso. Tiene tres puertas. La primera da al baño. La segunda, al dormitorio. La tercera está al fondo, junto a la cocina. Y está cerrada.

No con llave normal. Con cerrojo. Un cerrojo grueso, de metal, con candado. El tipo de cerrojo que pones en un trastero donde guardas herramientas caras. O en una habitación donde guardas algo que no quieres que nadie vea.

Tiro del candado. No cede. Es sólido, de acero, sin combinar. Necesitaría una cizalla o una llave que no tengo.

Me arrodillo. Miro por debajo de la puerta. Hay un resquicio de medio centímetro entre la madera y el suelo. Por ahí se cuela un olor. El olor químico que noté al entrar. Más fuerte

aquí. Lejía, quizá. O amoníaco. El olor de algo que se limpia a conciencia y con frecuencia.

Pego la oreja a la puerta.

Silencio.

Espero. Un minuto. Dos.

Nada.

Me levanto. Miro la puerta. Madera maciza, pintada de blanco, con el cerrojo a la altura del pecho. Puedo notar que ha sido reforzada: el marco tiene placas de metal en las esquinas. Esto no es una puerta de piso reformada. Es una puerta blindada disfrazada de puerta corriente.

¿Qué hay detrás?

Los servidores, probablemente. El equipo que recibe las señales de las cámaras. Los discos duros donde se almacenan

los vídeos. El centro de operaciones de Germán, heredado de su padre, actualizado con tecnología moderna.

O algo peor.

Me doy la vuelta. Tengo que irme. Llevo demasiado tiempo aquí. Si Bea baja y me oye...

Y entonces lo oigo.

Es un sonido pequeño. Casi nada. Un golpe amortiguado que viene de algún lugar debajo del suelo. O detrás de la puerta cerrada. O de ambos.

Me quedo quieta. No respiro.

Otro golpe. Y otro. Un ritmo. Lento, regular. Como alguien golpeando una pared con el puño. O con la palma. O con lo único que tiene para hacer ruido.

Toc. Toc. Toc.

Tres golpes. Pausa. Tres golpes. Pausa. Tres golpes.

El corazón se me para. Literalmente siento que se detiene, que la sangre deja de fluir durante un segundo, y luego arranca de nuevo con un latigazo que me sacude el pecho.

Tres golpes. La señal universal de socorro. Cualquiera que haya visto una película de submarinos lo sabe. Tres golpes cortos, pausa, tres golpes cortos. SOS. Estoy aquí. Ayuda.

Me acerco a la puerta cerrada. Pego la oreja. Los golpes vienen de abajo. No de detrás de la puerta. De debajo. Del sótano. De

la antigua carbonera que Hugo mencionó. La puerta cerrada con llave en el portal. El «trastero» de Germán.

Alguien está golpeando desde abajo.

Alguien está vivo debajo de este edificio.

Levanto la mano. La pongo contra la puerta. Quiero golpear de vuelta. Quiero decir: te oigo, estoy aquí, voy a sacarte. Pero no puedo. Si golpeo y la persona de abajo reacciona —grita, llora, pide ayuda—, Bea podría oírlo. Desde el tercero, en el silencio del edificio a media mañana, un grito se oiría.

Y si Bea oye, Germán sabrá.

Aprieto los puños contra la puerta. Las uñas se me clavan en las palmas.

Sara. Es Sara. Tiene que ser Sara.

Seis meses. Seis meses encerrada en un sótano, debajo de un edificio donde los vecinos viven sus vidas sin saber que hay una mujer enterrada viva a metros de distancia. Seis meses

golpeando paredes que nadie escucha. Seis meses esperando a que alguien preste atención.

Me aparto de la puerta. Tengo que salir de aquí. Tengo que salir ahora.

Salgo del piso de Germán. Cierro la puerta. Devuelvo la llave al soporte del extintor. Subo las escaleras con las piernas temblando, agarrándome a la barandilla para no caer.

Entro en mi piso. Cierro. Dos vueltas. Me apoyo contra la puerta y me deslizo hasta el suelo.

Las lágrimas llegan sin aviso. No son lágrimas de miedo. Son de rabia. Una rabia tan caliente que me quema la garganta. Sara está ahí abajo. Sara está viva. Y lleva seis meses esperando mientras el mundo la olvida.

Mientras la policía archiva su caso.

Mientras Germán le sonríe a la nueva inquilina.

Mientras Bea hace bizcochos y pregunta cómo estás.

Seis meses. Ciento ochenta días. Cuatro mil trescientas horas. Encerrada. Sola. En la oscuridad. Debajo de mis pies.

Me seco las lágrimas con el dorso de la mano. Respiro. Una vez, dos, tres.

No puedo ir a la policía con esto. Si digo «he oído golpes en el sótano», me mirarán como miraron a Sara cuando se quejó de

sentirse vigilada. Tuberías, dirán. El edificio viejo, dirán. Caso archivado.

No puedo abrir esa puerta sola. Necesito herramientas, tiempo, y alguien que me cubra las espaldas.

Necesito a Dani.

Cojo el móvil. Lo aprieto contra el pecho. Cierro los ojos.

Sara, si estás ahí abajo. Si puedes sentir algo a través de esos muros. Aguanta. Un poco más. Solo un poco más.

Voy a sacarte de ahí.

Te lo juro.

20

Cuarenta y ocho horas

Llamo a Dani desde una cabina en la plaza de Tirso de Molina. Son las seis de la tarde. La plaza huele a churros y a tubo de escape. Hay gente por todas partes: turistas con mochilas, señoras con bolsas de la compra, un grupo de adolescentes haciendo vídeos con el móvil. Me camuflo entre ellos. Una mujer más en una plaza de Madrid. Nadie me mira.

Dani contesta al segundo tono.

—Nuria.

—Dani, escúchame. No me interrumpas.

Se lo cuento todo. Sin filtros, sin rodeos, sin el orden limpio de una crónica periodística. Se lo cuento como me sale: a

trompicones, con la voz baja, con las palabras atropellándose unas a otras.

Le cuento que he entrado en el piso de Germán. Le cuento la habitación cerrada con candado. Le cuento el olor a lejía. Le cuento los golpes.

Tres golpes. Pausa. Tres golpes. Pausa. Tres golpes.

—Sara está ahí abajo —digo—. Está viva. Lleva seis meses encerrada en el sótano de ese edificio.

Silencio. Un silencio largo, pesado, de esos que tienen textura. Al otro lado del teléfono, Dani respira. Puedo imaginar su cara: la mandíbula tensa, los ojos cerrados, las manos apretando el teléfono como si quisiera partirlo.

—Nuria. —Su voz es un hilo de acero—. Sal de ahí. Ahora. Coge tus cosas y sal de ese puto edificio.

—No puedo.

—¿Que no puedes? Joder, Nuria, ese hombre tiene a una mujer encerrada en un sótano. Si descubre lo que sabes, tú eres la siguiente. ¿Entiendes eso? Tú eres la puta siguiente.

—Si me voy, Germán la mueve. O peor. Sabrá que alguien ha descubierto algo y hará desaparecer a Sara de verdad. Esta vez

no será un sótano. Será una fosa en mitad de ningún sitio. ¿Entiendes tú eso?

Silencio.

—Nuria...

—Dani, necesito que vengas a Madrid.

—¿Qué?

—Necesito que vengas. No puedo hacer esto sola. Hugo me ayuda, pero Hugo es un músico que toca el saxo y tiene buena voluntad. No es suficiente. Necesito a alguien que sepa investigar. Necesito a alguien que no le tenga miedo a romper un candado.

—¿Quieres que entre en el sótano contigo?

—Quiero que me ayudes a sacar a Sara.

—¡Para eso está la policía, joder!

—La policía archivó el caso. Le he llevado pruebas y me han dicho que esperara semanas. Meses. Sara no tiene meses,

Dani. Sara tiene golpes. Tres golpes cada vez más débiles. Cada día que pasa es un día menos que le queda.

Otro silencio. Oigo a Dani moverse. Una puerta que se cierra. Un grifo. Agua corriendo. Se está lavando la cara, como hace siempre que necesita pensar.

—¿Cuándo? —dice.

—Mañana. Puedes venir mañana.

—Estoy en Barcelona. He venido a cubrir una rueda de prensa.

—Pues coge un AVE. Tres horas, Dani. En tres horas puedes estar aquí.

Más silencio. Pero este silencio es distinto. Es el silencio de alguien que ya ha tomado una decisión y está calculando la logística.

—Llego mañana por la noche. Sobre las ocho o las nueve. ¿Dónde quedamos?

—No en el edificio. En ningún sitio cerca del edificio. En la estación de Atocha. En la cafetería del vestíbulo, la que está junto a las palmeras.

—¿El jardín tropical?

—Ese.

—Vale. Mañana a las nueve en Atocha. Pero Nuria…

—Dime.

—Cuarenta y ocho horas. Te doy cuarenta y ocho horas desde que yo llegue. Si en cuarenta y ocho horas no hemos

encontrado a Sara o no hemos conseguido pruebas suficientes para que la policía actúe, voy yo personalmente a la comisaría y monto el pollo del siglo. Con todo lo que tenemos: el diario, las fotos, los registros de Esteban Ochoa, el vídeo de Germán entrando en tu piso, todo. Lo hago público. Lo mando a todos los medios que conozco. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Y otra cosa.

—Dime.

—No vuelvas a entrar sola en el piso de Germán. Prométemelo.

No respondo.

—Nuria. Prométemelo.

—Te lo prometo.

Es mentira, probablemente. Los dos lo sabemos. Pero Dani necesita oírlo y yo necesito decirlo.

—Cuídate —dice.

—Lo haré.

Cuelgo. Me quedo en la cabina un momento, con el auricular todavía en la mano. El plástico está caliente y pegajoso. Fuera, Madrid sigue girando: los turistas, las señoras, los

adolescentes. Un acordeonista toca algo que suena a tango en la esquina de la plaza.

Mañana viene Dani. Mañana tendré ayuda. Cuarenta y ocho horas.

Vuelvo al edificio caminando. Sombrerete, catorce. El portal con su olor a humedad y a cera. La escalera con su mármol gastado. El ascensor roto que nadie arregla porque Germán

prefiere que la gente suba a pie, quizá para oír los pasos, para saber quién entra y quién sale.

En el rellano del primero, me detengo. Miro la puerta del piso de Germán. Cerrada. Detrás de ella, el pasillo, las tres puertas, el candado. Y debajo, el sótano. Los golpes.

Subo al tercero. La puerta de Bea está cerrada. No hay ruidos. Paco no maúlla. Silencio de una mujer que escucha sin ser oída.

Entro en mi piso. Cierro. Dos vueltas. Me siento en el sofá sin encender la luz.

Necesito un plan. Dani llega mañana. Tenemos cuarenta y ocho horas. Necesito que esas horas cuenten.

Saco un cuaderno —el mío, no el de Sara— y empiezo a escribir en el baño, con la puerta cerrada y la luz apagada, usando la linterna del móvil.

«Plan:

1. Acceso al sótano. Hay dos entradas posibles: la puerta del portal (junto al hueco de la escalera, cerrada con llave) y la habitación cerrada del piso de Germán (cerrojo con candado). La del portal es más accesible. Necesitamos herramientas para forzar la cerradura. Cizalla o ganzúa.

2. Momento. Jueves por la mañana: Germán sale de 10 a 14h. Cuatro horas. Es la ventana más larga y predecible.

3. Bea. Es el factor de riesgo. Está siempre en el edificio. Si nos ve bajar al sótano, avisará a Germán. Necesitamos una

distracción o un momento en que Bea esté fuera.

4. Hugo. Puede vigilar la escalera mientras Dani y yo bajamos. Si alguien se acerca, nos avisa.

5. Pruebas. Todo lo que encontremos hay que grabarlo. Vídeo, fotos. Con fecha y hora. Lo que la cámara del sótano capture será irrefutable.

6. Si encontramos a Sara: llamar a emergencias inmediatamente. 112. Ambulancia y policía a la vez. No dejar que nadie se acerque hasta que lleguen.

7. Si no encontramos a Sara: las pruebas del sótano (colchón, botellas, marcas en la pared) más las pruebas que ya tenemos serán suficientes para que un juez ordene un registro completo. O eso espero.»

Cierro el cuaderno. Lo guardo en la cisterna del váter, dentro de una bolsa de plástico, sujeto con cinta aislante. Paranoico, quizá. Pero después de vivir semanas en un piso con cámaras, la paranoia se convierte en sentido común.

Esa noche, tumbada en la bañera, mirando el techo de mi baño —el único techo sin ojos—, pienso en Dani.

Es curioso. Nos divorciamos porque ya no funcionábamos juntos. Porque las conversaciones se habían convertido en silencios y los silencios en reproche. Porque yo estaba obsesionada con mi trabajo y él estaba cansado de esperar a

una mujer que siempre tenía una historia más urgente que su matrimonio.

Y ahora, un año después, le estoy pidiendo que venga a Madrid a ayudarme a entrar en el sótano de un edificio donde un hombre tiene secuestrada a una mujer.

Quizá Dani tenía razón. Quizá siempre habría una historia más urgente que todo lo demás.

Pero esta vez no es una historia. Esta vez es Sara.

Cierro los ojos. Intento dormir. El edificio respira a mi alrededor con sus crujidos y sus murmullos. Y debajo de todo —debajo de los suelos, debajo de los cimientos, debajo de mí —, imagino los golpes.

Tres golpes. Pausa. Tres golpes.

Mañana, Sara.

Mañana empieza la cuenta atrás.

21

La carbonera

Dani llega a Atocha a las nueve menos cuarto de la noche. Lo veo antes de que me vea: lleva una chaqueta azul marino que no le conocía, una mochila pequeña y esa forma de caminar que tienen los hombres que creen que llegan tarde a todo. Tiene ojeras nuevas. El pelo más largo. Parece cansado y preocupado y furioso, todo a la vez.

—Nuria.

—Dani.

Nos miramos. Hay un segundo de vacilación —¿nos abrazamos? ¿nos damos dos besos? ¿nos estrechamos la mano?— que resolvemos con un abrazo torpe y breve. Su chaqueta huele a tren y a café.

Nos sentamos en la cafetería del vestíbulo, bajo las palmeras del jardín tropical. Es un sitio absurdo para hablar de secuestros y sótanos, rodeados de turistas con maletas y

familias que esperan AVEs. Pero es seguro. Nadie nos conoce aquí.

Pido dos cafés. Dani saca una libreta y un boli. Modo periodista. Le cuento el plan. El sótano. La puerta del portal. El jueves, mañana, cuando Germán sale. Hugo vigilando la escalera. Dani y yo dentro.

—¿Herramientas? —pregunta Dani.

—He comprado una cizalla pequeña. Y una linterna de cabeza. Están en casa de Hugo.

—¿La puerta del sótano tiene candado?

—No lo sé. Hugo dice que hay una puerta metálica junto al hueco de la escalera, en el portal. Siempre cerrada con llave. Nunca la ha visto abierta.

—¿Y si tiene alarma?

—Los edificios de los años veinte no tienen alarma en la carbonera. Pero Germán puede haber puesto algo. No lo sé.

Dani aprieta el boli contra la libreta. No escribe nada. Piensa.

—Plan B. Si la puerta tiene una cerradura que no podemos forzar, o si hay una alarma, nos vamos. Llamamos a la policía con todo lo que tenemos y dejamos que hagan ellos el trabajo.

—La policía archivó el caso.

—Con lo que tenemos ahora —el vídeo de Germán, la investigación completa de los Ochoa, los golpes que oíste— es distinto. Puedo llamar a un contacto en la brigada judicial. Un

tío que me debe un favor. Si le presento el caso bien montado, puede mover fichas.

—¿Cuánto tardaría?

—Días. Quizá una semana.

Una semana. Sara lleva seis meses. Una semana más es una eternidad y un pestañeo a la vez.

—Intentamos el sótano primero —digo.

Dani asiente.

Hugo nos abre la puerta de su piso a las once de la noche, cuando el edificio está en silencio. Dani entra mirando las paredes como si fueran enemigos. Hugo le estrecha la mano.

—Tú eres Dani. El ex de Nuria.

—El ex que está a punto de entrar en el sótano de un voyeur con una cizalla. Sí, ese soy yo.

Hugo casi sonríe. Casi.

Nos sentamos en el suelo del salón de Hugo, lejos de las ventanas, con las luces bajas. Le explico el plan por última vez. Mañana a las diez y cuarto, cuando Germán haya salido. Hugo se queda en el rellano del segundo, desde donde puede ver la escalera y la puerta del portal. Si alguien entra en el

edificio, nos avisa por mensaje. Dani y yo bajamos al portal y abrimos la puerta del sótano.

—¿Y Bea? —pregunta Hugo.

—Bea no suele salir por las mañanas. Pero si baja, Hugo, tienes que interceptarla. Pregúntale cualquier cosa. Invítala a un café. Lo que sea para que no entre en el portal.

Hugo asiente. Tiene la cara pálida.

—¿Y si os descubre Germán? ¿Si vuelve antes de tiempo?

—No va a volver. Nunca vuelve antes de las dos los jueves.

—¿Y si esta vez sí?

Dani y yo nos miramos.

—Entonces improvisamos —dice Dani.

No es un gran plan. Lo sé. Tiene agujeros. Tiene riesgos. Tiene la posibilidad muy real de que algo salga mal. Pero es lo que tenemos. Y mañana es jueves.

Duermo en el piso de Hugo, en el sofá, con una manta que huele a incienso. Dani duerme en un colchón en el suelo. Hugo se ha ido a su habitación. Nadie duerme bien.

A las cuatro de la mañana me despierto. La boca seca. El corazón rápido. He soñado con golpes. Tres golpes, pausa,

tres golpes. Y una voz que decía mi nombre desde debajo del suelo.

Me levanto. Bebo agua del grifo de la cocina. Madrid, al otro lado de la ventana, brilla con sus luces naranja de madrugada. Silencio. Ni un coche. Ni una sirena. Solo el zumbido constante de una ciudad dormida.

Dani está despierto. Me mira desde el suelo, con los ojos abiertos en la penumbra.

—¿Estás bien? —susurra.

—No.

—Yo tampoco.

Nos quedamos así un rato. Sin hablar. Dos personas que estuvieron casadas y que ahora están tumbadas en la

oscuridad del piso de un desconocido, esperando a que amanezca para entrar en un sótano.

La vida es absurda. Pero lo que está pasando debajo de este edificio no lo es.

Jueves. Diez y doce de la mañana. La puerta del primero derecha se abre. Pasos. Escalera abajo. Portal. Calle.

Desde la ventana de Hugo, vemos a Germán caminar hacia la esquina con su bolsa azul. Gira. Desaparece.

Esperamos cinco minutos. Hugo se posiciona en el rellano del segundo, con el móvil en la mano. Dani y yo bajamos.

El portal está vacío. Silencioso. Huele a la humedad de siempre, a cera de suelos, a ese olor viejo de los edificios que llevan cien años respirando.

La puerta del sótano está junto al hueco de la escalera, debajo del primer tramo. Es una puerta metálica, baja, pintada de

verde oscuro. Tiene un candado de arco en la parte superior y una cerradura estándar debajo.

Dani saca la cizalla. Es pequeña, de las que caben en una mochila, pero los brazos de acero son gruesos. La coloca alrededor del arco del candado. Aprieta.

El metal resiste. Dani aprieta más. Las venas del cuello se le marcan. Un chirrido agudo, como una queja, que me pone los pelos de punta.

El candado cede. El arco se parte. Dani lo quita y lo guarda en la mochila.

La cerradura de debajo es más fácil. Está vieja, oxidada. Dani mete un destornillador fino que ha traído y lo gira con fuerza. El mecanismo gira con un crujido.

La puerta se abre.

Lo primero que sale es el olor. Humedad, tierra, cerrado. El olor de un lugar que no ha tenido ventilación en décadas. Un olor orgánico, vivo, como si las paredes sudaran.

Lo segundo es la oscuridad. Total. Absoluta. La escalera que baja al sótano es de piedra, empinada, con escalones desiguales. Mi linterna de cabeza ilumina un pasillo estrecho de ladrillo visto, con tuberías en el techo y charcos en el suelo.

Bajo primero. Dani detrás. Nuestras pisadas resuenan en el silencio como latidos.

El sótano del edificio es un espacio alargado, dividido en compartimentos por muros bajos de ladrillo. La antigua

carbonera. Aquí, hace un siglo, se almacenaba el carbón que alimentaba las calderas. Ahora es un cementerio de trastos: muebles viejos, cajas de cartón podridas, tuberías oxidadas.

Avanzamos. La linterna corta la oscuridad como un cuchillo. Las sombras se mueven en las paredes como animales asustados.

Al fondo del sótano, detrás de los compartimentos vacíos, hay otra puerta. Metálica. Más nueva que todo lo demás. Tiene un candado idéntico al de arriba.

Dani lo ve. Me mira. La cizalla.

Este candado es más nuevo, más resistente. Dani aprieta. Los brazos le tiemblan. El metal chirría.

Cede.

Empujo la puerta. Se abre hacia dentro con un quejido de bisagras.

Es una habitación. Pequeña, del tamaño de un cuarto de baño. Paredes de ladrillo, suelo de cemento, sin ventanas. El aire es denso, húmedo, con un olor a sudor viejo y a lejía que me sube a la garganta.

Hay un colchón en el suelo. Fino, sucio, con una sábana gris hecha una bola. Una manta doblada al lado. Dos garrafas de agua de cinco litros, vacías, aplastadas contra la pared. Un

cubo de plástico con tapa en una esquina. No quiero saber para qué.

Y en la pared, frente al colchón, a la altura de los ojos de alguien tumbado, hay marcas.

Rayas. Verticales. Agrupadas de cinco en cinco, con una diagonal que las cruza cada cinco, como se cuentan los días en las películas de prisioneros. Arañadas en el ladrillo con algo afilado. Una piedra. Una uña.

Cuento. Pierdo la cuenta. Vuelvo a contar.

Ciento sesenta y tres marcas.

Ciento sesenta y tres días.

—Joder —dice Dani. Su voz se rompe en la última sílaba.

Me arrodillo. Toco el colchón. Está húmedo. No de agua. De uso. De un cuerpo que ha dormido aquí noche tras noche, semana tras semana, mes tras mes.

Sara estuvo aquí. Durmió aquí. Contó los días aquí.

Pero el colchón está vacío. La habitación está vacía. Sara no está.

—Nuria —dice Dani detrás de mí—. Mira.

Apunto la linterna a donde él señala. En la pared opuesta al colchón, semioculta por las garrafas vacías, hay algo escrito.

No arañado. Escrito. Con algo que parece tinta marrón —o sangre, no quiero pensarlo— en letras grandes, temblorosas.

«HAY OTRA HABITACIÓN.»

Se me hiela la sangre. Me giro. Miro las paredes de la celda. Ladrillo, ladrillo, ladrillo. Y entonces lo veo. En la pared del fondo, detrás del cubo, hay una estantería metálica. Vieja, oxidada, del tipo que se usa en garajes. Está apoyada contra la pared, llena de cajas de cartón vacías.

Una estantería. En una celda del sótano. Donde no tiene sentido que haya una estantería.

A menos que la estantería esté tapando algo.

Miro a Dani. Dani me mira.

—Hay que moverla —digo.

Agarramos la estantería por los laterales. Tiramos. Pesa. Las patas chirrían contra el cemento. Las cajas caen al suelo. El ruido reverbera en el sótano como un trueno.

Detrás de la estantería no hay pared.

Hay una puerta.

Pequeña, baja, de madera reforzada con placas de metal. Sin candado. Solo un pestillo corredero, echado desde fuera.

Sara está detrás de esta puerta. Lo sé. Lo siento con una certeza que va más allá de la lógica, más allá de las pruebas, más allá de todo lo que me enseñaron en la facultad de periodismo. Es una certeza que vive en el estómago y en el

corazón y en las puntas de los dedos que ahora agarran el pestillo.

Miro a Dani. Tiene los ojos húmedos. Asiente.

Abro el pestillo.

La puerta se abre.

Y la oscuridad que sale de dentro huele a vida.

22

No debiste bajar

No la veo al principio. La linterna ilumina otro cuarto pequeño, similar al anterior pero más estrecho. Paredes de ladrillo. Suelo de cemento. Otro colchón, este con una sábana que algún día fue blanca. Otra garrafa de agua, medio llena. Un plato de plástico con restos de comida reseca.

Y un cuerpo.

Encogido contra la pared del fondo, con las rodillas pegadas al pecho y los brazos rodeando las piernas. Pelo oscuro, largo, sucio, que le cae sobre la cara. Ropa que no es ropa: un

camisón gris, sin forma, manchado. Pies descalzos. Uñas rotas.

No se mueve. No reacciona a la luz.

—Sara —digo. Mi voz sale rota, como si las cuerdas vocales se me hubieran oxidado—. Sara, ¿eres Sara Vega?

Nada. Silencio. El cuerpo no se mueve.

Doy un paso. Otro. Me arrodillo frente a ella. El olor es fuerte: sudor viejo, orina, el olor dulce y podrido de un cuerpo que lleva demasiado tiempo sin ver el sol.

Le aparto el pelo de la cara con cuidado, como se aparta una cortina. Y ahí está. Los ojos. Abiertos. Enormes. Hundidos en unas cuencas que parecen demasiado grandes para la cara que

las contiene. Ojos oscuros que me miran sin verme, como si la luz fuera algo que ya no sabe procesar.

—Sara. Soy Nuria. Vivo en tu piso. He encontrado tu diario.

Un parpadeo. Lento. Los labios se mueven. Un sonido que no es palabra. Un gemido, quizá. O un intento de habla que el cuerpo ya no recuerda cómo ejecutar.

—Vamos a sacarte de aquí —digo. Las lágrimas me caen sin permiso—. ¿Me oyes? Vamos a sacarte.

Dani está detrás de mí. Saca el móvil.

—Voy a llamar al 112 —dice.

—Hazlo.

Dani marca. Se lleva el teléfono a la oreja. Y entonces oímos algo que no es el tono de llamada.

Pasos. Arriba. En el portal. Pasos que bajan la escalera del sótano. Pesados, rápidos, seguros. Pasos de alguien que conoce cada peldaño.

Dani y yo nos miramos. El teléfono sigue sonando. Nadie contesta todavía.

Los pasos se acercan. La linterna de Dani apunta hacia la puerta del primer cuarto, la que hemos dejado abierta. Una sombra se proyecta en la pared. Grande. Rectangular.

Germán aparece en el umbral.

No lleva la camisa azul de siempre. Lleva un jersey oscuro,

pantalón oscuro. Ropa de quien no quiere ser visto. Tiene la cara descompuesta, los ojos inyectados en algo que está entre el miedo y la furia. Detrás de él, como una sombra más pequeña, aparece Bea.

Bea tiene el móvil en la mano. La pantalla encendida. Nos ha avisado. Nos ha visto. Desde alguna cámara, desde alguna ventana, nos ha visto bajar al sótano y ha llamado a su hermano.

—No debisteis bajar —dice Germán.

Su voz es tranquila. Demasiado tranquila. La voz de un hombre que ha ensayado este momento. Que sabía que algún día alguien llegaría hasta aquí y que tiene un plan para cuando ocurriera.

Dani se pone delante de mí. Instinto. El teléfono sigue pegado a su oreja.

—He llamado al 112 —dice Dani. No sé si es verdad. No sé si le han cogido el teléfono o si sigue sonando en el vacío—. La policía viene de camino.

Germán no se inmuta.

—No, no viene —dice—. Estas paredes tienen un metro de grosor. No hay cobertura aquí abajo. Tu llamada no ha salido.

Dani mira el teléfono. La pantalla parpadea: «Sin servicio.» El sótano es una tumba de señal. Ladrillo, tierra, cien años de construcción entre nosotros y el mundo exterior.

—Germán —digo, saliendo de detrás de Dani. La voz me tiembla pero la mantengo firme—. Hay una mujer aquí. Llevas seis meses reteniéndola. La policía tiene mi denuncia.

Dani tiene copias de todas las pruebas. Si nos pasa algo, se publica todo.

Germán me mira. La misma mirada que me dedicó el primer día, cuando me enseñó el piso. Evaluadora. Calculadora. La mirada de un hombre que calibra.

—Nuria —dice, y casi parece decepcionado—. Te di un piso bonito. Un alquiler barato. Te traté bien. ¿Y así me lo pagas?

—¿Así te lo pago? Tienes a una mujer encerrada en un agujero.

—Sara se metió donde no debía. Como tú.

Bea da un paso adelante. Tiene la cara blanca, los labios apretados. No parece la Bea de los bizcochos y las manzanillas. Parece una mujer atrapada en algo que se le ha ido de las manos.

—Germán —dice Bea—. Para. Esto se ha acabado.

—Calla —dice Germán sin mirarla.

—No. Escúchame. Esto se ha acabado. La chica ha llamado. La policía sabrá. No podemos...

—He dicho que te calles.

Germán avanza un paso. Dani retrocede. Yo retrocedo. Estamos en la segunda habitación, la de Sara, y Sara sigue

encogida contra la pared, inmóvil, como si hubiera aprendido a hacerse invisible cuando Germán aparece.

—Dame el teléfono —dice Germán, extendiendo la mano hacia Dani.

—Ni de coña —dice Dani.

—Dame el puto teléfono.

Germán da otro paso. Es más grande que Dani. Más pesado. Tiene los hombros anchos y las manos que yo siempre describí como «de trabajador». Manos que saben agarrar, apretar, sujetar.

Dani se pone en guardia. No es un hombre violento. Es un periodista de cuarenta y un años que cubre ruedas de prensa y

escribe artículos sobre economía digital. Pero se pone entre Germán y yo con los puños cerrados y la mandíbula apretada.

—No vais a salir de aquí —dice Germán. Y ahora su voz ya no es tranquila. Es fría. La voz de alguien que ha cruzado una línea—. No hasta que yo decida qué hacer.

—Germán, por favor —dice Bea. Tiene lágrimas en la cara. Las manos le tiemblan—. No podemos. No podemos con más. Ya no puedo más.

Y entonces, en el silencio que sigue a las palabras de Bea, oímos algo.

Una voz. Desde arriba. Desde el portal.

—¡Nuria! ¡Dani!

Hugo.

Hugo, que estaba vigilando en el rellano. Hugo, que nos ha visto no volver. Hugo, que ha bajado.

—¡Nuria, joder, ¿estáis ahí abajo?!

Pasos en la escalera del sótano. Rápidos, nerviosos. Hugo aparece detrás de Germán y Bea, jadeando, con el móvil en la mano.

—He llamado a la policía —dice, sin aliento—. Desde arriba. Desde la calle. Vienen.

Germán se gira hacia Hugo. Y en ese movimiento, en ese segundo en que la atención de Germán se desvía, todo cambia.

Dani empuja. Con el hombro, con todo el cuerpo, como un jugador de rugby. Germán tropieza hacia atrás, choca contra

la estantería que habíamos movido, cae. Bea grita. Hugo se aplasta contra la pared para no ser arrollado.

Germán intenta levantarse. Dani le pone un pie en el pecho.

—Quieto —dice Dani. La voz le tiembla, pero el pie no.

Germán mira a Bea. Mira a Hugo. Mira a Dani, que le pisa el pecho. Mira a la puerta del sótano, la escalera, la salida. Calcula.

—Bea —dice—. Ayúdame.

Bea no se mueve. Está de pie contra la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho, temblando. Las lágrimas le corren por la cara sin que se las limpie.

—Bea —repite Germán. Más fuerte. Más urgente.

—No —dice Bea. Solo eso. No. Y se deja caer al suelo, como si las piernas ya no la sostuvieran. Se sienta contra la pared del sótano, entre las cajas de cartón y el polvo de décadas, y se tapa la cara con las manos.

Germán la mira. Por primera vez desde que ha aparecido, su expresión cambia. No es furia. No es miedo. Es algo peor:

decepción. La decepción de un hombre que ha perdido el control. Que ha perdido a su cómplice. Que ha perdido.

Desde arriba llegan las sirenas. Primero lejanas, como el zumbido de un insecto. Luego más cerca. Más fuertes. El sonido más hermoso que he oído en mi vida.

Me giro hacia la segunda habitación. Hacia Sara. Me arrodillo frente a ella. Le cojo la mano. Está fría, huesuda, con los dedos rígidos.

—Sara —digo—. ¿Oyes eso? Es la policía. Viene la policía.

Sara parpadea. Una vez. Dos. Sus dedos, despacio, se cierran alrededor de los míos.

Aprieta.

Y de sus labios sale algo. No es una palabra. Es un sonido. Un suspiro que lleva seis meses guardado dentro de un cuerpo que ya no sabía si alguien vendría.

Las sirenas están encima de nosotros. El edificio vibra con su eco.

Germán cierra los ojos.

Bea llora.

Y yo aprieto la mano de Sara y no la suelto.

23

Detrás de la estantería

Lo que pasa después llega en fragmentos, como una película con cortes de montaje.

La policía baja al sótano. Cuatro agentes. Linternas potentes que convierten la oscuridad en blanco quirúrgico. Voces de mando. «¡Policía! ¡Nadie se mueva!» Germán en el suelo, con Dani todavía de pie junto a él. Un agente le pide a Dani que se aparte. Dani obedece. Le tiemblan las piernas. A mí también.

Esposan a Germán. Se lo llevan escaleras arriba. No opone resistencia. Camina con la espalda recta y la mirada al frente, como un hombre que va a una cita desagradable pero inevitable. Ni una palabra. Ni una mirada hacia atrás.

Bea no camina. La levantan del suelo. Tiene las piernas flojas, inservibles. La sostienen dos agentes. Le ponen las esposas con suavidad, como si temieran romperla. Bea no resiste. No

habla. Solo llora, con un llanto silencioso que le deforma la cara.

Cuando pasan junto a mí, nuestros ojos se cruzan. Bea me mira. Hay algo en esa mirada que no esperaba: alivio. Un alivio profundo, devastador, como el de alguien que lleva años sosteniendo un peso insoportable y por fin lo suelta.

Se la llevan.

Los sanitarios llegan después. Dos paramédicos que bajan al sótano con una camilla que apenas cabe por la escalera estrecha. Entran en la segunda habitación. Me piden que me aparte. No quiero. No quiero soltar la mano de Sara.

—Señora, por favor. Necesitamos espacio para trabajar.

Suelto la mano. Me levanto. Me aparto.

Los paramédicos se arrodillan frente a Sara. Hablan con voz suave, profesional. Le toman el pulso. Le ponen una manta térmica sobre los hombros. Le acercan una botella de agua a los labios. Sara bebe. Despacio. Un sorbo. Otro. El agua le cae por la barbilla.

—Sara, ¿me oyes? Soy Elena, soy sanitaria. Vamos a sacarte de aquí. ¿Puedes moverte?

Sara no responde con palabras. Pero mueve la cabeza. Un gesto mínimo, casi imperceptible. Sí. Puede moverse. Puede intentarlo.

La levantan entre los dos. Sara pesa nada. Es un cuerpo de huesos y piel que apenas ocupa espacio. Se apoya en los

paramédicos como una recién nacida que aprende a caminar. Los pies descalzos sobre el cemento. Las piernas temblando.

Suben la escalera. Un peldaño cada vez. Eternamente despacio. Yo voy detrás, con las manos extendidas, como si pudiera atraparla si cae.

Cuando Sara llega al portal, la luz le golpea. No es mucha. Es la luz gris del portal, filtrada por la puerta del edificio. Pero para alguien que ha vivido seis meses en la oscuridad, es como mirar directamente al sol. Sara cierra los ojos. Se encoge. Los paramédicos la cubren mejor con la manta.

—Tranquila, Sara. Ya estás fuera. Ya ha pasado.

La sacan a la calle. La acera de Sombrerete está llena de coches de policía. Dos patrullas, un furgón. Una ambulancia con las luces encendidas. Vecinos en las ventanas, mirando. El marroquí de la tahona de la esquina, el del pan, está en la puerta con los brazos cruzados y la boca abierta.

Meten a Sara en la ambulancia. Se cierra la puerta.

Me quedo de pie en la acera, temblando, con las manos vacías.

Lo que sigue es burocracia. Largas horas de burocracia.

Dani, Hugo y yo pasamos el resto del día en la comisaría de Centro. La misma comisaría donde el agente Prieto archivó mi denuncia. El mismo edificio gris entre la farmacia y el kebab. Pero ahora el trato es distinto. Ahora nos atiende un inspector. Se llama Montero, es una mujer de cincuenta y

tantos años con pelo corto y expresión de alguien que ha visto de todo pero no se acostumbra.

Nos toman declaración por separado. Primero yo. Cuento todo desde el principio: el piso, Sara, el diario, las cámaras, Bea, Germán, los golpes, el sótano. Montero escucha sin interrumpir. Escribe. Hace preguntas precisas. ¿Cuándo encontró el diario? ¿Dónde están las pruebas originales? ¿Quién más sabe? ¿Ha tocado algo en el sótano?

Después Dani. Después Hugo.

A las seis de la tarde, Montero vuelve a la sala donde espero con un café y una expresión que no sé descifrar.

—Los agentes han registrado el edificio completo —dice—. El piso de Germán Ochoa, la totalidad del sótano y las áreas comunes. Lo que hemos encontrado... —hace una pausa, como si necesitara un momento— es significativo.

—¿Qué han encontrado?

—En la habitación del sótano donde estaba la señora Vega hemos documentado lo que usted describió. Colchón, garrafas, cubo, marcas en la pared. También hemos encontrado restos de comida, ropa, productos de higiene básica. La señora Vega ha sido mantenida con vida durante estos meses, pero en condiciones... —busca la palabra— inhumanas.

Asiento. No confío en mi voz.

—En el primer sótano, el que usted describe como la primera celda, hemos encontrado las marcas de días en la pared: ciento sesenta y tres. Eso coincide con el periodo comprendido entre mediados de mayo y finales de octubre,

aproximadamente. Lo que indica que en algún momento la señora Vega fue trasladada de esa primera habitación a la segunda, la que estaba detrás de la estantería.

—¿Cuándo la trasladaron?

—Creemos que cuando usted empezó a investigar. Cuando Germán supo que había alguien buscando, movió a la señora

Vega a un segundo espacio más oculto. La estantería como barrera adicional. Por si alguien llegaba al primer cuarto.

La sangre me hierve. Germán sabía que yo investigaba. Bea se lo contaba todo. Y su respuesta fue esconder mejor a Sara. Empujarla más profundo en la oscuridad.

—¿Cómo está Sara? —pregunto.

—Estable. La han trasladado al Hospital Doce de Octubre. Está deshidratada, desnutrida, con problemas musculares por la inmovilidad prolongada. Pero está viva. Y está consciente.

Está viva. Está consciente. Después de seis meses.

Las lágrimas vuelven. No las paro. Montero me acerca un paquete de pañuelos sin decir nada.

—¿Puedo verla? —pregunto.

—Todavía no. Los médicos necesitan estabilizarla. Mañana, quizá.

—¿Y Germán?

—Detenido. Se le imputan delitos de secuestro, detención ilegal, delitos contra la intimidad y lo que vaya surgiendo. La instrucción está abierta. Está en manos del juez.

—¿Y Bea?

—Beatriz Ochoa Ramos, también detenida. Ha empezado a declarar. —Montero me mira de una forma particular—. Está

hablando. Mucho. Creo que llevaba tiempo queriendo hablar.

Salgo de comisaría a las ocho de la noche. Madrid ya está oscura. Las farolas de Leganitos iluminan la acera con luz amarilla. Dani y Hugo me esperan fuera.

Nos miramos los tres. No hay palabras. Hugo tiene los ojos rojos. Dani tiene las manos en los bolsillos y la mandíbula apretada.

—¿Cenamos algo? —dice Dani.

No tengo hambre. No he comido en todo el día. Pero asiento, porque necesito sentarme en un sitio normal, con personas normales, y hacer algo tan ordinario como comer.

Vamos a un bar de la esquina. Pedimos tres cañas y una ración de tortilla. La tortilla está buena. La cerveza está fría. Hugo cuenta un chiste malo sobre un saxofonista y un policía que no tiene gracia pero del que nos reímos los tres con una risa histérica, descontrolada, de gente que ha liberado la tensión de golpe.

A las diez, frente al bar, nos despedimos.

Hugo me abraza. Largo. Fuerte.

—Debí creerla —dice. Lo ha dicho antes. Lo dirá más veces. Pero esta vez hay algo diferente en su voz. No solo culpa. También redención. También algo que se parece a la paz.

—La hemos encontrado —digo—. Eso es lo que importa.

Hugo asiente. Se va caminando hacia el metro, con las manos en los bolsillos de la chaqueta de pana, la espalda un poco

encorvada, un músico que vuelve a casa después de la noche más larga de su vida.

Dani se queda.

—¿Dónde vas a dormir? —pregunta.

—No lo sé. No puedo volver al edificio. Está precintado.

—Ven a mi hotel. Tengo una habitación en un sitio cerca de Atocha. Puedes dormir en la cama. Yo duermo en el suelo.

—¿En el suelo? ¿Otra vez?

—Me estoy acostumbrando.

Sonrío. Una sonrisa cansada, rota, pero real. Caminamos juntos hacia Atocha. Madrid bulle a nuestro alrededor, indiferente y hermosa. No le cuento que estoy temblando. No le cuento que cada vez que cierro los ojos veo la cara de Sara, sus ojos hundidos, sus dedos cerrándose alrededor de los míos.

No le cuento que quiero volver al sótano y arrancar las paredes con las manos.

No le cuento nada. Pero Dani lo sabe. Siempre ha sabido leerme, incluso cuando no quiero ser leída.

Caminamos en silencio. Dos personas que estuvieron casadas y que ahora comparten algo más profundo que un

matrimonio: la certeza de haber hecho lo correcto en el momento que importaba.

Mañana iré a ver a Sara.

Mañana le diré que encontré su diario.

Mañana empezará algo que se parece al final.

24

Los servidores

Lo que la policía encuentra en el piso de Germán Ochoa Ramos me lo cuenta la inspectora Montero dos días después, en su despacho de la comisaría, con una taza de café que no se bebe y una expresión que oscila entre la profesionalidad y el asco.

—La habitación cerrada con candado —dice— era la sala de control.

Me enseña fotos en una tableta. Las miro con el estómago apretado.

La habitación es más pequeña de lo que imaginaba. Cuatro metros cuadrados, quizá cinco. Sin ventanas. Paredes forradas con paneles de espuma acústica, de esos que usan los estudios de grabación. El suelo está cubierto de cables: gruesos, finos, agrupados en mazos que suben por las paredes y desaparecen en el techo. En una esquina, una torre de servidores. No uno. Cuatro. Cuatro torres metálicas, apiladas

en una estantería, con ventiladores que zumban y lucecitas que parpadean.

—¿Qué había en los servidores? —pregunto.

Montero pasa fotos. La siguiente muestra una pantalla de ordenador con una interfaz dividida en cuadrículas. Cada cuadrícula es una imagen en tiempo real de una habitación distinta.

—Nueve cámaras activas en el momento de la detención —dice Montero—. Distribuidas en cinco pisos del edificio. Su piso tenía tres. El de Hugo Crespo, dos. El del matrimonio Ramírez, dos más. Y otras dos en las zonas comunes: el portal y la escalera.

Nueve cámaras. No tres. Nueve.

Hugo tenía cámaras. Los Ramírez tenían cámaras. Todos. Durante años. Décadas, quizá.

—¿Desde cuándo?

—La tecnología más antigua que hemos encontrado es analógica. Cintas VHS. Hay cajas con cintas etiquetadas con fechas que se remontan a 1991. Las primeras grabaciones

corresponden con la época en que el padre, Esteban Ochoa, era el propietario.

1991. El año de la denuncia de aquella inquilina. La que encontró la cámara en el baño. La que retiró la denuncia y se fue.

No se fue. La hicieron irse. Y después, Esteban siguió grabando.

—Con el paso de los años —continúa Montero—, el sistema se actualizó. A principios de los dos mil, Germán reemplazó las cámaras analógicas por digitales. Instaló los servidores. Montó una red interna con cableado propio, camuflado dentro de los conductos originales del edificio. Los cables de datos van mezclados con los de electricidad y los de la calefacción. Es un trabajo profesional. Germán aprendió electrónica de su padre y se formó como técnico de telecomunicaciones. Tiene un diploma de un centro de formación profesional de 1998.

Un profesional. No un aficionado. Un hombre que sabía exactamente lo que hacía, que tenía los conocimientos técnicos y el tiempo y el edificio a su disposición.

—¿Y los vídeos?

Montero deja la tableta en la mesa. Se frota los ojos.

—Los servidores contenían más de veinte terabytes de grabaciones. Vídeos clasificados por piso, por fecha, por inquilino. Hemos identificado imágenes de al menos treinta y cuatro personas diferentes a lo largo de los últimos quince

años. Mujeres, principalmente. Algunas parejas. Un hombre solo.

Treinta y cuatro personas. Treinta y cuatro vidas grabadas sin consentimiento. Treinta y cuatro cuerpos convertidos en archivos digitales. En algunos casos, durante meses. En otros, durante años.

—¿Se vendían?

—Sí. Germán tenía cuentas en tres plataformas de la dark web donde comerciaba con el contenido. Los vídeos se vendían por suscripción o por paquetes. Los precios variaban según el contenido. —Montero hace una pausa incómoda—. Los vídeos más... explícitos, de momentos íntimos, alcanzaban precios más altos. También hemos encontrado evidencias de chantaje.

—¿Chantaje?

—Cinco casos documentados. Inquilinos a los que Germán grabó en situaciones comprometedoras y luego extorsionó. Un hombre casado que recibía visitas de otra mujer. Una inquilina que consumía drogas. Pequeñas cantidades de dinero, pagos regulares, para que los vídeos no llegaran a sus familias o a sus jefes.

La magnitud me aplasta. No es un hombre con una cámara en un baño. Es una industria. Un negocio familiar de vigilancia y explotación que lleva funcionando desde antes de que yo naciera. Padre e hijo. Generación tras generación. Y Bea como

la fachada humana, la sonrisa que te abre la puerta mientras las cámaras te desnudan.

—¿Qué ha dicho Bea?

—Beatriz Ochoa ha declarado extensamente. Dice que su padre empezó con las grabaciones cuando ella era adolescente. Que creció sabiéndolo. Que al principio no lo entendía, que después lo normalizó. Dice que su papel era vigilar a los inquilinos, ganarse su confianza, informar a su hermano de cualquier sospecha. Dice que nunca participó directamente en las grabaciones ni en la venta de vídeos.

—Pero sabía lo de Sara.

—Sabía lo de Sara. Sabía que Germán la retenía en el sótano. Lo sabía desde el principio. Dice que intentó convencer a Germán de que la soltara, que le dijo que era demasiado arriesgado. Pero que Germán se negó. Sara tenía demasiada información. Si la soltaba, Germán iría a la cárcel. Y si Germán iba a la cárcel, Bea también.

—Así que la dejó ahí.

—La dejó ahí.

Silencio. El café de Montero se enfría en la taza. El mío se enfría en la mía.

—¿Y los Ramírez? —pregunto—. ¿Sabían algo?

—Los hemos interrogado. Enrique Ramírez admite que sospechaba que Germán los grababa. Dice que hace años encontró un cable sospechoso detrás de un cuadro y que

cuando se lo mencionó a Germán, este le dijo que era parte de la alarma antigua. No lo creyó. Pero no hizo nada.

—¿Por qué?

—Miedo. Según Ramírez, Germán le dejó caer en una conversación que tenía «vídeos de todos los pisos» y que «si alguien creaba problemas, los vídeos podrían acabar en cualquier sitio». Ramírez lo interpretó como una amenaza. A partir de entonces, se calló. Hizo que su mujer se callara. No hablaron del tema con nadie. Cuando usted les preguntó por Sara, cerraron la puerta porque tenían miedo de que Germán los estuviera escuchando.

Y los estaba escuchando. Claro que los estaba escuchando. Cada conversación en ese edificio pasaba por los servidores de Germán.

Salgo de la comisaría con un peso en el cuerpo que no es físico. Es el peso de saber. El peso de treinta y cuatro nombres que todavía no conozco, treinta y cuatro personas que vivieron en ese edificio y fueron grabadas, espiadas, vendidas. Algunas lo sabrán pronto, cuando la policía las contacte. Otras quizá no quieran saber.

Dani me espera fuera. Lleva dos días en Madrid. Dice que puede quedarse más. Su periódico le ha dado permiso. Cuando le he preguntado por qué, ha dicho: «Porque es la historia del año y quieren que la cubra.»

—¿Qué te han dicho? —pregunta.

Le cuento. Los servidores. Las treinta y cuatro personas. Las cintas VHS desde el 91. La dark web. Los chantajes. La

declaración de Bea.

Dani escucha en silencio. Cuando termino, tiene los puños cerrados.

—Nuria, esto es enorme. Esto no es solo un artículo. Es una serie. Es un documental. Es el tipo de historia que cambia leyes.

—Lo sé.

—¿Quieres escribirla?

Le miro. Es la primera vez desde que me echaron de El Independiente que alguien me pregunta si quiero escribir algo. No si puedo. Si quiero.

—Sí —digo—. Quiero escribirla.

—Entonces escríbela. Yo te ayudo con la investigación. Tengo contactos en medios digitales que se pelearían por publicarla. Pero la historia es tuya, Nuria. Siempre ha sido tuya.

Caminamos hacia el metro. Madrid, al atardecer, tiene ese color dorado que solo existe en noviembre, cuando el sol baja

rápido y las fachadas brillan como pan recién horneado. Es bonita. Es cruel. Es indiferente.

Y debajo de sus calles, debajo de sus edificios, debajo de su normalidad, hay sótanos que nadie mira.

Voy a hacer que miren.

Pero antes tengo que hacer una cosa.

Mañana voy al hospital.

Mañana voy a ver a Sara.

25

Gracias

El Hospital Doce de Octubre es un laberinto de pasillos blancos, puertas numeradas y olor a desinfectante. Llego a las diez de la mañana con un ramo de flores —narcisos, porque no sabía qué le gustan y los narcisos me parecieron apropiados: son flores que crecen en la oscuridad— y un nudo en el estómago que no se deshace.

La enfermera de planta me dice que Sara está en la habitación 412. Ala de traumatología, cuarta planta. Puede recibir visitas, pero no más de media hora. Está débil. Necesita descanso.

Camino por el pasillo. Los números de las puertas avanzan: 408, 409, 410. Una mujer mayor en bata empuja un gotero con ruedas. Un médico joven habla por teléfono. El mundo

hospitalario funciona con su propia lógica, ajena a todo lo demás.

412. La puerta está entreabierta.

Me asomo.

La habitación tiene una cama, una mesilla, una silla de plástico y una ventana que da a un aparcamiento. La luz entra oblicua, como la luz de mi piso —de su piso—, dibujando un rectángulo en el suelo.

Sara está sentada en la cama, con la espalda apoyada en dos almohadas y una manta fina sobre las piernas. Tiene una vía en el brazo y un monitor que pita suavemente en la mesilla. El pelo, limpio ahora, le cae por los hombros: oscuro, fino, con mechones blancos que no estaban ahí hace seis meses. Lleva un camisón de hospital, azul claro, tres tallas más grande que ella.

Es más joven de lo que imaginaba. En mi cabeza, Sara Vega era una presencia abstracta: una voz en un diario, una sombra en un sótano. Verla de carne y hueso me descoloca. Tiene la cara afilada, los pómulos marcados, la piel de un tono ceniciento que delata meses sin sol. Pero los ojos. Los ojos son distintos a los del sótano. Están vivos. Despiertos. Mirando el

rectángulo de luz en el suelo con una intensidad que reconozco.

Sara mira la luz como yo leí su diario: buscando la verdad que contiene.

Llamo a la puerta con los nudillos. Sara gira la cabeza.

—Hola —digo—. Soy Nuria.

Sara me mira. Un segundo. Dos. Tres.

—Lo sé —dice. Su voz es ronca, baja, como un instrumento que lleva meses sin afinarse—. Te reconozco. Te vi cuando me sacaron.

Entro. Dejo los narcisos en la mesilla. Me siento en la silla de plástico. Entre nosotras hay medio metro de espacio y seis meses de historia compartida sin habernos conocido.

—¿Cómo estás? —pregunto. Es una pregunta estúpida. Es la pregunta más estúpida del mundo para hacerle a alguien que ha pasado seis meses encerrada en un sótano. Pero es la que sale.

Sara casi sonríe. Es un amago, una sombra de sonrisa que le cruza los labios y se va.

—Estoy aquí —dice—. Es más de lo que esperaba.

—¿Cómo que más de lo que esperabas?

Sara mira la ventana. La luz le baña la cara.

—Hubo un momento, no sé cuándo, al principio quizá, en que dejé de creer que alguien vendría. No fue un momento concreto. Fue un desgaste. Cada día que pasaba, cada marca

que arañaba en la pared, era un día más de certeza de que nadie me estaba buscando. Que nadie sabía dónde estaba. Que me había convertido en una de esas noticias que salen tres días en los periódicos y luego desaparecen.

Trago saliva. Las palabras me queman.

—Tu exnovio puso una denuncia —digo—. Javier Requena. La policía investigó, pero Germán les dijo que te habías ido voluntariamente. Archivaron el caso.

Sara cierra los ojos un momento.

—Javi —dice. Pronuncia el nombre como se pronuncia un recuerdo viejo, algo que perteneció a otra vida—. No pensé que fuera a hacer nada. Llevábamos meses sin hablar cuando desaparecí.

—Te buscó. A su manera.

Sara asiente. Despacio.

—¿Y tú? —pregunta, mirándome ahora—. ¿Cómo me encontraste?

—Encontré tu diario. Debajo del suelo del armario.

Los ojos de Sara se iluminan. No hay otra forma de describirlo. Es como si alguien encendiera una luz dentro de ellos.

—Lo encontraste —dice—. Funcionó. Lo escondí ahí pensando... esperando que alguien lo encontrara. Que alguien

limpiara el armario a fondo y viera el tablón levantado. Que alguien tuviera la curiosidad de mirar debajo.

—Lo vi. Lo leí. Y encontré las hojas dentro de la contratapa.

Sara abre mucho los ojos.

—¿Las últimas páginas? ¿Las que pegué dentro de la tapa?

—Las tres hojas. La entrada del 14 de mayo. Todo.

Sara se lleva las manos a la cara. No llora. No hace ruido. Pero su cuerpo tiembla, muy ligeramente, como una cuerda de guitarra que alguien ha pulsado.

—Sabía que alguien vendría —dice detrás de sus manos—. Sabía que si dejaba el diario, alguien lo encontraría. Alguien que prestara atención. Alguien a quien le importara.

—Dejaste un rastro perfecto, Sara. El diario, el pendrive, las fotos, la contraseña del correo en el armario. Sin eso, no habría podido hacer nada.

Sara baja las manos. Me mira. Sus ojos están húmedos pero no lloran.

—¿Accediste al correo?

—Sí. Las pruebas siguen ahí. La policía las tiene ahora.

—¿Y las cámaras? ¿Encontraron las cámaras?

—Todas. Nueve en total. Y los servidores. Y los vídeos. Años de grabaciones, Sara. No solo de ti. De treinta y cuatro personas.

Sara cierra los ojos otra vez. Cuando los abre, hay algo nuevo

en ellos. No alivio. Algo más duro. Más frío.

—Treinta y cuatro —repite—. Sabía que había más. Lo sabía. Cuando encontré el foro, vi vídeos antiguos. Otras mujeres, en la misma ventana. Con la misma luz. Las mismas paredes.

—Las mismas paredes —digo.

Nos miramos. Dos mujeres que han vivido en el mismo piso, que han dormido en la misma cama, que han mirado la misma ventana. Que han sentido los mismos ojos en la nuca. Conectadas por un espacio y un horror que ninguna eligió.

Sara extiende la mano. La misma mano que se cerró alrededor de la mía en el sótano. Ahora está limpia, con las uñas cortadas y una pulsera de hospital en la muñeca.

La cojo.

—Gracias —dice Sara.

Es una palabra pequeña. Seis letras. Dos sílabas. Pero en este momento, en esta habitación de hospital con luz oblicua y olor a desinfectante, es la palabra más grande que he oído nunca.

—No —digo—. Gracias a ti. Tú dejaste el diario. Tú reuniste las pruebas. Tú hiciste todo el trabajo difícil.

—Pero tú lo terminaste.

Nos quedamos cogidas de la mano un rato. No hablamos. No hace falta. La máquina del monitor pita suavemente. La luz se

mueve despacio por el suelo. Fuera, el aparcamiento del hospital es un cuadrado gris de coches y árboles pelados.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunta Sara.

—Escribir la historia.

Sara sonríe. Esta vez es una sonrisa de verdad. Pequeña, débil, pero de verdad.

—Bien —dice—. Escríbela. Que todo el mundo lo sepa. Que nadie pueda mirar para otro lado.

—¿Y tú?

Sara mira la ventana. La luz. Su vieja obsesión, la que llenaba las páginas de su diario y las fotos de su Instagram. La luz que entra por las ventanas y dibuja rectángulos en el suelo.

—Voy a hacer fotos —dice—. Cuando pueda levantarme, cuando pueda sostener una cámara, voy a hacer fotos. De la

luz. De las ventanas. De todo lo que no pude ver durante seis meses.

Le aprieto la mano. Ella me aprieta la mía.

—La enfermera me va a echar —digo—. Media hora, me ha dicho.

—Ven mañana.

—Vendré.

Me levanto. Dejo su mano sobre la manta. Me dirijo a la puerta.

—Nuria.

Me giro.

Sara me mira desde la cama. Con sus ojos vivos, despiertos, llenos de algo que no es gratitud. Es algo más grande. Es el

reconocimiento de que, en un mundo donde nadie la buscaba, alguien la encontró.

—No te olvides del pendiente —dice.

—¿Qué pendiente?

—El de media luna. De plata. Se me cayó detrás del radiador. Lo dejé ahí a propósito. Pensé que si alguien lo encontraba, empezaría a preguntar.

El pendiente. El primer rastro. La primera miga de pan. La que me llevó a la factura, a las marcas en la pared, al armario, al diario.

—Lo encontré —digo—. Fue lo primero que encontré.

Sara sonríe.

—Lo sabía.

Salgo de la habitación. Camino por el pasillo blanco, con los ojos húmedos y la certeza de que acabo de conocer a la persona más valiente que he conocido en mi vida.

Una mujer que, encerrada en la oscuridad, tuvo la lucidez de dejar migas de pan para alguien que aún no existía.

Y alguien las siguió.

26

Dedicatoria

Para todas las que alguna vez sintieron que las paredes escuchaban. No estabais locas.

27

Las paredes

Tres meses después.

El artículo se publica un martes a las ocho de la mañana en elDiario.es. Ocupa la portada digital. El titular es sencillo: «Las paredes de Sombrerete: treinta años de vigilancia ilegal en un edificio de Lavapiés.» La foto que lo acompaña es de Sara. No la del sótano. Una de sus propias fotos, recuperada de su Instagram: la ventana del tercero izquierda, con las cortinas blancas que el viento mueve y la luz oblicua dibujando un rectángulo en el suelo. Debajo, el pie original: «A veces la luz es lo único que es verdad.»

El artículo tiene doce mil palabras. Me ha llevado dos meses escribirlo. Es, sin duda, lo mejor que he escrito en mi vida.

Cuenta la historia completa. Desde Esteban Ochoa Hernández, técnico electrónico condenado por voyeurismo en 1982, hasta su hijo Germán, que heredó el edificio, las cámaras y la obsesión. Cuenta la historia de Bea, la hermana que vigilaba a

los inquilinos con bizcochos y manzanillas. Cuenta la historia de Sara Vega, fotógrafa freelance, que descubrió las cámaras y fue encerrada seis meses en un sótano a metros de donde vivían los vecinos.

Cuenta la historia de las treinta y cuatro personas grabadas. No todas quisieron dar su nombre. Quince sí. Quince personas que decidieron que su vergüenza pesaba menos que su derecho a la verdad. Sus testimonios forman el corazón del artículo. Mujeres que se duchaban sin saber que las filmaban. Parejas que hacían el amor sin saber que un desconocido pagaba por verlas. Un hombre que fue chantajeado durante tres años por una infidelidad que Germán grabó desde el techo de su salón.

No cuento mi propia historia en primera persona. No es un artículo sobre mí. Es un artículo sobre ellos. Sobre todas las personas que vivieron entre esas paredes sin saber que las paredes tenían ojos.

El impacto es inmediato.

El primer día, el artículo tiene doscientas mil visitas. El segundo, medio millón. Al tercer día, lo han reproducido El País, El Mundo, La Sexta, Antena 3 y media docena de medios internacionales. The Guardian publica un resumen con el titular «The building that watched: Spain's worst surveillance scandal.»

Germán Ochoa Ramos está en prisión preventiva. El juez le ha imputado siete delitos: secuestro, detención ilegal agravada, delitos contra la intimidad con agravante de vulnerabilidad, producción y distribución de material obtenido sin

consentimiento, chantaje, y pertenencia a organización criminal. El fiscal pide treinta y dos años.

Beatriz Ochoa Ramos ha sido puesta en libertad con cargos. Está imputada como cómplice del secuestro y de los delitos contra la intimidad. Su abogado alega que actuaba bajo coacción de su hermano. El juez lo valorará. Bea ha declarado extensamente contra Germán. Cada detalle, cada cámara, cada vídeo vendido, cada inquilina vigilada. Es la testigo principal de la acusación.

No sé qué pensar de Bea. No sé si fue una víctima que se convirtió en cómplice o una cómplice que se escudaba en ser víctima. Quizá las dos cosas. Quizá esa frontera no es tan clara como nos gustaría.

Sara sale del hospital al mes de ser rescatada. Se va a vivir con su madre, a Zaragoza, a un piso pequeño con terraza donde las plantas crecen al sol. Hablamos por teléfono de vez en cuando. A veces por la mañana, cuando la luz es buena. Me dice que ha vuelto a hacer fotos. Que está en terapia. Que tiene días buenos y días terribles.

—Los días terribles son menos —me dice una mañana—. Antes eran todos. Ahora son algunos. Es progreso.

—Es mucho progreso.

—¿Sabes qué es lo más raro? Que a veces echo de menos la oscuridad. No el sótano. No el encierro. Pero la oscuridad. Me había acostumbrado a ella. Ahora me cuesta dormir con las

persianas bajadas. Necesito dejar la ventana abierta, que entre la luz de la calle.

—Sara...

—Estoy bien, Nuria. De verdad. Tardo, pero estoy.

Hugo se muda en enero. Le ayudo con las cajas. No son muchas: las partituras, los discos, el saxo. Lo demás lo deja. No quiere nada que haya estado dentro de esas paredes.

—¿Adónde vas? —le pregunto.

—Malasaña. Un ático sin ascensor en una finca del siglo diecinueve. Paredes gruesas, techos altos. —Me mira—. He revisado cada centímetro antes de firmar.

Sonrío.

—Hugo.

—Dime.

—No fue culpa tuya. Lo de Sara.

Hugo baja la caja que lleva en las manos. Se apoya en la barandilla de la escalera. La misma escalera de mármol gastado que hemos subido y bajado cientos de veces, pasando

por delante de la puerta de Germán sin saber lo que había detrás.

—Lo sé —dice—. O lo intento. Mi psicólogo dice que la culpa es un hábito y que los hábitos se cambian. Pero joder, cuesta.

—Cuesta.

Se va. Le veo bajar las escaleras con su última caja. En el portal, se para. Mira las paredes. Las mismas paredes de humedad y cera que nos recibieron a todos cuando llegamos. Luego sale a la calle y no mira atrás.

El edificio se vende en febrero. Una promotora inmobiliaria lo compra por debajo de mercado. Van a reformarlo entero: pisos nuevos, instalaciones nuevas, ascensor nuevo. De las paredes originales no quedará nada. Los cables, las cámaras, los agujeros, los escondites, los secretos que lleva guardando

cien años: todo será arrancado, demolido, sustituido por yeso limpio y cables de fibra óptica.

Me da igual. No son las paredes lo que importa. Lo que importa es lo que pasó entre ellas. Y eso ya está escrito.

La llamada llega un miércoles por la tarde, mientras hago cajas en el piso vacío. El número es de Madrid, uno que no conozco.

—¿Nuria Esteve?

—Sí.

—Soy Marta Ibáñez, directora de investigación de Contexto Digital. Hemos leído su artículo sobre el edificio de Sombrerete. ¿Tiene un momento?

Contexto Digital. El medio de investigación más serio del país. El que destapó los papeles de la constructora en Valencia, los sobresueldos del partido, la red de residencias. El medio donde todo periodista de investigación sueña con trabajar.

—Tengo un momento —digo.

—Queremos ofrecerle un puesto. Periodista de investigación, jornada completa, contrato indefinido. Creemos que su perfil

encaja con lo que buscamos. Y, francamente, después de lo de Sombrerete, sería una estupidez no intentarlo.

El corazón me late fuerte. No lo dejo notar en la voz.

—Me interesa. Mucho.

—Estupendo. ¿Puede venir a nuestras oficinas la semana que viene para hablar de condiciones?

—Puedo ir mañana.

Marta Ibáñez se ríe.

—Mañana me parece bien.

Cuelgo. Me quedo de pie en el salón vacío, con el móvil en la mano y el corazón desbocado. El salón ya no tiene muebles. La estantería se ha ido, el sofá se ha ido, la mesa se ha ido. Solo quedan las paredes, el suelo de baldosa hidráulica y la ventana que da al patio interior.

La luz entra oblicua, como siempre. Dibuja un rectángulo en el suelo. El mismo rectángulo que vi el primer día, cuando me senté aquí con la espalda contra la pared y pensé que este piso sería mi nuevo principio.

Y lo fue. Solo que no de la manera que esperaba.

Antes de irme, hago una última cosa.

Voy al armario del dormitorio. Abro las puertas. Me pongo de puntillas. Busco la esquina superior izquierda de la balda más alta. Ahí, escrita con lápiz, casi invisible, está la contraseña de

Sara: «SVega2024_pruebas@proton.me / LasParedesTienenOjos.»

La borro. Con el pulgar, frotando hasta que el grafito desaparece. Las pruebas ya están donde tienen que estar: en manos de la policía, en los juzgados, en mi artículo que millones de personas han leído.

Ya no necesitan un escondite dentro de un armario.

Cierro el armario. Cierro la puerta del dormitorio. Cruzo el salón. Paso la mano por la pared del pasillo, la que lleva al baño. Noto las irregularidades del revoco, las pequeñas marcas, los relieves. Las cicatrices de un siglo de vidas apretadas entre ladrillo y yeso.

Me detengo en el espejo del baño. Sigue ahí, con sus cuatro tornillos blancos. Detrás, el agujero tapado con masilla. El hueco donde estuvo la cámara que Sara cortó. El primer secreto que este piso me reveló.

No lo toco. Lo miro. Y el espejo me devuelve la mirada de una mujer de treinta y nueve años, con ojeras, con arrugas nuevas en los ojos, con el pelo recogido en un moño que ya no se

tuerce. Una mujer que vino aquí buscando un techo barato y encontró algo que no buscaba.

Una historia.

La historia de unas paredes que oyeron todo y no dijeron nada.

Hasta que alguien escuchó.

Salgo del piso. Cierro la puerta. Dos vueltas. Dejo las llaves en el buzón de Germán, donde Sara dejó las suyas hace meses, según la versión oficial. La versión que era mentira.

Bajo las escaleras. El mármol cruje bajo mis pies, siempre en los mismos peldaños, como si tuviera memoria. El ascensor sigue roto. Nadie lo va a arreglar.

Cruzo el portal. Salgo a la calle Sombrerete. El sol de febrero es frío y brillante. Lavapiés bulle a mi alrededor: el marroquí de la tahona, las señoras con carrito de la compra, los perros que se huelen, las motos que aceleran. El barrio sigue vivo. El barrio no se entera. El barrio nunca se enteró.

Miro la fachada del edificio por última vez. El ladrillo visto, los balcones de forja, la grieta fina que sube desde el portal hasta el segundo piso como una vena varicosa. Todavía tiene encanto. Ese encanto decadente de los edificios madrileños

que han sobrevivido a guerras, especuladores y reformas integrales.

Y a los monstruos que vivían dentro.

Me giro. Camino hacia el metro. Hacia el resto de mi vida.

No miro atrás.
